

CRÍTICA AL MARXISMO



MIJAIL BAKUNIN
(compilación)

INDICE

Aclaración.....	3
Prólogo.....	4
Crítica al socialismo estatista.....	5
Carta a “La Libertad”.....	11
La Internacional y Carlos Marx.....	21
Crítica a la teoría marxista del Estado.....	50
 <i>Anexo</i>	
Reseña sobre la relación de Bakunin con Marx.....	57
Una posición marxista.....	64
Los marxistas.....	67
Dialéctica, materialismo y científicismo.....	69
Límites y espejismos del materialismo histórico.....	82
Norteamérica, Rusia, Cuba.....	94

ACLARACIÓN

El presente trabajo se ha realizado según la edición hecha por el Grupo Anarquista Libertad, de Buenos Aires, en 2006. Se le ha agregado al “Anexo” el texto titulado “*Los marxistas*”, de Rodolfo González Pacheco; los artículos “*Dialéctica materialismo y cientificismo*” y “*Límites y espejismos del materialismo histórico*” de Patrick Rossineri; y “*Norteamérica, Rusia, Cuba...*” de Amanecer Fiorito.

PRÓLOGO

Dos concepciones se enfrentaron en la Asociación Internacional de los Trabajadores del siglo XIX, y ese enfrentamiento definió los campos de lucha actuales en, por un lado; los partidarios de la autoridad y la incursión en el Estado y, por el otro; los partidarios de la libertad y la destrucción del Estado: siendo los primeros el marxismo y sus ramificaciones y, los segundos, el anarquismo.

Los escritos de Bakunin que incluimos en el presente folleto constituyen una crítica hacia las concepciones marxistas y al desarrollo de sus postulados, cuya peligrosidad para el movimiento revolucionario, y por su consecuencia lógica de un régimen despótico, Bakunin preveía y alertaba, con total acierto. Incluimos también, a modo de apéndice, unas referencias de Bakunin sobre Marx, en cuanto a su relación personal. Habría que aclarar que el límite entre lo personal y lo ideológico no es nunca algo definido, sino más bien que son recortes de la totalidad del individuo que se hacen para referirse diferenciadamente a las partes. Incluimos también parte de los hechos que se sucedieron dentro de la Internacional como consecuencia del enfrentamiento y, al final, dos escritos de Marx y Engels.

Todo lo que constituye el fundamento ideológico de la izquierda, la incursión en el terreno político, es decir, estatal, del problema social de la explotación del hombre por el hombre y, por tal, la canalización en la órbita de los poderosos de una lucha revolucionaria, convirtiéndola en total apéndice y oxigenadora del sistema, es lo que Bakunin niega con increíble lucidez y genialidad.

Y en ese y este enfrentamiento se buscaba dejar claro que no se trata ni de la cantidad de saberes ni de análisis científicos, se trata de una rebelión, sentida y proyectada, a partir de la cual se razona y se afirma la convicción. Por eso en una discusión Bakunin le dice a Marx: *“Vos sabés más que yo, pero yo soy más revolucionario”*.

Grupo Editor Libertad, 2006

CRÍTICA AL SOCIALISMO ESTATISTA¹

La falaz premisa de los revolucionarios doctrinarios. Los idealistas de toda índole, los metafísicos, los positivistas y los que dan prioridad a la ciencia sobre la vida, como los revolucionarios doctrinarios, son todos celosos defensores, aunque con argumentaciones diversas, de la idea del Estado y del poder estatal, pues ven en él -muy lógicamente desde sus puntos de vista- la única salvación para la sociedad. Muy lógicamente, digo, porque al aceptar como base el dogma -falaz en nuestra opinión- de que el pensamiento es anterior a la vida, la teoría abstracta tiene prioridad sobre la práctica social y por tanto la ciencia sociológica debe convertirse en el punto de partida para los alzamientos sociales y la reconstrucción de la sociedad, llegan necesariamente a la conclusión de que si el pensamiento, la teoría y la ciencia son, al menos en el momento presente, patrimonio de unos pocos, esos pocos deben dirigir la vida social; no solo fomentar y estimular, sino regir todos los movimientos del pueblo. Según ellos, al día siguiente de la Revolución la nueva organización social no habrá de establecerse sobre la libre integración de las asociaciones de trabajadores, pueblos, comunas y regiones, de abajo a arriba o conforme a las necesidades y al instinto del pueblo, sino sobre el poder dictatorial de esta minoría ilustrada, que supuestamente expresa la voluntad general del pueblo.

El fundamento común de la teoría de la dictadura revolucionaria y la teoría del Estado. La teoría del Estado y la teoría de la dictadura revolucionaria se basan en igual medida en esta ficción de la representación popular y en el hecho efectivo de que las masas están siendo gobernadas por un puñado de individualidades elegidas -o incluso ni siquiera elegidas- en el día de los comicios por un tropel aborregado e ignorante siempre de por qué y a quienes elige; se base en esta expresión ficticia y abstracta de la

¹ Extraído de *Mijail A. Bakunin, Escritos de filosofía política (II)*, Compilación de G. P. Maximoff. Colección Grandes Obras del Pensamiento, Editorial Altaya. (Nota del Grupo Editor Libertad)

fantaseada voluntad general y el pensamiento del pueblo, que el pueblo viviente y real ignora del modo más completo.

Entre la dictadura revolucionaria y el principio del Estado, la diferencia estriba únicamente en la situación externa. En sustancia, ambos son idénticos: el gobierno de la mayoría por la minoría en nombre de la supuesta estupidez de la primera y, de la supuesta inteligencia superior de la segunda. Por consiguiente, las dos concepciones son igualmente reaccionarias, las dos tienen como resultado la invariable consolidación de los privilegios políticos y económicos de la minoría dirigente y la esclavitud política y económica de las masas del pueblo.

Los socialistas doctrinarios son los amigos del Estado. Ahora queda claro por qué los socialistas doctrinarios, cuyo objetivo es derribar los regímenes y autoridades existentes para construir sobre sus ruinas su propia dictadura, nunca fueron y nunca serán enemigos del Estado, sino que fueron y serán siempre sus más celosos defensores. Son enemigos de los poderes establecidos, sólo porque no pueden tomar su puesto. Son enemigos de las instituciones políticas existentes porque tales instituciones les impiden llevar a cabo su propia dictadura; pero al mismo tiempo son los más ardientes amigos del poder estatal sin el cual la Revolución, liberando a las masas trabajadoras, privaría a esta supuesta minoría revolucionaria de toda esperanza de colocar nuevos arneses al pueblo y derramar sobre él las bendiciones de sus medidas gubernamentales.

Esto es verdad hasta el punto de que en el momento presente, cuando la reacción triunfa en toda Europa, cuando todos los Estados -movidos por el mezquino espíritu de autopreservación y opresión, e investidos con la triple armadura del poder militar, policíaco y financiero- se disponen, bajo la dirección suprema del príncipe Bismarck, a librar una batalla desesperada contra la revolución social; cuando todos los revolucionarios sinceros deberían, como parece lógico, unirse para repeler el desesperado asalto de la reacción internacional vemos, por el contrario que los revolucionarios doctrinarios, bajo la jefatura de Marx, se han puesto incluso del lado de los defensores del estado contra la revolución del pueblo.

El programa de Lassalle. Nadie como Lassalle pudo explicar y probar de forma tan convincente a los trabajadores germanos que bajo las actuales condiciones económicas la situación del proletariado, no sólo no puede cambiar radicalmente, sino que, por el contrario, en virtud de una inevitable ley económica, irá empeorando cada año a pesar de los esfuerzos de las cooperativas, que sólo pueden beneficiar a un pequeño número de trabajadores y por un período muy breve.

Hasta aquí estamos de acuerdo con Lassalle. Pero a partir de este punto, comenzamos a disentir de él. Frente a Schulze-Delitzch, que aconsejaba a los trabajadores que buscaran la salvación sólo a través de su propia energía sin esperar ni solicitar nada del Estado, Lassalle probó en primer lugar que,

bajo las condiciones económicas actuales, los trabajadores no pueden esperar ni siquiera el alivio de su situación y, en segundo lugar, que mientras exista el Estado burgués, los privilegios burgueses serán inexpugnables. Tras haber demostrado ambas cosas, Lassalle llegó a la siguiente conclusión: para conseguir la libertad, la libertad real basada en la igualdad económica, el proletariado debe conquistar el Estado, y dirigir el poder estatal contra la burguesía en beneficio de los trabajadores, tal como ese poder está ahora dirigido por la burguesía contra los trabajadores en beneficio de las clases explotadoras.

El socialismo por vía de una reforma pacífica. ¿Cómo hará el proletariado para conquistar el Estado? Sólo hay dos medios posibles: una revolución política, o una agitación legal en favor de una reforma pacífica. Lassalle escogió la segunda vía.

En este sentido, y para este propósito, formó un partido político de trabajadores alemanes con una fuerza considerable, organizado siguiendo líneas jerárquicas y sometido a rigurosa disciplina y a una especie de dictadura personal; en otras palabras, hizo lo que el Sr. Marx ha tratado de hacer en la Internacional durante los tres últimos años. El intento de Marx resultó un fracaso, mientras Lassalle consiguió un completo éxito. Como objetivo inmediato, Lassalle se planteó la tarea de impulsar un movimiento popular y hacer la propaganda necesaria para la conquista del sufragio universal, del derecho del pueblo a elegir a sus representantes y a las autoridades estatales.

Tras conquistar este derecho, el pueblo enviaría sus propios representantes al Parlamento, que a su vez y mediante diversos decretos y disposiciones transformarían el Estado existente en un Estado popular (Volks-Staat). La primera tarea de este Estado popular sería abrir un crédito ilimitado a las asociaciones de productores y consumidores, que sólo entonces serían capaces de combatir al capital burgués, y que al fin conseguirían conquistarlo y asimilarlo. Cuando este proceso de absorción quedara completado amanecería el cambio radical de la sociedad.

La ficción del Estado popular. Este es el programa de Lassalle, el programa del Partido Social-Demócrata. Hablando propiamente, no pertenece a Lassalle, sino a Marx, que lo expresa por entero en su conocido Manifiesto del Partido Comunista, publicado junto con Engels en 1848. Este programa aparece enunciado también en el primer Manifiesto de la Asociación Internacional, escrito por Marx en 1864, con estas palabras: “La primera obligación de la clase obrera será conquistar para sí el poder político”. El Manifiesto del Partido Comunista dice en este sentido: “El primer paso en la revolución de las clases trabajadoras, es llevar al proletariado a la posición de las clases dominantes... El proletariado centralizará los instrumentos de producción en las manos del Estado, es decir, del proletariado elevado a la posición de clase dominante.”

Ya hemos expresado nuestro rechazo a las teorías de Lassalle y Marx, teorías que aconsejan a los trabajadores -si no como su ideal último, al menos como la tarea inmediata más importante- formar el Estado popular, el cual, según su interpretación, será solamente “el proletariado elevado a la posición de clase dominante”.

...Pero el Estado implica dominación, y dominación implica explotación, lo cual prueba que el término popular (Volks-Staat), que desgraciadamente todavía sigue siendo la consigna del Partido Social-Demócrata alemán, es una contradicción ridícula, una ficción, una mentira (sin duda inconsciente), y para el proletariado una trampa oculta muy peligrosa. El Estado, por muy popular que sea su forma, será siempre una institución de dominación y explotación y, por tanto, una fuente permanente de esclavitud y miseria. En consecuencia, no hay otro medio de emancipar económica y políticamente al pueblo, de entregarle bienestar y libertad, que abolir el Estado, todos los Estados, y desterrar de una vez para siempre todo lo que hasta ahora se ha llamado política.

Implicaciones de la dictadura del proletariado. Se podría uno preguntar entonces: si el proletariado llega a ser la clase dominante, ¿sobre quien ejercerá su dominio? La respuesta es que seguirá existiendo otro proletariado sometido a esta nueva dominación, a este nuevo Estado. Pudiera ser, por ejemplo, la “chusma” campesina que, como sabemos, no goza del favor de los marxistas, y que gracias a encontrarse en un nivel más bajo de cultura sería probablemente dirigida por el proletariado de la ciudad y de las fábricas; considerada la cosa desde el punto de vista nacional, los esclavos, por ejemplo, asumirían precisamente por la misma razón la misma posición de sometimiento servil ante el victorioso proletariado alemán que este último mantiene ahora respecto a su propia burguesía.

Si hay un Estado, debe haber necesariamente dominación y, en consecuencia, esclavitud; un Estado sin esclavitud declarada u oculta es impensable. Por eso somos enemigos del Estado.

¿Qué significa: “el proletariado convertido en clase dominante”? ¿Estará todo el proletariado a la cabeza del gobierno? Hay unos 40 millones de alemanes. ¿Serán los 40 millones miembros del gobierno? La totalidad del pueblo gobernará, y nadie será gobernado. Esto significa que no habrá gobierno, ni Estado, pues si existe un Estado habrá gente que sea gobernada, habrá esclavos.

Este dilema lo soluciona muy sencillamente la teoría marxista. Por un “gobierno popular” entiende el gobierno del pueblo por medio de un pequeño número de representantes elegidos por el pueblo. El sufragio universal -el derecho del conjunto del pueblo a elegir a los llamados representante y gobernantes del Estado- es la última palabra de los marxistas, así como de la escuela democrática. Pero esto es una mentira tras la cual se esconde el despotismo de una minoría gobernante, una

mentira tanto más peligrosa cuanto que aparece como manifiesta expresión de la voluntad del pueblo.

Desde cualquier lado que nos aproximemos al problema, llegamos al mismo resultado lamentable: al gobierno de la gran masa del pueblo por una pequeña minoría privilegiada. Pero los marxistas dicen que esta minoría estará constituida por trabajadores. Si, en realidad de extrabajadores, que tan pronto como se conviertan en gobernantes o representantes del pueblo, dejarán de ser trabajadores y comenzarán a mirar desde arriba al pueblo trabajador. Desde ese momento no representan al pueblo, sino a sí mismos y a su propia ambición de gobernar al pueblo. Quienes duden de esto, saben muy poco sobre la naturaleza humana.

La dictadura no puede engendrar libertad. Pero esos representantes elegidos serán socialistas convencidos, y también socialista instruidos. Las palabras “socialista instruido” y “socialismo científico”, que se encuentran constantemente en los trabajos y discursos de Lassalle y los marxistas, sólo prueban que el pretendido Estado popular no será sino el gobierno despótico de las masas trabajadoras por una nueva aristocracia, numéricamente pequeña, de verdaderos o falsos científicos. Al pueblo le falta educación, con lo cual ellos lo liberarán de las preocupaciones del gobierno y lo regimentarán por completo como un rebaño común de personas gobernadas. ¡Emancipación, realmente!

Los marxistas tienen conciencia de esta contradicción; y como saben que el gobierno de los científicos (la más miserable, ofensiva y despreciable de las clases gobernantes en el mundo) será, a pesar de su forma democrática, una verdadera dictadura, se consuelan con el pensamiento de que esa dictadura será sólo temporal y de breve duración. Afirman que la única preocupación y tarea de este gobierno será elevar la educación del pueblo - económica y políticamente- hasta el momento de hacer innecesario el gobierno, y que el Estado, tras haber perdido su carácter político, es decir, su carácter de autoridad y dominación, se convertirá por sí solo en una organización totalmente libre de intereses y comunidades económicas.

Tenemos aquí una contradicción obvia. Si su estado va a ser un verdadero estado popular, ¿por qué habría, entonces, de disolverse a sí mismo? Y si su autoridad es necesaria para la emancipación real del pueblo, ¿cómo se atreven a llamarlo Estado popular? Nuestra polémica tuvo el efecto de hacerles comprender que la libertad o Anarquismo, es decir, la organización espontánea de los trabajadores de abajo arriba, constituye el último objetivo del desarrollo social, y que todo Estado - incluido su propio Estado popular- es un yugo que engendra despotismo por una parte, y esclavitud por otra.

Afirman ellos que este yugo estatal -la dictadura- es un medio transitoriamente necesario para conseguir la emancipación del pueblo: el Anarquismo o la libertad es el fin, el Estado o la dictadura es el medio. En

consecuencia, para liberar a las masas trabajadoras es necesario primero esclavizarlas.

Hasta aquí llegó nuestra polémica. Ellos sostienen que sólo una dictadura -por su puesto, su dictadura- puede crear la voluntad del pueblo. Nuestra respuesta a eso es: una dictadura no puede tener otro objetivo que la autoperpetuación, y sólo puede engendrar esclavitud en el pueblo que la tolera; la libertad sólo puede ser creada por la libertad, es decir, por una rebelión universal del pueblo y una organización de las masas trabajadoras desde sus cimientos.

CARTA A «LA LIBERTAD»²

Esta larga carta a «La Libertad» (fecha el 5 de octubre 1872), jamás terminada y jamás enviada, fue escrita casi un mes después de la expulsión de Bakunin y Guillaume de la Internacional, hecho ocurrido durante el Congreso de La Haya entre los días 2 y 7 de septiembre de 1872.

S. Dolgoff

I

A los editores de «La Libertad»

Señores;

Debido a que ustedes han publicado la sentencia de excomunión que acaba de pronunciar el Congreso Marxista de la Haya contra mí, seguramente y con toda justicia, publicarán mi respuesta. Aquí está.

El triunfo del señor Marx y su grupo ha sido completo. Seguros de contar con una mayoría que ellos han preparado desde hace tiempo con sumo cuidado y capacidad, aunque no con respeto por los principios de moralidad, verdad y justicia como tan a menudo lo proclaman en sus discursos y tan rara vez en sus acciones, los marxistas se sacaron las máscaras. Y, como corresponde a hombres que aman el poder, y siempre en nombre de la soberanía del pueblo que a partir de ahora servirá de piedra fundamental a todos aquellos que aspiran a gobernar las masas, han manifestado abiertamente su dictadura sobre los miembros de la Internacional.

Si la Internacional fuera menos fuerte y estuviera menos profundamente arraigada, si se hubiera basado, tal como ellos se imaginan, únicamente en un liderazgo oficial, formalmente organizado, y no en la verdadera

² Los textos siguientes titulados “Carta a La Libertad”, “La Internacional y Carlos Marx” y “Crítica de la teoría marxista del Estado” fueron extractados del libro compilatorio *La anarquía según Bakunin*, edición a cargo de Sam Dolgoff, apuntes biográficos de James Guillaume. Colección Acracia dirigida por Carlos Semprúm Maura. Tusquets Editor. Barcelona, 1977. (Nota del Grupo Editor Libertad)

solidaridad de los intereses y aspiraciones efectivas del proletariado de todos los países del mundo civilizado -en la federación libre y espontánea de las secciones y asociaciones de trabajadores, independientes de cualquier control gubernativo-, los decretos de este pernicioso Congreso de La Haya, encarnación demasiado indulgente y fiel de las teorías y prácticas marxistas, hubieran sido suficientes para aniquilarla. Hubieran reducido al ridículo y a la nada a esta magnífica asociación, a cuya fundación, me complace decirlo, el señor Marx contribuyó con inteligencia y energía.

¡Un Estado, un gobierno, una dictadura universales! ¡Los sueños de Gregorio VII, de Bonifacio VII, de Carlos Quinto y de los Napoleones aparecen en formas novedosas, pero siempre con las mismas pretensiones, en el campo Social Demócrata! ¿Puede alguien imaginarse algo tan burdo y al mismo tiempo más repugnante? ¡Afirmar que un grupo de individuos, incluso los más inteligentes y con las mejores intenciones, pueda ser capaz de convertirse en el espíritu, el alma, la voluntad directiva y unificadora del movimiento revolucionario y de la organización económica del proletariado de todas las tierras, demuestra tal herejía contra el sentido común y la experiencia histórica que uno se pregunta cómo puede haberla concebido un hombre de la inteligencia de Carlos Marx!

Los papas, al menos, tienen la excusa de poseer la verdad absoluta de la que afirman ser depositarios por gracia del Espíritu Santo, en el que se supone que deben creer. El señor Marx no dispone de una excusa semejante y no le insultaré sugiriendo, que se imagina que, científicamente, ha inventado algo que se aproxima a la verdad absoluta. Pero, a partir del momento en que se elimina la verdad absoluta, no puede existir un dogma infalible para la Internacional y, en consecuencia, ninguna teoría política o económica oficial; y nuestros congresos jamás deben asumir el rol de consejos ecuménicos que proclaman principios obligatorios que deben respetar todos sus miembros y creyentes.

Sólo existe una ley que es verdaderamente obligatoria para todos los miembros, secciones, individuos y federaciones de la Internacional, para todos los cuales esta ley es la única base verdadera. En su forma más completa, en todas sus aplicaciones y consecuencias, esta ley favorece *la solidaridad internacional de los trabajadores de todos los oficios y países en su lucha económica contra los explotadores del trabajo*. La unidad viviente de la Internacional sólo se basa en la organización real de esta solidaridad por medio de la acción espontánea de los grupos de trabajadores y por la federación absolutamente libre de las masas de trabajadores de todos los idiomas y de todas las naciones, siempre más poderosa, porque es libre; la Internacional no se puede unificar con decretos y bajo el látigo de ningún tipo de gobierno.

¿Quién puede dudar que, de esta organización siempre creciente de la solidaridad militante del proletariado contra la explotación burguesa, saldrá

la lucha política³ del proletariado contra la burguesía? Tanto los marxistas como nosotros estamos unánimemente de acuerdo al respecto. Pero he aquí una cuestión que nos separa completamente de los marxistas.

Nosotros creemos que la política del proletariado, necesariamente revolucionaria, debe tener como objetivo único e inmediato la destrucción del Estado. No entendemos cómo alguien puede hablar de solidaridad internacional cuando hay un deseo de conservar el Estado, a menos que uno sueñe con el Estado Universal, es decir, con la esclavitud universal, como en la que han soñado los grandes emperadores y pontífices. Porque el Estado, debido a su misma naturaleza, es una violación de esta solidaridad y, por ende, la causa continua de guerras. Tampoco podemos comprender cómo puede alguien hablar de la libertad del proletariado, o de la verdadera emancipación de las masas, dentro del Estado y por medio del Estado. El Estado significa dominio, y cualquier dominio presupone el sometimiento de las masas y, en consecuencia, su explotación para beneficio de una minoría gobernante.

Nosotros no aceptamos, ni siquiera con el propósito de una transición revolucionaria, las convenciones nacionales, las asambleas constituyentes, los gobiernos provisionales o las llamadas dictaduras revolucionarias, porque estamos convencidos de que la revolución sólo es sincera y permanente dentro de las masas; que, cuando se concentra en las manos de unos pocos individuos gobernantes, inevitable e inmediatamente se convierte en reacción. Tal es nuestra creencia; este no es el momento indicado para explayarse al respecto. Los marxistas profesan ideas muy distintas. Como corresponde a buenos alemanes, son adoradores del poder del Estado y son asimismo necesariamente los profetas de la disciplina política y social, los campeones de un orden social edificado de arriba abajo, siempre en nombre del sufragio universal y la soberanía de las masas a quienes brindan el honor de poder obedecer a sus líderes, sus patrones elegidos. Los marxistas no admiten ninguna otra emancipación que la que esperan de su llamado Estado Popular (Volksstaat).

Entre los marxistas y nosotros se abre un abismo. Ellos son los gubernamentales; nosotros somos anarquistas, pese a todo.

Tales son las dos principales tendencias políticas que en la actualidad dividen a la Internacional en dos campos. Por un lado, no hay nada, propiamente hablando, salvo Alemania; por el otro, encontramos, a distintos niveles, a Italia, España, el Jura suizo, gran parte de Francia, Bélgica, Holanda y en un futuro muy próximo, a los pueblos eslavos. Estas dos tendencias tuvieron un enfrentamiento directo en el Congreso de la Haya y, gracias a la gran habilidad táctica del señor Marx, gracias a la

³ Bakunin utiliza la palabra «política» en un sentido amplio, abarcando no sólo el gobierno o el Estado, sino cualquier área o problema de vida comunitaria distintos a los de salarios y subsistencia. (Nota de S. Dolgoff)

organización enteramente artificial de su último congreso, la tendencia alemana ha prevalecido.

¿Significa esto que esta enojosa cuestión haya sido resuelta? Ni siquiera fue debidamente discutida; la mayoría, después de haber votado como un regimiento bien entrenado, paralizó todas las discusiones con su voto. De este modo, la contradicción aún existe, más aguda y más alarmante que nunca, y el mismo señor Marx, por más intoxicado que esté con su victoria, no se puede imaginar seriamente que ha podido liquidarla a precio tan bajo. Y, si lo hiciera, se debe haber desilusionado rápidamente con la actitud unida de los delegados del Jura, de España, Bélgica y Holanda (para no mencionar Italia que ni siquiera se dignó a enviar delegados a este congreso tan claramente fraudulento), una protesta más bien moderada de tono, sin embargo muy poderosa y profundamente significativa.

Pero ¿qué se debe hacer hoy? Ahora, debido a que una solución o una reconciliación en el campo político es imposible, debemos practicar una mutua tolerancia, dejando a cada país el derecho inalienable de seguir la tendencia política que prefiera, o que encuentre más apropiada a su situación especial. En consecuencia, al rechazar todas las cuestiones políticas del programa obligatorio de la Internacional, debemos buscar el fortalecimiento de la unidad de esta gran asociación únicamente en el campo de la solidaridad económica. Tal solidaridad nos une mientras que las cuestiones políticas nos separan inevitablemente.

Esa es la verdadera base de la unidad de la Internacional: las comunes aspiraciones económicas y el movimiento espontáneo de las masas de todas las naciones -no en ningún gobierno, ni en una uniforme teoría política impuesta a las masas por un congreso general. Es tan evidente que uno debe estar aturdido por el apasionamiento para dejar de entenderlo.

Yo no puedo comprender cómo déspotas con corona, o sin ella, pueden haber soñado en tener el mundo en sus manos. Pero ¿qué se puede decir de un amigo del proletariado, un revolucionario que afirma que realmente desea la emancipación de las masas, cuando posa como director y árbitro supremo de todos los movimientos revolucionarios que pueden surgir en cualquier país y se anima a soñar en someter al proletariado a una única idea pergeñada en su propia mente?

Yo creo que el señor Marx es un revolucionario sincero, aunque no siempre consistente, y que realmente desea la revuelta de las masas. Y me pregunto cómo no ve el establecimiento de una dictadura universal, colectiva o individual, una dictadura que, de una forma u otra, llevaría a cabo las funciones de supremo director de la revolución mundial, regulando y gobernando un movimiento insurrecto de las masas en todos los países, como si fuera una máquina, cómo no ve que el establecimiento de semejante dictadura sería suficiente para matar a la revolución, para paralizar y distorsionar a todos los movimientos populares.

¿Dónde está el hombre, dónde está el grupo de individuos, por más geniales que sean, que se anime a jactarse de que sólo él puede abarcar y comprender la infinita diversidad de intereses, tendencias y actividades en cada país, en cada provincia, en cada localidad, en cada profesión y oficio que en su inmensidad están unidos, pero no regimentados, por ciertos principios fundamentales y por la gran aspiración común, la misma aspiración [la igualdad económica sin pérdida de autonomía] que, habiendo calado hondo en la conciencia de las mismas masas, constituirá la futura Revolución Social?

¿Y qué puede uno pensar de un Congreso Internacional que, supuestamente en aras de esta revolución, impone al proletariado de todo el mundo civilizado, un gobierno investido de poderes dictatoriales, con el derecho inquisitorial y pontifical de suspender las federaciones regionales de la Internacional y abolir naciones enteras en nombre de un supuesto principio oficial que, de hecho, sólo es idea de Marx, transformado por el voto de una mayoría ficticia, en verdad absoluta? ¿Qué puede uno pensar de un Congreso que, para dejar aún más en claro su locura, relega a América este gobierno dictatorial [el Consejo General de la Internacional] compuesto por hombres quienes, aunque probablemente honestos, sí ignorantes, oscuros, absolutamente desconocidos hasta por el mismo Congreso? ¿Nuestros enemigos, la burguesía, tendrían razón si se burlasen del Congreso y sostuvieran que la Asociación Internacional de Trabajadores combate la tiranía existente sólo para implantar una nueva tiranía sobre sí misma y que, al tratar de buena manera de reemplazar viejos absurdos, los crean nuevos!

II

El que hombres como los señores Marx y Engels deban ser indispensables para los partidarios de un programa que consagra el poder político y abre las puertas a todas sus ambiciones, es algo comprensible. Ya que habrá poder político, necesariamente habrá sometidos, ya que, sin obediencia, no puede haber poder. Uno podría objetar que no obedecerán a hombres, sino a las leyes que ellos mismos han legislado. Pero a eso replico que todos sabemos cómo la gente hace estas leyes y establecen normas de obediencia a estas leyes hasta en los países más libres y democráticos. Cualquiera que no esté metido en un partido que confunde la ficción con la realidad recordará que, inclusive en esos países, el pueblo no obedece las leyes legisladas por el mismo, sino las leyes hechas en su nombre; y que su obediencia a esas leyes jamás puede ser otra cosa que obediencia a la voluntad arbitraria de una minoría tutelar y gobernante; o, en una palabra, un servilismo voluntario.

Nosotros, los anarquistas revolucionarios, que sinceramente queremos la

total emancipación popular, vemos con repugnancia otra expresión en este programa: la designación del proletariado, los trabajadores, como clase y no como masa. ¿Sabéis lo que eso significa? Es nada más ni nada menos que el gobierno aristocrático de los obreros de fábricas y de las ciudades sobre los millones que constituyen el proletariado rural, quienes, en las previsiones de los socialdemócratas alemanes, se convertirán, en efecto, en los súbditos de su llamado Estado Popular. La «clase», el Estado, el poder son tres términos inseparables, uno de los cuales presupone a los otros dos y que se resumen en lo siguiente: el sometimiento político y la explotación económica de las masas.

Los marxistas piensan que, al igual que en el siglo XVIII la burguesía destronó a la nobleza a fin de tomar su lugar y absorber gradualmente y luego compartir con la misma el dominio y la explotación de los trabajadores de las ciudades y del campo, ahora al proletariado destronará y absorberá a la burguesía y, entonces, en conjunto dominará a los trabajadores rurales...

Aunque difiriendo en este respecto con nosotros, ellos no rechazan por completo nuestro programa. Sólo nos reprochan querer apresurarnos por acelerar la lenta marcha de la historia y por ignorarla ley científica de revoluciones sucesivas en períodos inevitables. Habiendo proclamado en sus obras de análisis filosófico del pasado que la cruenta derrota de los campesinos insurrectos alemanes y el triunfo de los Estados despóticos en el siglo XVI constituían un gran movimiento de avance revolucionario, ahora tienen las agallas de pedir el establecimiento de un nuevo despotismo, supuestamente en beneficio de los trabajadores urbanos y en detrimento de los trabajadores del campo.

Esta misma lógica lleva a los marxistas directa y fatalmente a lo que nosotros denominamos el *socialismo burgués* y a la conclusión de un nuevo pacto político entre los burgueses «radicales» o que se ven obligados a serlo, y la mayoría aburguesada «inteligente» y «respetable» de los trabajadores urbanos, en detrimento de las masas proletarias no sólo en el campo, sino también en las ciudades.

Tal es el significado de las candidaturas obreras a los parlamentos de los Estados existentes y el de la conquista del poder político. ¿Acaso no es evidente que la naturaleza popular de ese poder nunca será otra cosa que una ficción? Obviamente es imposible que miles, en realidad unos pocos miles, de personas ejerzan ese poder eficazmente. Necesariamente tendrán que ejercer ese poder representados por terceros, confiarlo a un grupo de hombres elegidos para representarlos y gobernarlos... Después de un breve período de libertad o euforia revolucionaria, estos nuevos ciudadanos del nuevo Estado se despertarán para encontrarse nuevamente como peones y víctimas de los nuevos grupos de poder...

Tengo toda la confianza de que en unos pocos años hasta los

trabajadores alemanes irán por el camino que más les convenga, siempre y cuando nos permitan tener la misma libertad. Hasta reconocemos la posibilidad de que su historia, su naturaleza especial, el estado de su civilización y toda su situación hoy les obligue a seguir ese camino. Que los trabajadores alemanes, americanos e ingleses y los de otras naciones marchen con la misma energía hacia la destrucción de todo el poder político, que haya libertad para todos y un respeto natural por esa libertad, tales son las condiciones esenciales de la solidaridad internacional.

A fin de apoyar su programa para la conquista del poder político, Marx dispone de una teoría muy especial, que no es otra cosa que la consecuencia lógica de todo su sistema. Sostiene que la condición política de cada país siempre es el producto y la fiel expresión de su situación económica; para cambiar la primera sólo es necesario transformar la segunda. En eso radica todo el secreto de la evolución histórica según Marx. No toma en consideración los otros factores de la historia, tal como la omnipresente reacción de las instituciones políticas, jurídicas y religiosas dentro de la situación económica. El dice: «La pobreza produce la esclavitud política, el Estado». Pero no permite que se dé la vuelta a estas palabras para decir: «La esclavitud política, el Estado, reproduce a su vez la pobreza y la mantiene como condición de su propia existencia, de modo que para destruir la pobreza, ¡es necesario destruir el Estado!». Y resulta extraño que Marx, quien prohíbe que sus discípulos consideren la esclavitud política, el Estado, como la verdadera causa de la pobreza, ¡ordene a sus seguidores en el Partido Social-Demócrata a que consideren la conquista del poder político como una condición absolutamente preliminar necesaria para la emancipación económica!

[Insertamos aquí un párrafo del discurso de Bakunin en septiembre de 1869, durante el Congreso de la Internacional, en el cual presenta otra objeción a la teoría del determinismo económico de Marx:]

El informe del Consejo General de la Internacional [redactado por Marx] dice que, debido a que el hecho jurídico no es más que la consecuencia del hecho económico, es por tanto necesario transformar a este último a fin de eliminar al primero. Es un hecho incontestable que lo que se ha llamado derecho jurídico o político en la historia siempre ha sido la expresión y el producto de un hecho concreto. Pero también es incontestable que, después de haber sido el efecto de actos o hechos previamente sucedidos, este derecho causa a su vez otros efectos, transformándose en un hecho muy real y poderoso que se debe eliminar si se desea un orden diferente al actual de las cosas. Y, de este modo, el derecho hereditario, después de haber sido la consecuencia natural de la apropiación violenta de la riqueza natural y social, luego se convirtió en la base del Estado político y de la familia jurídica, que garantizan y defienden la propiedad privada...

Del mismo modo, Marx ignora completamente a un elemento de suma

importancia en el desarrollo histórico de la humanidad, es decir, el temperamento y carácter peculiares a cada raza y cada pueblo que en sí mismos son el producto natural de un sinnúmero de causas étnicas, climatológicas, económicas e históricas, pero que ejercen, inclusive aparte e independientes de las condiciones económicas de cada país, una influencia considerable en sus destinos y hasta en el desarrollo de sus fuerzas económicas. Entre estos elementos y aquellos denominados características naturales, hay uno cuya acción es completamente decisiva en la historia particular de cada pueblo; se trata de la intensidad del espíritu de revuelta y, con ella, quiero decir la parte de libertad de que está dotado o que ha conservado cada pueblo. Este instinto es un hecho completamente primordial y animal; uno lo encuentra en diversos grados en cada ser viviente, y la energía y el poder vital de cada uno deben ser medidos por su intensidad. En el Hombre este instinto, aparte de las necesidades económicas que le impulsan, se convierte en el agente más poderoso de la total emancipación humana. Y, debido a que es un asunto más de temperamento que de intelecto o cultura moral, a veces sucede que un pueblo civilizado lo posee sólo en un grado débil, ya sea porque lo ha agotado en su desarrollo previo, o porque su civilización le ha desprovisto del mismo, o posiblemente porque desde el principio estuvo menos dotado de él que otros pueblos...

El razonamiento de Marx termina en una contra dicción absoluta. Tomando en consideración sólo la cuestión económica, insiste en que sólo los países más avanzados, aquellos en los que la producción capitalista ha alcanzado el mayor desarrollo, son los más capaces de hacer la Revolución Social. Estos países civilizados, con la exclusión de todos los demás, son los únicos destinados a iniciar y llevar a cabo la revolución. Esta revolución expropiará ya sea por medios pacíficos, graduales, ya sea por medios violentos, a los actuales propietarios y capitalistas. A fin de apropiarse de las tierras y del capital y de llevar a cabo sus intensos programas económicos y políticos, el Estado tendrá que ser muy poderoso y sumamente centralizado. El Estado revolucionario administrará y dirigirá el cultivo de la tierra por medio de sus autoridades asalariadas que comandarán a los ejércitos de campesinos, organizados y disciplinados con ese propósito. Al mismo tiempo, sobre la ruina de los bancos existentes, se levantará un único banco estatal que financiará todo el comercio laboral y nacional.

Rápidamente se hace evidente que un plan, al parecer tan simple, de organización puede entusiasmar la imaginación de los trabajadores, quienes desean tanto la justicia como la libertad y quienes tontamente se imaginan que una puede existir sin la otra; ¡como si, a fin de consolidar y conquistar la justicia y la igualdad, uno pudiera depender de los esfuerzos de los demás, en especial de los gobiernos, sin considerar cómo han sido elegidos

o cómo son controlados, para que hablen y actúen en nombre del pueblo! Porque para el proletariado esto, en realidad, no será más que una barraca: un régimen, donde dormirán, se despertarán, trabajarán y vivirán al son del tambor hombres y mujeres -regimiento donde los astutos y los cultos obtendrán privilegios gubernamentales; y donde aquellos con mentalidad mercenaria, atraídos por la inmensidad de las especulaciones internacionales del banco estatal, encontrarán un amplio campo para negocios lucrativos y secretos.

Habrà esclavitud dentro de este Estado y con el extranjero habrá guerra sin tregua, al menos hasta que las razas «inferiores», latinas y eslavas, cansadas de la civilización burguesa, ya no se resignen más al sometimiento al Estado, que será aún más despótico que el Estado anterior, aunque se llame Estado Popular.

La Revolución Social, tal como la imaginan y la desean los trabajadores latinos y eslavos, es infinitamente más amplia en perspectiva que la propuesta por el programa alemán o marxista. Para ellos no se trata de la emancipación de la clase trabajadora, parsimoniosamente dada en pequeñas cantidades y realizable en un futuro remoto, sino más bien la emancipación completa y real de todos los trabajadores, no sólo en algunas, sino en todas las naciones, «desarrolladas» o «subdesarrolladas». Y el primer lema de esta emancipación no puede ser otro que la *libertad*. No la libertad política burguesa tan ensalzada y recomendada por Marx y sus partidarios, como primer paso en la conquista de la total libertad, sino una *amplia libertad humana*, una libertad que destruya todos los grillos políticos, metafísicos y dogmáticos que hoy día soportan todos, que brindará a cada uno, tanto cuerpos colectivos como individuales, una total autonomía en sus actividades y su desarrollo, libres de una vez para siempre de inspectores, directores y guardianes.

El segundo lema de esta emancipación es la *solidaridad*, no la solidaridad marxista, decretada desde arriba por un gobierno, por trucos o por la fuerza, sobre la masa; no esa unidad de la totalidad que es la negación de la libertad de cada uno y que, por ese mismísimo hecho, se convierte en falsa, en una ficción que esconde la realidad de la esclavitud, sino esa solidaridad que es, por el contrario, la confirmación y la realización de toda libertad, pues no tiene sus orígenes en ninguna ley política de ninguna especie, sino en la inherente naturaleza social del Hombre, en virtud de la cual ninguno es libre si todos los demás que le rodean y ejercen una influencia, directa o indirectamente, en su vida, no son igualmente libres...

La solidaridad que se busca, lejos de ser el producto de una organización autoritaria artificial, sólo puede ser el producto espontáneo de la vida social, tanto económica como moral; el resultado de la libre federación de intereses, aspiraciones y tendencias comunes... Tiene como base esencial la

igualdad, el trabajo colectivo -obligatorio no por ley, sino por la fuerza de las realidades- y la propiedad colectiva; a modo de luz y guía, tiene la experiencia, la práctica de la vida colectiva, el conocimiento y el aprendizaje; como último objetivo, el establecimiento de una humanidad libre que comienza con la caída de todos los Estados.

Este es el ideal, no divino, no metafísico, sino el humano y práctico⁴, que corresponde a las aspiraciones modernas de los pueblos latinos y eslavos. Ellos quieren una libertad plena, una solidaridad completa, una igualdad absoluta; en suma, quieren una humanidad a gran escala y no aceptarán nada menos, siquiera con el pretexto de que la libertad limitada sólo es temporaria. Los marxistas denunciarán estas aspiraciones como locuras, como hace tiempo ya lo hacen, pero los pueblos latinos y eslavos jamás intercambiarán estos objetivos magníficos por los lugares comunes totalmente burgueses del socialismo marxista.

⁴ Práctico, en el sentido en que su realización será menos difícil que la de la idea marxista que, además de la mezquindad de su programa, tiene el grave inconveniente de ser absolutamente impracticable. No será la primera vez que hombres inteligentes y racionales, partidarios de cosas posibles y prácticas, sean llamados «utópicos» y aquellos que ahora son calificados de utópicos mañana sean reconocidos como hombres prácticos. El absurdo del sistema marxista consiste precisamente en la vana esperanza de que, delimitando excesivamente el programa socialista para que resulte aceptable a los burgueses radicales [liberales], transformará a estos últimos en siervos involuntarios y desganados de la Revolución Social. Este es el gran error. Todas las experiencias de la historia demuestran que una alianza hecha entre diferentes partidos siempre se presta al beneficio del partido más reaccionario; esta alianza debilita necesariamente al partido más progresista al disminuir y distorsionar su programa, al reducir su fortaleza moral y su confianza en sí mismo; mientras que un partido reaccionario, cuando es culpable de falsedad, está actuando de forma normal y simplemente es fiel a sí mismo, y hasta se las arregla para conseguir la reputación inmerecida de veraz. Uno no debe olvidarse jamás del ejemplo de Mazzini, quien, pese a su rígido republicanismo, se pasó toda la vida pactando con la monarquía y siempre terminó siendo su títere. Tampoco vacilo en manifestar que todos los coqueteos marxistas con la burguesía radical, ya sea reformista o «revolucionaria», sólo pueden conducir a la desmoralización y desorganización del nascente poder del proletariado y, en consecuencia, a una nueva consolidación del poder establecido de los gobernantes burgueses.

La insurrección comunista de la Comuna de París de marzo de 1871 inauguró la Revolución Social. La importancia de esta revolución reside, no en los intentos muy débiles que la Comuna tuvo el tiempo y la oportunidad de realizar, sino más bien en las ideas que avivó, la luz deslumbrante que arrojó a la verdadera naturaleza y finalidad de la Revolución, y las esperanzas que se han despertado en todos lados. Generó un tremendo poder entre las masas de todos los países, en especial en Italia, donde el despertar popular nació de esta insurrección contra el Estado.

El efecto de esta revuelta ha sido tan poderoso que los mismos marxistas, cuyas ideas fueron totalmente rebatidas por esos hechos, se han visto en la obligación de sacarse el sombrero ante ella. En realidad, hicieron algo más que eso: contra la lógica más elemental y sus propios sentimientos reales, proclamaron que su causa y programa son los de ellos. Han visto el poder apasionado que esta revolución ha encendido en todos. (Nota de M. Bakunin)

LA INTERNACIONAL Y CARLOS MARX (1872)

El siguiente texto, «La Internacional y Carlos Marx» [del “Imperio Knouto-Germánico”] se centra en la crítica de Bakunin al marxismo; crítica que es siempre más pertinente a medida que continúa en todos lados la reevaluación del marxismo.

Este texto fue escrito cuando el enfrentamiento decisivo entre las facciones autoritarias y antiautoritarias de la Internacional había alcanzado su punto culminante con la expulsión de Bakunin y Guillaume durante el célebre Congreso de la Haya en 1872. La primera parte se refiere a la conducta de Marx en la Internacional y señala las diferencias de principio y tácticas entre las dos facciones opuestas. Asimismo, trata de los principios básicos del sindicalismo revolucionario, incluyendo una crítica del marxismo, en especial en relación con el movimiento obrero. Bakunin desarrolla temas vitales como: 1) los liberales burgueses pro-laboristas; 2) si debe el Consejo General asumir poderes dictatoriales en la Internacional; 3) si la Internacional debe ser un modelo de la nueva sociedad que está tratando de construir o una réplica del Estado; 4) la relativamente próspera «casta semiburguesa de artesanos y obreros industriales» que fácilmente podrían constituir una «cuarta clase gobernante» (siendo las otras tres la Iglesia, la burocracia de Estado y los capitalistas); y 5) la confianza de Bakunin en el potencial revolucionario de las masas más oprimidas, más pobres y alienadas que él denomina, «la flor del proletariado».

La segunda parte trata principalmente de la crítica de Bakunin a la teoría marxista del materialismo histórico y del determinismo económico, sosteniendo que los acontecimientos decisivos que conforman las «leyes de la historia» fatalistas de Marx no son ni inevitables, ni necesariamente progresivas.

Sam Dolgoff

Cuando se trata de explotar, la burguesía practica la solidaridad. Para

combatirla, los explotados deben hacer lo mismo; y la organización de esta solidaridad es el único objetivo de la Internacional. Este objetivo, tan simple y tan claramente expresado en los estatutos originales, es la única obligación legítima que todos los miembros, secciones y federaciones de la Internacional deben aceptar. Y esto ya se ha llevado a cabo. Lo demuestra el hecho de que, en apenas ocho años, más de un millón de trabajadores se han afiliado y unido sus fuerzas bajo la bandera de esta organización que, de hecho, se ha convertido en un poder verdadero, un poder al que ahora los monarcas más poderosos se ven obligados a prestar atención.

Pero todo poder implica ambiciones, y el señor Marx y compañía, sin haber jamás tenido en cuenta la naturaleza y la fuente del poder prodigioso de la Internacional, parecen imaginarse que pueden transformarla en un medio o instrumento para la realización de sus propias pretensiones políticas. El señor Marx, quien fue uno de los principales iniciadores de la Internacional (un título de gloria que nadie puede poner en duda) y quien en los últimos ocho años ha prácticamente monopolizado el Consejo General, tendría que haber comprendido mejor que nadie dos cosas que son evidentes y que sólo los cegados por la vanidad y la ambición pueden ignorar: 1º) que el espléndido crecimiento de la Internacional se debe a la eliminación en su programa oficial y en sus normas de todas las cuestiones políticas y filosóficas, y 2º) al estar basadas todas sus secciones y federaciones en el principio de la autonomía y la libertad, la Internacional felizmente se ha visto liberada de la presencia de un centralizador o director que naturalmente impediría y paralizaría su crecimiento. Antes de 1870, precisamente en el período de la mayor expansión de la Internacional, el Consejo General de la Internacional no interfirió con la libertad y la autonomía de las secciones y federaciones; no porque careciera de la voluntad de dominar, sino únicamente porque carecía del poder necesario para hacerlo y porque nadie le hubiera obedecido. El Consejo General era un apéndice que se arrastraba detrás del movimiento espontáneo de los trabajadores de Francia, Suiza, España e Italia.

En lo que se refiere a la cuestión política, todo el mundo sabe que, si fue eliminada del programa de la Internacional, no fue culpa del señor Marx. Tampoco se debe a ningún cambio de opinión del autor del famoso *Manifiesto* de los comunistas alemanes publicado en 1848 por él y su amigo y cómplice, el señor Engels. Tampoco dejó de poner de manifiesto esta cuestión en la «Proclama Inaugural» -circular dirigida a todos los trabajadores de todos los países-, publicada en 1864 por el Consejo General Provisional de Londres. El único autor de esa «Proclama» fue el señor Marx.

En ese documento, el jefe de los comunistas autoritarios alemanes acentuaba que «la conquista del poder político es la primera tarea del proletariado...»

El Primer Congreso de la Internacional (Ginebra, 1866) cortó en sus mismas raíces el intento del señor Marx -quien ahora actúa como el dictador de nuestra gran asociación- de aplicar este principio político. Ha sido completamente eliminado del programa y de los estatutos adoptados por aquel congreso que sigue siendo la base de la Internacional. Haced el esfuerzo de leer los magníficas «Considerandos» que son el Preámbulo de nuestros estatutos generales y veréis que la cuestión política está tratada con estas palabras:

“Considerando que la emancipación de los trabajadores debe ser la tarea de los mismos trabajadores; que los esfuerzos de los trabajadores por lograr su emancipación no deben ser para reconstituir nuevos privilegios, sino para establecer, de una vez por todas, derechos y obligaciones iguales; que la esclavitud de los trabajadores al capital es la fuente de toda servidumbre -política, moral y material-; que por esta razón *la emancipación económica de los trabajadores es el gran objetivo al que se deben subordinar todos los movimientos políticos, etcétera.*”

Esta frase clave de todo el programa de la Internacional rompe las cadenas que atan al proletariado a la política de la burguesía. Al reconocer esta verdad, el proletariado ensanchará aún más el abismo que lo separa de la burguesía con cada medida que tome.

La Alianza,⁵ sección ginebrina de la Internacional, ha interpretado ese párrafo de los «Considerandos» en los siguientes términos:

“La Alianza rechaza toda acción política que no tenga como objetivo inmediato y directo el triunfo de los trabajadores sobre el capitalismo. En consecuencia, fija como su objetivo final la abolición del Estado, de todos los Estados [para ser reemplazados], por la federación universal de todas las asociaciones locales por medio de la libertad y en libertad.”

Contrario a esto, el Partido Social-Demócrata de Trabajadores Alemanes, fundado en 1869 bajo las auspicios de los señores Marx, Liebknecht y Babel, anunció en su programa que «la conquista del poder político era la condición indispensable de la emancipación económica del proletariado» y que, en consecuencia, el objetivo inmediato del partido debe ser la organización de una gran campaña legal para conquistar el sufragio universal y todos los demás derechos políticos. El objetivo final era el establecimiento de un Gran Estado Pan-Germánico, el denominado Estado Popular.

⁵ La «Asociación Internacional de Democracia Social», fundada por Bakunin y otros en 1866. Su programa fue la base ideológica del ala libertaria de la Primera Internacional. (Nota de S. Dolgoff)

Entre estas dos tendencias, existen las mismas concepciones conflictivas y el mismo abismo que separan al proletariado de la burguesía. ¿Es, por tanto, sorprendente que estos adversarios irreconciliables chocaran en la Internacional, que la lucha entre ellos, en todas las formas y en todas las ocasiones posibles, aún continué llevándose a cabo? La Alianza, fiel al programa de la Internacional, rechaza con desdén toda colaboración con la política burguesa, por más disfraz radical y socialista que lleve. Aconseja al proletariado que la única emancipación verdadera, la única política que realmente les beneficia, es la política exclusivamente negativa de demoler las instituciones políticas, el poder político, el gobierno en general y el Estado, y que, para lograrlo, es necesario unificar las fuerzas dispersas del proletariado en una organización Internacional, un poder revolucionario dirigido contra el poder atrincherado de la burguesía.

Los social-demócratas alemanes propugnan una política absolutamente distinta. Dicen a esos trabajadores, que por desgracia les prestan atención, que la tarea primera y de mayor urgencia de su organización consiste en ganar los derechos políticos por medio de la agitación legal. De ese modo subordinan el movimiento por la emancipación económica a un movimiento exclusivamente político; y, con esta obvia inversión de todo el programa de la Internacional, de un solo golpe llenan el abismo que había sido abierto por la Internacional entre el proletario y la burguesía.

Y han hecho algo más. Han atado al proletariado al rumbo de la burguesía. Porque resulta evidente que todo este movimiento político, expuesto con tanto entusiasmo por los socialistas alemanes, ya que debe preceder a la revolución económica, sólo puede ser dirigido por la burguesía, o lo que aún es peor, *por trabajadores convertidos en burgueses por su vanidad y ambiciones*. Y, de hecho, este movimiento, al igual que todos sus predecesores, sustituirá una vez más al proletariado y le condenará a ser el instrumento ciego, la víctima a ser utilizada y luego sacrificada en la batalla entre los partidos burgueses rivales por el poder y el derecho al dominio y a la explotación de las masas. A cualquiera que dude esto, sólo debemos mostrarle lo que ahora sucede en Alemania, donde los órganos de la social democracia cantan himnos de alegría al ver un congreso de burgueses profesores de economía política que confían el proletariado a la protección paternalista de los Estados; y ha ocurrido en Suiza -allí donde predominó el programa marxista, en Ginebra, Zúric, Basilea-, programa que la Internacional ha declinado hasta el punto de sólo ser una fuente de votos en beneficio de los burgueses radicales. Estos hechos irrefutables me parecen ser más elocuentes que cualquier palabra.

Estos hechos son reales y son un efecto natural del triunfo de la propaganda marxista. Y es por esta razón que nosotros luchamos a muerte contra las teorías marxistas, convencidos de que, si triunfasen en toda la Internacional, lo menos que harían sería matar su espíritu, así como ya lo

han hecho en gran parte en los sitios a que me he referido.

La verdad es que hemos deplorado, y aún deploramos, profundamente la inmensa confusión y la desmoralización que estas ideas han causado al detener el maravilloso y prometedor crecimiento de la Internacional y que casi han destrozado la organización. Pese a esto, ninguno de nosotros ha ni tan sólo soñado jamás con no permitir que el señor Marx y sus fanáticos discípulos divulguen sus ideas en nuestra gran asociación: de hacerlo, violaríamos nuestro principio fundamental: *absoluta libertad para divulgar las ideas políticas y filosóficas*.

La Internacional no permite a ningún censor y ninguna verdad oficial en cuyo nombre se pueda imponer la censura. Hasta ahora, la Internacional se ha negado a darle este privilegio a la Iglesia o al Estado y se debe precisamente a este hecho el que el crecimiento increíblemente rápido de la Internacional haya sorprendido al mundo.

Esto es lo que el Congreso de Ginebra (1866) comprendió mejor que el señor Marx. El efectivo poder de nuestra asociación, la Internacional, radicaba en la eliminación en su programa de todos los planteos políticos y filosóficos, no como *temas de discusión y estudio sino como principios obligatorios* que todos los miembros debían aceptar.

Es verdad que en el segundo congreso de la Internacional (Lausana, 1867), amigos mal informados, no enemigos, se movieron para la adopción de un plan político. Pero, por fortuna, la cuestión de la política fue formulada de forma inofensiva en esta platónica declaración: «que la cuestión política es inseparable de la cuestión económica», una declaración que suscribiría cualquiera de nosotros. Porque resulta evidente que la política, es decir, las instituciones y las relaciones de los Estados, no tienen otro objeto que asegurar a las clases gobernantes la explotación legal del proletariado. En consecuencia, desde el momento en que el proletariado toma conciencia de que se debe emancipar, necesariamente se debe preocupar por el juego de la política a fin de luchar y derrotarlo. Nuestros adversarios no entienden el problema en este sentido. Lo que ellos buscan y hasta desean es la política constructiva del Estado. Pero, al no encontrar un sentimiento favorable en Lausana, se abstuvieron sabiamente de presentar la cuestión.

En 1868, lo trataron nuevamente en el Congreso de Bruselas. Los internacionalistas belgas, al ser comunales, es decir, antiautoritarios y anticentralistas por historia y tradición, no ofrecieron a nuestros oponentes ninguna posibilidad de éxito. Una vez más, no presionaron la cuestión política.

¡Tres años de derrotas! Esto fue demasiado para la ambición impaciente del señor Marx. Ordenó a su ejército hacer un ataque directo. Y esa orden fue llevada a cabo en el congreso de Basilea (1869). Las circunstancias parecían favorables. El partido social-demócrata tenía tiempo suficiente

para organizarse en Alemania bajo la dirección del señor Liebknecht y Babel. El partido tenía conexiones con la Suiza alemana, en Zurich y Basilea, e incluso en la sección alemana de la Internacional en Ginebra. Fue la primera vez que estuvieron presentes en gran número los delegados alemanes en un congreso de la Internacional.

...Aunque bien preparados para la gran batalla, los marxistas perdieron... Poco después de su derrota en ese congreso, el Consejo General, que de hecho era el comodín de Marx, se despertó de su forzado letargo (tan saludable para la Internacional) y lanzó una ofensiva. Comenzó con un torrente de odiosas falsedades y complots contra aquellos que se animaban a discrepar con la *claque* de Marx, todo esto fue difundido por periódicos alemanes y en todos los países con cartas y circulares secretas y confidenciales y por toda clase de agentes reclutados de distintas maneras en el campo marxista.

Esto fue seguido por la Conferencia de Londres (septiembre de 1871), la cual, preparada por el largo brazo del señor Marx, aprobó todo lo que él quería: la conquista del poder político como parte integral del programa obligatorio de la Internacional y la dictadura del Consejo General, es decir, la dictadura personal del señor Marx y, en consecuencia, la transformación de la Internacional en un inmenso Estado monstruoso con él como jefe.

La legitimidad de esa conferencia ha sido disputada. El señor Marx, un hábil manipulador político, sin duda ansioso de probar al mundo que, aunque carecía de armas de fuego y cañones, las masas aún podían ser gobernadas con mentiras, libelos e intrigas, organizó el Congreso de la Haya en septiembre de 1872. Apenas habían pasado dos meses desde ese congreso, y ya en toda Europa (con excepción de Alemania, donde los trabajadores sufren lavados de cerebros con las mentiras de sus líderes y su prensa) y en las federaciones libres (belga, holandesa, inglesa, norteamericana, francesa, española, italiana, sin olvidar nuestra excelente Federación jurástica [Suiza]) se ha levantado una oleada de indignación contra la burla cínica que pretende autodenominarse el verdadero Congreso de la Internacional. Gracias a una mayoría comprada y ficticia, compuesta casi exclusivamente por miembros del Congreso General, hábilmente utilizada por el señor Marx, todo ha sido disfrazado, falsificado, brutalizado. La justicia, el sentido común, la honestidad y el honor de la Internacional fueron funestamente rechazados, su propia existencia puesta en peligro; todo esto a fin de establecer la dictadura del señor Marx. No es solamente algo criminal, es una locura. Empero, al señor Marx, que se considera el padre de la Internacional (sin la menor duda fue uno de los fundadores), ¿no le importa nada y permite todo esto! A esto pueden llevar la vanidad personal, la sed de poder y, sobre todo, la ambición política. Porque Marx es personalmente responsable de todos estos actos. Marx, pese a todas sus malas acciones, conscientemente ha hecho un gran servicio

a la Internacional al demostrar de la manera más dramática y evidente que, si algo puede matar la Internacional, es la introducción de la política en su programa.

La Asociación Internacional de Trabajadores, como he dicho, no hubiese crecido de forma tan fenomenal si no hubiera eliminado de sus estatutos y de su programa todas las cuestiones políticas y filosóficas. Esto queda claro y es verdaderamente sorprendente que sea necesario demostrarlo una vez más.

Pienso que no necesito demostrar que, para que la Internacional sea un verdadero poder, tiene que ser capaz de organizar dentro de sus rangos a la inmensa mayoría del proletariado europeo. Pero, ¿qué programa político o filosófico puede congregarse bajo sus banderas a estos millones [de personas]? Únicamente un programa que sea muy general, en consecuencia vago e indefinido, ya que cualquier definición teórica necesariamente implica la eliminación y, en la práctica, la exclusión de miembros.

Por ejemplo: hoy no existe ninguna filosofía seria que no tome como punto de partida al *negativo* ateísmo. (Históricamente se hizo necesario negar los absurdos teológicos y metafísicos.) Pero ¿acaso creéis que, si esta simple palabra «ateísmo» hubiera sido inscrita en la bandera de la Internacional, esta asociación habría sido capaz de atraer más de unos pocos centenares de miembros? Por supuesto que no; porque la gente sea realmente religiosa, sino porque creen en un Ser Superior; y continuarán creyendo en un Ser Superior hasta que una Revolución Social les brinde los medios de lograr aquí en la tierra sus aspiraciones. Es cierto que, si la Internacional hubiera exigido que todos sus miembros fueran ateos, hubiese excluido de sus rangos a la flor innata del proletariado.

Para mí, la flor innata del proletariado no es, como para los marxistas, la capa superior, la aristocracia del trabajo, aquellos que son más cultos, que ganan más y viven con más comodidades que los demás trabajadores. Precisamente, esa capa semiburguesa de trabajadores, si los marxistas logran lo suyo, constituirá la *cuarta clase gobernante*. Esto, por cierto, podría suceder si la gran masa del proletariado no se defiende contra ella. En virtud de su posición semiburguesa y de su relativo bienestar, esta capa superior de trabajadores, por desgracia, está profundamente saturada de todos los prejuicios sociales y políticos y de todas las estrechas aspiraciones y pretensiones de la burguesía. De todo el proletariado, esta capa superior es la menos social y la más individualista.

Por la flor innata del proletariado, yo quiero significar la gran masa, esos millones de analfabetos, los desheredados, los miserables, los pobres, a quienes los señores Marx y Engels someterían a una administración paternalista con un *gobierno fuerte*.⁶ ¡Naturalmente, para la propia

⁶ Palabras de Engels en una carta dirigida a Cafiero. (Nota de S. Dolgoff)

salvación del pueblo! Supuestamente todos los gobiernos se establecen únicamente para cuidar el bienestar de las masas. Por la flor innata, del proletariado, precisamente me refiero a la eterna «carne» (de la que comen los gobiernos), la gran *chusma del pueblo* (los desposeídos, «la hez de la sociedad»), comúnmente denominados por Marx y Engels, según la pintoresca y despreciativa expresión de *Lumpenproletariat*. Yo pienso en la «canalla», esa «hez» casi incontaminada por la civilización burguesa, que lleva en su ser interior y en sus aspiraciones, todas las necesidades y miserias de su vida colectiva, todas las semillas del socialismo del futuro y que hoy día es lo suficientemente poderosa como para inaugurar y conseguir el triunfo de la Revolución Social.

En casi todos los países, esta «hez» se negaría a entrar en la Internacional si esta asociación tuviera un compromiso oficial con el ateísmo. Sería un golpe fuerte si rechazaran a la Internacional, porque de ellos depende todo el éxito de nuestra gran asociación.

Es absolutamente lo mismo con respecto a todas las direcciones políticas. Por más que intenten los señores Marx y Engels, no podrán cambiar lo que es manifiesta y universalmente evidente; no existe ningún principio político capaz de inspirar y llevar a las masas a la acción. Los intentos de movilizar a las masas colapsaron después de unos años, incluso en Alemania. Lo que las masas quieren en primer lugar es su inmediata emancipación económica; para ellos esta emancipación es equivalente a la libertad y la dignidad humanas, un problema de vida o muerte. Si hoy existe un ideal al que las masas pueden adherirse de forma apasionada, este es el de la igualdad económica. Y las masas tienen mil veces razón porque, mientras no cambie la situación presente y sea reemplazada por la igualdad económica, todo lo que constituye el valor y la dignidad de la existencia humana (la libertad, la ciencia, el amor, la inteligencia y la solidaridad fraterna) seguirá siendo para ellos una desilusión horrible y cruel.

La pasión instintiva de las masas por la igualdad económica es tan grande que, si tuvieran esperanzas de recibirla de un régimen despótico, sin la menor duda y con poca reflexión, se entregarían al despotismo. Por fortuna, la experiencia humana ha sido muy útil inclusive para las masas. Hoy, en todas partes, están empezando a comprender que ningún despotismo ha logrado o podido tener la voluntad o el poder de, brindarles la igualdad económica. El programa de la Internacional es felizmente muy explícito respecto a esta cuestión: *la emancipación de los trabajadores sólo pueden lograrla los mismos trabajadores*.

¿No es acaso sorprendente que el señor Marx haya creído posible sacar de esta precisa declaración, que probablemente él mismo escribió, su socialismo científico? ¡Porque la organización y el gobierno de una nueva sociedad, en manos de sabios socialistas, es el peor de todos los gobiernos despóticos!

Pero, gracias a la grande y querida gente de la calle, la «hez», a quienes mueve un instinto tan invencible como justo, todos los esquemas gubernamentales de esta pequeña minoría de la clase trabajadora, ya disciplinada y encaminada a convertirse en los soldados de un nuevo despotismo, el socialismo científico del señor Marx, jamás les será impuesto y está condenado a ser sólo un sueño. Esta nueva experiencia, quizás la más triste de las experiencias, no afligirá a la sociedad porque el proletariado de todos los países hoy está animado por una profunda desconfianza para con todo lo político y todos los políticos, sea cual sea el color de su partido. Todos ellos, desde los republicanos «más rojos» a los monárquicos más ardientes por igual han engañado, oprimido y explotado al pueblo.

Tomando en consideración los sentimientos de las masas, ¿cómo puede esperar alguien atraerlas con un programa político específico? Y, en el supuesto de que las masas se permitan entrar en la Internacional, tal como ocurre, ¿cómo puede alguien esperar que el proletariado de todas las tierras, que tanto difiere en temperamento, en cultura, en desarrollo económico, soportaría el yugo de un programa político uniforme? Sólo los dementes pueden imaginarse semejante posibilidad. No obstante, el señor Marx no sólo disfruta imaginárselo: quiere lograr esta proeza. Con un despótico ataque traicionero,⁷ hizo pedazos el pacto de la Internacional, esperando de ese modo, como aún hoy lo hace, imponer un programa político uniforme, *su propio programa*, a todas las federaciones de la Internacional y, en consecuencia, al proletariado de todas las naciones.

Esto ha causado una profunda división en la Internacional. No nos engañemos; se ha fracturado la unidad básica de la Internacional. Esto se ha logrado, repito, con los actos del partido marxista que, en el transcurso de todo el Congreso de La Haya, ha tratado de imponer su voluntad, el pensamiento y la política de su jefe en toda la Internacional.

Si las declaraciones del Congreso de La Haya son tomadas seriamente, nuestra gran asociación no tendría otra alternativa que disolverse. Porque no nos podemos imaginar que los trabajadores de Inglaterra, Holanda, Bélgica, el Jura suizo, España, Estados Unidos, para no mencionar a los esclavos, se someterían a la disciplina marxista.

Sin embargo, si uno está de acuerdo con los distintos políticos de la Internacional -con los jacobinos revolucionarios, los blanquistas, los republicanos democráticos, para no mencionar a los social-demócratas o los marxistas- en que la cuestión política debe ser parte integrante del programa de la Internacional, uno debe admitir que Marx tiene razón. La Internacional puede ser poderosa únicamente si actúa como una unidad, con un solo programa político para todos. De otra manera habría tantas

⁷ Resoluciones del Congreso de La Haya. (Nota de S. Dolgoff)

Internacionales como programas. Pero como resulta claramente imposible que los trabajadores de todos los diferentes países se unan voluntaria y espontáneamente bajo los mismos programas políticos, se les tendría que imponer este programa único. Para evitar la impresión de que fue introducido en la Internacional por el Consejo General, dominado por los marxistas, un congreso marxista «arreglado» votó a su favor, demostrando de un modo nuevo esta vieja verdad sobre el sistema representativo y el sufragio universal: en nombre de la elección libre de todos, se decreta la esclavitud de todos. Esto es lo que realmente sucedió en el Congreso de La Haya.

Para la Internacional fue lo que la batalla y derrota de Sedan fue para Francia: la invasión victoriana del pangermanismo, no de Bismark, sino de Marx, imponiendo el programa político de los comunistas autoritarios y los socialdemócratas de Alemania y la dictadura de su jefe sobre el mundo proletario. Para esconder mejor este esquema y endulzar la amarga píldora, este notorio congreso envió a América al Consejo General de marionetas, elegido e instruido por el mismo señor Marx, siempre obediente a sus instrucciones secretas, para asumir todas las trampas, el trabajo penoso y las apariencias del poder, mientras que entre bambalinas el señor Marx ejerce el poder verdadero.

Pero por más repugnante que pueda parecer este esquema a almas sensibles y timoratas, se hizo absolutamente necesario a partir del momento en que se presentó la propuesta de incluir la cuestión política en el programa de la Internacional. Ya que se considera necesaria la unidad de acción política, y debido a que no puede aparecer por medio del acuerdo voluntario y espontáneo de las federaciones y secciones de los diferentes países, ésta debe ser impuesta. Únicamente de esta manera se puede crear esta unidad política tan fuertemente deseada y buscada. Pero al mismo tiempo se crea la esclavitud.

En suma: al introducir la cuestión política en el programa y los estatutos oficiales y obligatorios de la Internacional, los marxistas han puesto a nuestra asociación ante un terrible dilema: *o unidad política con esclavitud, o libertad con división y disolución*. ¿Cuál es la opción? Bastante simple: debemos volver a nuestros principios originales y omitir el asunto político específico, dejando de ese modo en libertad a las secciones y federaciones para desarrollar sus propias políticas. Pero, ¿acaso cada sección y federación no querrá seguir la política que quiera?

Sin la menor duda. Pero, ¿no se transformará la Internacional en una torre de Babel? Por el contrario, únicamente entonces alcanzará una verdadera unidad, básicamente económica, la que llevará a una real unidad política. Entonces se creará, aunque por supuesto no al mismo tiempo, la gran política de la Internacional; no engendrada por una sola cabeza, ambiciosa y erudita, pero de cualquier modo incapaz de abrazar todas las

necesidades de un proletariado por más inteligente que sea⁸, sino por la acción absolutamente libre, espontánea y concurrente de todos los trabajadores de todos los países.

La fundación de la Internacional, para la unidad tan vanamente buscada en los actuales dogmas políticos y filosóficos, ha sido ya realizada por los sufrimientos, intereses, necesidades y aspiraciones reales y comunes de los trabajadores de todo el mundo. Esta solidaridad no se debe crear artificialmente. Es un hecho, es la vida misma, una experiencia cotidiana en el mundo del trabajador. Y lo único que queda por hacer es convencerle de este hecho y ayudarle a organizarlo conscientemente. Este hecho es la *solidaridad para las exigencias económicas*. Este slogan es, en mi opinión, el único y, a la vez, realmente más importante logro de los primeros fundadores de nuestra asociación, entre los cuales, como siempre me gusta recordar, el señor Marx ha desempeñado un papel de gran importancia y utilidad, salvo en sus esquemas políticos que el Congreso de Ginebra (1866) sabiamente eliminó del programa que él presentara.

Siempre he evitado llamar al señor Marx y sus numerosos colaboradores, los «fundadores» de la Internacional, no porque yo esté movido a ello por bajos instintos con el fin de rebajar o disminuir sus méritos; por el contrario, insisto en darles todo el crédito que se merecen. Ahora bien, estoy convencido de que la Internacional no ha sido un producto suyo, sino el fruto del mismo proletariado. Ellos (Marx y compañía) fueron de alguna manera la comadrona y no la madre. El gran autor (sin saberlo, como suele ocurrir a los autores de grandes cosas) fue el proletariado, representado por unos pocos cientos de trabajadores anónimos, franceses, ingleses, belgas, suizos y alemanes. Fue su profundo y preciso instinto de trabajadores, aguzado por los sufrimientos inherentes a su condición, lo que les impulsó a encontrar el principio verdadero y el verdadero propósito de la internacional. Tomaron como punto de partida las necesidades comunes ya existentes y vieron *la organizaron internacional del conflicto económico contra el capitalismo* como el verdadero objetivo de esta asociación. Al darle exclusivamente esta base y este objetivo, los trabajadores establecieron de inmediato todo el poder de la Internacional. Abrieron de par en par las puertas a millones de oprimidos y explotados sin tener en cuenta sus creencias, sus niveles culturales, o su nacionalidad.

No se puede cometer el error de exigir más de lo que una institución o un hombre pueden dar. Al exigirles más, se les desmoraliza, obstaculiza, pervierte y inutiliza totalmente para cualquier acción constructiva. En poco tiempo la Internacional produjo grandes resultados. Organizó y continuará

⁸ Aquí Bakunin se refiere a unas palabras de Sorge, un delegado de Estados Unidos al Congreso de La Haya: «Los partidarios de la autonomía dicen que nuestra organización no tiene necesidad de una cabeza. Nosotros, por el contrario, pensamos que debemos tenerla, con mucha materia gris en su interior». (Nota de James Guillaume)

organizando masas cada vez más numerosas del proletariado para luchas económicas. ¿Se desprende de esto que se puede utilizar al proletariado también como instrumento en la lucha política? Debido a que así lo pensó, el señor Marx casi destruyó la Internacional en el Congreso de la Haya. Es la vieja historia de la gallina de los huevos de oro. Ante la convocatoria de unir fuerzas para la lucha económica, las masas de trabajadores de distintos países se apresuraron a unirse bajo la bandera de la Internacional, y el señor Marx se imaginó que las masas permanecerían agrupadas bajo ella -¿qué digo?-, que se apresurarían a unirse en cantidades aún mayores cuando él, el nuevo Mesías, hubiera inscrito los mandamientos de su nuevo decálogo en nuestra bandera, en el programa oficial y unificador de la Internacional.

Este fue su error. Las masas, sin considerar su nivel de cultura, creencias religiosas, país o idioma, comprendían el lenguaje de la Internacional cuando les hablaba de su pobreza, sus sufrimientos y su esclavitud bajo el yugo del capitalismo. Respondieron cuando se les explicó la necesidad de unirse en una gran lucha común. Pero allí se les contó acerca de un programa político -muy culto y, sobretodo, bastante autoritario- que para su propia salvación intentaba -en la misma Internacional en que iban a organizar su propia emancipación- imponerles un gobierno dictatorial (¡únicamente temporario, por supuesto!), dirigido por un hombre extraordinariamente inteligente.

Es una simple locura esperar que las masas de trabajadores de Europa se quedarán en la Internacional en semejantes circunstancias.

Pero podéis preguntaros, «¿Acaso el éxito admirable [de la Internacional] no ha demostrado que el señor Marx tiene razón, y acaso el Congreso de la Haya no votó a favor de todas sus ponencias?».

Nadie sabe mejor que el mismo Marx lo poco que las resoluciones aprobadas por el infortunado Congreso de La Haya expresaban el pensamiento verdadero y las aspiraciones de las federaciones de todos los países. La composición y la manipulación de este congreso han causado tanto dolor y desilusión que nadie tiene la menor esperanza acerca de su valor verdadero. Aparte del Partido Social-Demócrata alemán, las federaciones de todos los países -norteamericana, inglesa, holandesa, belga, francesa, jurástica, española e italiana- protestaron contra todas las resoluciones de este congreso desastroso y desgraciado, y denunciaron con vehemencia sus innobles intrigas.

Pero dejemos a un lado la cuestión moral y tratemos únicamente los puntos principales. Un programa político carece de valor si sólo trata de vagas generalidades. Debe especificar con presión qué instituciones reemplazarán a aquéllas que serán destruidas o reformadas. El programa de Marx es una red completa de instituciones políticas y económicas rígidamente centralizadas y sumamente autoritarias, aprobadas, sin duda, como todas las instituciones despóticas de nuestro tiempo, por el sufragio

universal, pero empero subordinadas a un gobierno *muy fuerte*, para citar a Engels, el *alter ego* de Marx, el confidente del autócrata.

Pero, ¿por qué se debe insertar este programa en los estatutos oficiales y unificadores de la Internacional? ¿Por qué no el de los blanquistas? ¿Por qué no el nuestro? ¿Podría deberse a que el señor Marx lo creó? Esta no es una razón. ¿O es porque los trabajadores alemanes parecen aceptarlo? Pero el programa anarquista es aceptado con muy pocas excepciones por todas las federaciones latinas; los esclavos no aceptarían ningún otro. ¿Por qué entonces el programa de los alemanes debe dominar la Internacional, que fue concebida en libertad y sólo puede prosperar en la libertad y por medio de ella?...

Queda claro que el deseo de obligar a las federaciones, ya sea por la violencia, por intrigas o por ambas cosas, a aceptar un único programa político arbitrario, debe fracasar; el resultado más probable debiera ser la disolución de la Internacional y su división en numerosos partidos políticos, cada uno promoviendo su propio programa político. Para salvar su integridad y asegurar su progreso, sólo queda un procedimiento: preservar la dirección original y *mantener la cuestión política fuera del programa y estatutos oficiales y obligatorios de la Asociación Internacional de Trabajadores, que fue organizada no para la lucha política sino únicamente con objetivos económicos; y negarse absolutamente a ser usada por nadie como instrumento político*. Aquellos que [capturan la Internacional] y la comprometan con una política positiva en la lucha entre los partidos políticos rivales [para la conquista del poder estatal] se desmoralizarán de inmediato. Aquellos que tontamente se imaginan que realmente tienen ese poder lo verán escapárseles de entre los dedos y disolverse ante sus propios ojos.

Ahora bien, ¿dejaría la Internacional de preocuparse por las cuestiones políticas y filosóficas? ¿Ignoraría la Internacional el progreso en el mundo del pensamiento así como de los acontecimientos que acompañan la lucha política, o salen de ella, esa lucha dentro de los Estados o entre ellos y se interesaría exclusivamente por los problemas económicos? ¿Se limitaría la Internacional a reunir estadísticas, estudiar las leyes de producción y de la distribución de las riquezas, regular los salarios, reunir fondos de huelga, organizar huelgas locales, nacionales e internacionales, establecer sindicatos nacionales e internacionales y fundar mutualidades y cooperativas de producción para los consumidores siempre que le fuera posible?

Nos apresuramos a decir que es absolutamente imposible ignorar las cuestiones políticas y filosóficas. Una preocupación exclusiva por las cuestiones económicas sería fatal para el proletariado. Sin duda alguna la defensa y organización de sus intereses económicos -un asunto de vida o muerte- debe ser la tarea fundamental del proletariado. Pero resulta

imposible que los trabajadores allí se detengan sin renunciar a su humanidad y sin privarse del poder moral o intelectual que es tan necesario para la conquista de sus derechos económicos. En las circunstancias miserables en las que ahora se encuentra el trabajador, el principal problema con el que se enfrenta es el pan para él y su familia. Pero mucho más que cualquiera de las clases privilegiadas actuales, él es un ser humano en la acepción más amplia del término; tiene sed de dignidad, de justicia, de igualdad, de libertad, de humanidad y de conocimiento. Y lucha apasionadamente por conseguir todas estas cosas junto con el disfrute total de los frutos de su labor. En consecuencia, si aún no se han formulado en la Internacional las cuestiones políticas y filosóficas, es porque será el mismo proletariado quien lo haga.

Por un lado, las cuestiones políticas y filosóficas deben quedar excluidas del programa de la Internacional. Por otro, se las debe discutir sin falta. ¿Cómo se puede resolver esta aparente contradicción?

Éste problema se resolverá a sí mismo mediante la libertad. Ninguna teoría política o filosófica debe ser considerada como un principio fundamental, o introducirse en el programa de la Internacional. Tampoco debe ser obligatoria la aceptación de cualquier teoría filosófica o política como condición previa para asociarse, ya que, como hemos visto, imponer cualquier teoría en las federaciones que componen la Internacional significaría la esclavitud, o resultaría en la división y la disolución, lo que no es menos desastroso. Pero de esto no se desprende que en la Internacional no pueda ocurrir la discusión libre de todas las teorías políticas y filosóficas. Por el contrario, precisamente la existencia misma de una teoría oficial mataría esa discusión al volverla totalmente inútil en vez de viva y vital y al inhibir la expresión y el desarrollo de los propios sentimientos e ideas del trabajador. Tan pronto como se pronuncia una *verdad oficial* -después de haber sido científicamente descubierta por este gran cerebro en solitaria labor-, una verdad proclamada e impuesta en todo el mundo desde la cima del Sinaí marxista, ¿para qué discutir de algo más?

Lo único que queda por hacer es aprender de memoria los mandamientos del nuevo decálogo. Por un lado, si la gente no tiene la verdad y no puede proclamarla, tratará de buscarla, ¿quién busca la verdad? Todos y, sobre todo, el proletariado que la desea y necesita mucho más que los demás. Muchos no creen que el proletariado puede por sí mismo encontrar y desarrollar espontáneamente verdaderos principios filosóficos y una verdadera política. Ahora trataré de demostrar de qué manera esto está siendo llevado a cabo en el seno de la Internacional por los trabajadores.

Los trabajadores, como he dicho, se asociaron originariamente a la Internacional con un propósito muy práctico: solidaridad en la lucha a favor de completos derechos económicos y en contra de la explotación opresiva de la burguesía de todas las tierras. Notad que con este único acto, aunque

al principio sin darse cuenta de ello, el proletariado toma una postura decididamente negativa en la política. Y esto de dos maneras. Primero y por encima de todo, socava el concepto de las fronteras políticas y de las políticas internacionales de los Estados, la existencia de los cuales depende de la simpatía, la cooperación voluntaria y el patriotismo fanático de las masas esclavizadas. Segundo, crea un abismo entre la burguesía y el proletariado y ubica al proletariado fuera de la actividad y las maniobras políticas de todos los partidos dentro del Estado; pero, al ponerse fuera de la política burguesa, el proletariado se vuelve necesariamente en contra de ella.

El proletariado, al adherirse a la Internacional, ha tomado inconscientemente una actitud política muy definida. No obstante, ésta es una posición política absolutamente *negativa* y el error grave, para no decir la traición y el crimen de los socialdemócratas, quienes están exigiendo al proletariado alemán que siga el programa marxista, es que trataron de transformar esta actitud negativa en una colaboración pasiva con la política burguesa.

La Internacional, al poner al proletariado fuera de la política del Estado y del mundo burgués, construyó de ese modo un nuevo mundo, el de los proletarios unidos de todo el mundo. Tal es el nuevo mundo del futuro: el heredero legítimo, pero al mismo tiempo el sepulturero de todas las civilizaciones anteriores, las cuales, basadas en el privilegio, están en completa bancarrota, exhaustas y condenadas a la extinción. Sobre las ruinas de este viejo mundo, sobre la demolición de todas las opresiones humanas y divinas, de toda esclavitud, de toda desigualdad, la Internacional está destinada a crear una nueva civilización. Esta es la misión y, por tanto, el programa verdadero de la Internacional, no el programa oficial, artificial del que ojalá nos protejan todos los dioses cristianos y paganos, sino el que es inherente a la misma naturaleza de la organización.

El programa verdadero -y lo repetiré mil veces- es bastante simple y moderado: *la organización de la solidaridad, en la lucha económica del trabajo contra el capitalismo*. Sobre esta base, al principio exclusivamente material, se levantarán los pilares intelectuales y morales de la nueva sociedad. A fin de crear tal sociedad, todos los pensamientos, todas las tendencias filosóficas y políticas de la Internacional, nacidas en el seno del propio proletariado, deben originarse y tomar como principal punto de partida esta base económica que constituye la esencia misma y el objetivo declarado y obvio de la Internacional. ¿Es esto posible?

Sí, y este proceso está ahora mismo teniendo lugar. Quien se haya mantenido en contacto con los acontecimientos en el seno de la Internacional en los últimos pocos años, se percatará de cómo esto lentamente está teniendo lugar, a veces a un ritmo rápido, otras lento, pero siempre de tres modos diferentes, pero firmemente relacionados: primero,

con el establecimiento y coordinación de fondos de huelgas y la solidaridad internacional de las huelgas; segundo, con la organización y coordinación (federativa) internacional de sindicatos profesionales y de oficios; tercero, con el desarrollo directo y espontáneo de ideas filosóficas y sociológicas en la Internacional, ideas que inevitablemente se desarrollan en consonancia con los primeros dos puntos y son producidas por esos movimientos.

Consideremos ahora estas tres maneras, diferentes pero inseparables, y comencemos con la organización de fondos de huelga y la solidaridad de huelgas.

Los fondos de huelga sólo tienen como objetivo juntar fondos que hagan posible organizar y mantener huelgas, una tarea siempre costosa. La huelga es el comienzo de la guerra social del proletariado contra la burguesía, una táctica que permanece dentro de los límites de la legalidad. Las huelgas son una táctica valiosa de dos maneras. Primero electrifican a las masas reforzando su energía moral y despertando en ellas el sentido de profundo antagonismo entre sus intereses y los de la burguesía. En consecuencia, contribuyen inmensamente produciendo y manifestando en los trabajadores de todos los oficios, de todas las localidades y de todos los países, la conciencia y el hecho mismo de la solidaridad. De este modo, una acción doble, una negativa, la otra positiva, tiende a crear directamente el nuevo mundo del proletariado al oponerlo de una forma casi absoluta al mundo burgués.

Es significativo que, al respecto, los burgueses socialistas y radicales siempre se han opuesto resueltamente a la idea de huelgas y han hecho esfuerzos desesperados por desalentar al proletariado con las huelgas. Mazzini⁹ jamás pudo soportar que se hablara de huelgas; y si sus discípulos, muchos de los cuales desde su muerte se han desmoralizado, desorientado y desorganizado, hoy apoyan tímidamente una huelga, esto se debe únicamente a que la propaganda a favor de la Revolución Social ha provocado tal impacto en las masas italianas, y las demandas sociales y económicas se han manifestado con tal poder en las huelgas que simultáneamente han estallado en toda Italia, que temen oponerse a este movimiento, quedarse aislados y perder toda influencia en el pueblo.

Mazzini, junto a todos los burgueses socialistas y radicales de Europa, tenía razón *desde su punto de vista* al condenar las huelgas. Porque, ¿qué quieren hoy los partidarios de Mazzini, tan imbuidos por el espíritu de conciliación que están a punto de unirse a quienes se autodenominan «radicales» en el parlamento italiano? Quieren el establecimiento de un único y gran Estado democrático republicano. Para establecer ese Estado, primero deben derrocar al actual, y para ello es indispensable el apoyo poderoso del pueblo. Una vez que el pueblo haya prestado este gran

⁹ José Mazzini, patriota y republicano italiano, 1805-1872. (Nota del Grupo Editor Libertad)

servicio a los políticos de la escuela de Mazzini, será enviado naturalmente de vuelta a las fábricas y talleres, o a los campos, a reasumir sus labores esenciales. Allí no se someterán a la monarquía paternalista, sino a la protección fraternal del nuevo pero no menos autoritario gobierno republicano. Hoy los trabajadores deben renunciar a las huelgas y apelar a los nuevos gobernantes. Pero ¿cómo se puede hacer para que los socialistas burgueses y radicales actúen a favor de los trabajadores?

¿Apelando a sus instintos socialistas? ¡Imposible! Esto sería el modo más seguro de alimentar el odio y la oposición ciega de todos los capitalistas y propietarios contra ellos mismos y la república de sus sueños. Asimismo es imposible, porque los socialistas burgueses y radicales quieren precisamente colaborar con estos explotadores y con ellos desean constituir el nuevo gobierno. No pueden establecer un nuevo gobierno de orden con las anárquicas masas «bárbaras e ignorantes», en especial cuando estas masas se han inspirado, en el curso de sus luchas económicas, en la pasión por la justicia, la igualdad y su verdadera libertad, algo que es incompatible con cualquier gobierno. Los socialistas radicales y burgueses, en consecuencia, deben evitar la cuestión social (económica) y concentrarse en incitar las pasiones políticas y patrióticas de los trabajadores. Eso hará que sus corazones latán al unísono con los corazones de la burguesía; entonces los trabajadores estarán preparados psicológicamente a prestar a los políticos radicales el precioso servicio que se les exige: el de derrocar al gobierno monárquico.

Pero hemos visto que el primer efecto de las huelgas es destruir esta armonía emocionante y muy beneficiosa con la burguesía. Las huelgas tienen el efecto de recordar a los trabajadores que entre ellos y sus gobernantes existe un abismo y de despertar en el corazón del proletariado las pasiones socialistas y las aspiraciones que son absolutamente incompatibles con el fanatismo político y patriótico. Si, desde esta perspectiva, Mazzini tenía mil veces razón: ¡las huelgas no se deben permitir!

Mazzini, por las razones que acabo de exponer, desea claramente poner punto final al antagonismo de clases. Pero, ¿quiere realmente el señor Marx conservar este antagonismo que hace imposible toda participación de las masas en la política del Estado absolutista? Porque semejante acción política no puede tener éxito a menos de que la burguesía entre en ella y únicamente cuando esta clase la desarrolle y la dirija. Marx no puede ignorarlo. Me resulta imposible creer que no sea consciente de ello después del discurso que pronunció recientemente en Amsterdam en el cual declaró que en ciertos países, quizás en la misma Holanda, la cuestión social se puede resolver pacíficamente; es decir, de una forma amistosa, legal, sin fuerza. Esto sólo puede significar que el problema social se puede resolver por medio de una serie de compromisos sucesivos, tranquilos y juiciosos

entre la burguesía y el proletariado; Mazzini jamás ha estado en desacuerdo con este punto de vista.

Finalmente, Mazzini y Marx concuerdan en un punto crucial: que las grandes reformas sociales que emanciparán al proletariado pueden conquistarse únicamente por medio de un gran Estado democrático, republicano, muy poderoso y sumamente centralizado. Este Estado, alegan, debe imponer al pueblo un gobierno muy fuerte, esto en interés del propio pueblo, para asegurar su educación y bienestar.

Entre Mazzini y Marx siempre ha existido una enorme diferencia y ésta va a favor de Mazzini. Mazzini era un creyente profundamente sincero y apasionado. Adoraba a su Dios, al que dedicaba todo cuanto sentía, pensaba y hacía. En cuanto a su propio estilo de vida, era el hombre muy simple, modesto y nada egoísta. Pero se ponía inflexible, furioso cuando alguien atacaba a su Dios.

El señor Marx no cree en Dios, pero cree profundamente en sí mismo. Tiene el corazón, no lleno de amor, sino de rencor. Tiene muy poca benevolencia para con los hombres y se pone tan furioso e infinitamente más rencoroso que Mazzini cuando alguien se anima a cuestionar la omnisciencia de la divinidad que él adora, es decir, el mismo señor Marx. A Mazzini le gustaría imponer a la humanidad el absurdo de Dios; el señor Marx trata de imponerse a sí mismo. No creo en ninguno de los dos, pero, si me viera obligado a optar, yo preferiría el Dios de Mazzini.

Creo que es mi deber dar esta explicación para que los amigos y discípulos de Mazzini no puedan acusarme de deshonorar la memoria de su maestro al asociarlo con el señor Marx. Vuelvo a mi tema.

Digo entonces que, por todas las razones expuestas, no me sorprendería si pronto oyéramos hablar de una reconciliación entre la agitación mazzinista y la intriga marxista en Italia. Sostengo que, si el partido marxista, los llamados social-demócratas, continúan por el camino de la acción política, tarde o temprano, se verán obligados a oponerse a la acción económica -la táctica de las huelgas-, ya que estos dos métodos son incompatibles en la realidad...

LA CONCIENCIA POLÍTICA Y LA CIVILIZACIÓN ESTÁTICA

¿Es tan siquiera posible que la propaganda más inteligentemente planteada y enérgicamente expresada pueda imbuir a las grandes masas de una nación con tendencias, aspiraciones, pasiones y pensamientos que le son absolutamente ajenos, que no son producto de su propia historia, de sus costumbres, ni de sus tradiciones? A mí me parece que, cuando se presenta de este modo la cuestión, cualquier hombre razonable y sensato, que tenga una mínima idea de cómo se desarrolla la conciencia popular, sólo puede contestar negativamente. A fin de cuentas, ninguna propaganda ha creado

jamás artificialmente una fuente, o base, para las aspiraciones o ideas de un pueblo, que siempre son el producto de su desarrollo espontáneo y de las actuales condiciones de vida.

Entonces, ¿qué puede hacer la propaganda? En general, puede expresar los propios instintos del proletariado en una forma nueva, más definida y apta. A veces puede precipitar y facilitar el despertar de la conciencia en las mismas masas. Les puede hacer conscientes de lo que son, de lo que sienten y de lo que ya desean instintivamente; pero jamás la propaganda puede hacerles lo que no son, ni despertar en sus corazones pasiones que son ajenas a su propia historia.

Ahora, a fin de discutir si por medio de la propaganda, es posible hacer que un pueblo tome conciencia política por primera vez, debemos especificar qué significa *la conciencia política para las masas de un pueblo*. Subrayo *para las masas de un pueblo* porque sabemos muy bien que, para las clases privilegiadas, la conciencia política no es otra cosa que el derecho a la conquista, garantizado y codificado, a la explotación del trabajo de las masas y a gobernarlas con el fin de asegurar esta explotación. Pero para las masas que han sido esclavizadas, gobernadas y explotadas, ¿en qué consiste esa conciencia política? Se puede asegurar que en una sola cosa. La diosa de la revuelta. Esta madre de toda libertad y tradición de la revuelta, es la condición histórica indispensable para la realización de una y todas las libertades.

Vemos entonces que esta frase *conciencia política*, a lo largo del curso de los acontecimientos históricos, posee dos significados absolutamente distintos que corresponden a dos puntos de vista opuestos. Desde el punto de vista de las clases privilegiadas, la conciencia política significa conquista, esclavismo y el mecanismo indispensable para esta explotación de las masas: *la organización coextensiva del Estado*. Desde el punto de vista de las masas, significa la destrucción del Estado. Por tanto, significa dos cosas que son diametral e inevitablemente opuestas.

Es absolutamente cierto que jamás ha existido un pueblo, por más abrumado o maltratado por las circunstancias que haya sido que no sintiera, al menos al comienzo de su esclavitud, alguna chispa de rebelión. Rebelarse es una tendencia natural de la vida. Hasta un gusano se rebela contra el pie que lo aplasta. En general, la vitalidad y relativa dignidad de un animal pueden ser medidas por la intensidad de su instinto de rebelión. En el mundo de las bestias, tanto como en el mundo de los seres humanos, no hay hábito más degradante, más estúpido o más cobarde que el hábito del supino sometimiento y la obediencia a la opresión de los demás. Afirmando que jamás ha existido un pueblo tan depravado que en algún momento, al menos al principio de su historia, no se haya rebelado contra el yugo de sus esclavistas y explotadores y contra el yugo del Estado.

Pero se debe reconocer que, desde las guerras sangrientas de la Edad

Media, el Estado ha aplastado todas las revueltas populares. Con la excepción de Holanda y Suiza, el Estado reina triunfante en todos los países de Europa. En nuestra «nueva» civilización, existe la esclavitud obligatoria de las masas y, por razones de beneficio económico, la lealtad más o menos voluntaria a las clases económicamente privilegiadas al Estado. Y las llamadas revoluciones del pasado -incluyendo la gran Revolución Francesa, pese a los magníficos conceptos que la inspiraron-, todas estas revoluciones no han sido otra cosa que las luchas entre las clases explotadoras rivales por el disfrute exclusivo de los privilegios que les brinda el Estado. No expresan otra cosa que la lucha por el dominio y la explotación de las masas.

CRÍTICA DEL DETERMINISMO ECONÓMICO Y DEL MATERIALISMO HISTÓRICO

Los sociólogos marxistas, hombres como Engels y Lassalle, al objetar nuestros puntos de vista, afirman que el Estado no es toda la causa de la pobreza, la degradación y el servilismo de las masas; que tanto la condición miserable de las masas como el poder despótico del Estado son, por el contrario, el resultado de una causa general más profunda. En especial, nos dicen que ambos son productos de una fase inevitable en la evolución económica de la sociedad; una fase, que, históricamente, constituye un inmenso paso adelante hacia lo que ellos denominan la «Revolución Social». Como muestra de hasta qué extremo ha llegado la obsesión por esta doctrina citemos: el aplastamiento de las formidables revueltas de los campesinos en la Alemania del siglo XVI llevó inevitablemente al triunfo del Estado centralizado y despótico, fecha en la cual dio inicio la esclavización de siglos del pueblo alemán. Esta catástrofe es aplaudida por Lassalle como una victoria para la futura Revolución Social. ¿Por qué? Porque, según los marxistas, los campesinos son los representantes naturales de la reacción, mientras que el Estado moderno, militarizado y burocrático, a partir de la segunda mitad del siglo XVI, inició la transformación lenta, pero siempre progresiva, de la antigua economía feudal y terrateniente en una era industrial de producción, en la cual el capital explota al trabajo. En consecuencia, el Estado ha sido una condición esencial para la futura Revolución Social.

Ahora se comprende por qué el señor Engels, siguiendo esta lógica, escribió, en una carta a nuestro amigo Carlo Cafiero, que tanto Bismark como el Rey Víctor Manuel de Italia (inadvertidamente) habían ayudado en gran forma a la revolución porque los dos crearon una centralización política en sus respectivos países. Ruego a los aliados y simpatizantes franceses del señor Marx a que examinen con sumo cuidado cómo se está aplicando este concepto marxista en la Internacional.

Nosotros, quienes, como el señor Marx, somos materialistas y deterministas, reconocemos asimismo la inevitable vinculación de los hechos económicos y políticos en la historia. En realidad, reconocemos la necesidad y el carácter inevitable de todos los acontecimientos que se suceden, pero no nos inclinamos ante ellos de forma indiferente; y, sobre todo, tenemos mucho cuidado en no elogiarlos cuando éstos, por su propia naturaleza, se muestran en flagrante contradicción con la finalidad suprema de la historia. Este es un ideal absolutamente humano que se encuentra de forma más o menos reconocible en los instintos y las aspiraciones del pueblo y en todos los símbolos religiosos de todas las épocas, porque es inherente a la raza humana, la más social de todas las especies animales sobre la tierra. Este ideal, hoy mejor comprendido que nunca, *es el triunfo de la humanidad, la conquista y establecimiento más completos de la libertad y el desarrollo personales, -material, intelectual y moral- para cada individuo, mediante la organización absolutamente libre y espontánea de la solidaridad económica y social.*

Todo lo que en la historia se muestra ajustado a ese fin, desde el punto de vista humano -y no disponemos de otro-, es bueno; todo lo que sea contrario a eso, es malo. Nosotros sabemos muy bien, de cualquier modo, que lo que denominamos bueno y malo es siempre el efecto natural de causas naturales y que, por tanto, uno es tan inevitable como el otro. Pero, en lo que propiamente llamamos naturaleza, reconocemos numerosas necesidades a las que estamos muy poco inclinados a bendecir, como, por ejemplo, la necesidad de morir si uno es mordido por un perro rabioso. Del mismo modo, en esa concatenación inmediata de la vida de la naturaleza que se llama historia, nos encontramos con muchas necesidades que nos parecen mucho más merecedoras de oprobio que de bendición y a las que creemos que debemos estigmatizar con todas las energías de las que seamos capaces en interés de nuestra moralidad social e individual. No obstante reconocemos que, a partir del momento en que se han realizado, incluso los hechos más detestables tienen un carácter de inevitabilidad que se encuentra en todos los fenómenos de la naturaleza así como de la historia.

A fin de aclarar mi pensamiento, daré unos cuantos ejemplos. Cuando estudio las condiciones sociales y políticas de los romanos y los griegos en el período de decadencia de la Antigüedad, llego a la conclusión de que la conquista de Grecia por los bárbaros políticos y militares de Roma y la consecuente destrucción de un nivel comparativamente más alto de libertad humana fueron acontecimientos naturales e inevitables. Pero esto no impide que, retrospectivamente, yo me ponga de parte de los griegos y en contra de Roma en esa lucha. Porque descubro que la raza humana no ha ganado nada en absoluto con el triunfo de Roma.

Del mismo modo que los cristianos con su furia sagrada destruyeron las

bibliotecas de los paganos y todos sus tesoros artísticos o de filosofía y ciencia, antiguas, fue un hecho absolutamente natural y, en consecuencia, inevitable. Pero me resulta imposible ver de qué manera este acontecimiento ayudó de alguna forma a nuestro desarrollo político y social. Estoy incluso dispuesto a dudar de proceso inevitable de los hechos económicos que, de creer en el señor Marx, deben considerarse, con exclusión de todas las demás consideraciones, como la única causa de los fenómenos morales e intelectuales de la historia. Además, estoy decididamente dispuesto a pensar que todos estos hechos de barbarie sagrada, a más bien esa larga serie de actos y crímenes bárbaros que los primeros cristianos cometieron contra el espíritu humano, estuvieron entre las causas principales de la degradación intelectual y social que llenaron esa larga consecución de siglos llamados la Edad Media. Estad seguros de esto: si los primeros cristianos no hubieran destruido las bibliotecas, los museos y los templos de la antigüedad, hoy no habríamos estado condenados a luchas contra el montón de horribles y vergonzosos absurdos que aún pueblan las mentes de los hombres hasta tal punto que a veces dudo de la posibilidad de un futuro humano.

Continuando mis protestas contra el tipo de hechos históricos cuya inevitabilidad yo también reconozco, hago una pausa entre el esplendor de las repúblicas italianas y ante el magnífico despertar del genio humano durante el Renacimiento. Sin embargo, veo como se acercan dos amigos tan antiguos como la misma historia, las dos mismas serpientes que hasta ahora han destruido toda la belleza y toda la virtud que haya creado la humanidad. Se llaman la Iglesia y el Estado, *el papado y el imperio*. Son males eternos y aliados inseparables que se abrazan y, juntos, aniquilan a esa Italia desgraciada, tan hermosa, y la condenan a tres siglos de muertes. Así pues, aunque nuevamente lo encuentro natural e inevitable, maldigo al papa y al emperador.

Pasemos a Francia. Después de un siglo de luchas, el catolicismo, apoyado por el Estado, triunfó finalmente contra el protestantismo. Pues bien, ¿cómo puede ser que encuentre todavía en la Francia de hoy a algunos políticos e historiadores de la escuela fatalista que, llamándose revolucionarios, consideran que la victoria del catolicismo –una victoria cruenta e inhumana como pocas– es un triunfo verdadero para la causa de la Revolución Social? El catolicismo, insisten ellos, fue entonces el Estado que representaba la democracia, mientras que el protestantismo representaba la revuelta de la aristocracia contra el Estado y, en consecuencia, contra la democracia. Esta clase de sofisma es absolutamente similar al sofisma marxista que también considera que el triunfo del Estado es una victoria de la democracia social. Con estos absurdos repugnantes y desagradables se pervierte la mente y el sentido moral de las masas, habituándolas a aplaudir a los sanguinarios explotadores, los patronos y

servidores del Estado, como sus salvadores y emancipadores.

Es mil veces cierto decir que el protestantismo, no como teología calvinista, sino como protesta enérgica y armada, representaba la revuelta, la libertad y la destrucción del Estado, mientras que el catolicismo era el orden público, la autoridad, la ley divina, la mutua salvación de la Iglesia y del Estado, la condenación de la sociedad humana a una esclavitud férrea.

Por tanto, si bien reconozco la inevitabilidad del hecho consumado, no vacilo en afirmar que la victoria del catolicismo en Francia en los siglos XVI y XVII fue una tremenda desgracia para toda la raza humana. La masacre de San Bartolomé y la revocación del Edicto de Nantes fueron hechos tan desastrosos para Francia como, en nuestro tiempo, lo fueron la derrota y la masacre del pueblo de París en la Comuna. En verdad, he oído a franceses muy inteligentes y valiosos atribuir la derrota del protestantismo francés a la naturaleza revolucionaria del pueblo francés. «El protestantismo, alegan ellos, sólo fue una semirrevolución: nosotros necesitamos una revolución total; por esta razón los franceses no quisieron ni pudieron detener la Reforma. Francia prefirió seguir siendo católica hasta el momento en que pudiera proclamarse atea. Por esta razón, el pueblo francés, con verdadera resignación cristiana, toleró tanto los horrores de San Bartolomé y la revocación, no menos abominable, del edicto de Nantes.»

Estos valiosos patriotas no pudieron, o no quisieron, considerar una cosa. Un pueblo que por cualquier razón tolera la dictadura, al final perderá el hábito saludable, o incluso su mismo instinto de revuelta. Una vez que un pueblo pierde la inclinación a la libertad, se convierte necesariamente, no sólo en sus condiciones externas, sino en la misma esencia de su ser, en un pueblo de esclavos. El protestantismo fue derrotado en Francia y, quizás por esa razón, el pueblo francés perdió, o tal vez no adquirió nunca, la costumbre de la libertad. Debido a que ese hábito no existe hoy en Francia, allí se carece de una *conciencia política*. Y, debido a esta falta de conciencia política, todas las revoluciones que hasta ahora allí se han llevado a cabo no pudieron lograr su libertad política. Con la excepción de sus grandes días revolucionarios, que son sus días festivos, el pueblo francés hoy sigue siendo lo que antes era: un pueblo de esclavos.

Pasando a otros casos, me referiré a la participación de Polonia. Al menos en esta cuestión, aquí me alegro de estar de acuerdo con el señor Marx, ya que él, como yo y todos los demás, considera que esta partición es un *gran crimen*. Me gustaría saber por qué, dados sus puntos de vista optimista y fatalista, se contradice al condenar un gran evento que ya pertenece al pasado histórico. Proudhon, a quien él tanto quiso¹⁰, fue

¹⁰ La frase «Proudhon, a quien él tanto quiso» es una alusión irónica a la bien conocida antipatía que Marx sentía por Proudhon. (Nota de James Guillaume)

mucho más lógico y coherente que el señor Marx. Al tratar con fuerza y energía de establecer una justificación histórica para sus conclusiones, escribió un panfleto desafortunado¹¹ en el que, primero, demostró de forma bastante contundente que la Polonia de la nobleza debía desaparecer porque llevaba en sí misma los gérmenes de su disolución. Luego, intentó contrastar de forma desfavorable a esta nobleza con el Imperio Zarista, al que consideraba un presagio de la triunfante democracia social. Esto fue mucho más que una equivocación. No vacilo en afirmar, pese a mi más tierno respeto por el recuerdo de Proudhon, que se trató de un crimen, el crimen de un sofista que, a fin de ganar una disputa, se animó a insultar a una nación martirizada en el mismísimo momento en que se rebelaba por enésima vez contra sus opresores rusos y alemanes y por enésima vez debía postrarse ante sus golpes...¹²

¿Por qué Marx, en contradicción con sus propias ideas, está a favor del establecimiento de un Estado polaco independiente? El señor Marx no sólo es un socialista de muchos conocimientos, sino asimismo un político muy inteligente y un patriota no menos ardiente que Bismark, aunque enfoque sus objetivos de una manera bastante distinta. Y, al igual que muchos de sus compatriotas, socialistas u otros, desea el establecimiento de un gran Estado germano, que glorifique al pueblo alemán y beneficie a la civilización mundial. Pues bien, entre los obstáculos para la concreción de este objetivo, está el Imperio de Rusia, el cual, con amenazador poderío, pasa como el protector de los pueblos eslavos contra la civilización alemana.

La política de Bismark es la del presente; la política de Marx, quien,

¹¹ El panfleto «desafortunado» es probablemente «Si les traités de 1815 ont cessé d'exister» (1864) en el que Proudhon se opuso al establecimiento de Polonia como Estado independiente. (Nota de James Guillaume)

¹² El crimen de Proudhon consistió en ignorar dos verdades. La primera fue que la antigua República polaca estaba basada en la esclavitud de la población rural por las instituciones de la nobleza. La segunda fue que, ya que la insurrección de 1863, como cada levantamiento anterior, estuvo inspirada por un ardiente patriotismo, exclusivamente político y carente de ideales socialistas, cualquier restablecimiento del gran Estado polaco dentro de sus viejos límites estaba condenado al fracaso. Quizás era cruel decir estas verdades a una nación desafortunada en el mismo momento en que sucumbía ante su peor asesino. Pero al menos era la verdad y se debía decir. La culpa de Proudhon fue que su oposición a los patriotas polacos lo llevó a ver las tropas, los funcionarios y las hordas salvajes del zar como los emancipadores socialistas de los campesinos polacos de sus crueles patronos polacos. Proudhon, al igual que la mayoría de sus compatriotas, era profundamente ignorante de Polonia como de Rusia, pero aun así, su instinto revolucionario le debería haber puesto en guardia contra una distorsión monstruosa que le ganó la gratitud de nuestros patrióticos pan-eslavistas moscovitas. Además, estos patriotas estaban en ese mismo instante confiscando la propiedad de los señores polacos insurgentes, no para su distribución entre el campesinado, sino para compartir el botín de Polonia con los imperialistas rusos. Que el Imperio Ruso pueda llegar a emancipar a alguien: ¡qué absurdo más repugnante! Un absurdo que, por supuesto, no está a la altura de la honestidad, el buen juicio o el instinto revolucionario de Proudhon. (Nota de Bakunin)

como mínimo, se considera el sucesor de Bismark, es la del futuro. Y cuando digo que el señor Marx se considera la continuación de Bismark, estoy muy lejos de difamar a Marx. Si no se considerara de esa manera, no habría permitido que Engels, el confidente de todos sus pensamientos, escribiera que Bismark sirve a la causa de la Revolución Social. Inadvertidamente, la sirve ahora a su propio modo; el señor Marx la verá después de otra manera.

Ahora examinemos el carácter particular de la política del señor Marx. Averigüemos cuáles son los puntos que difieren de la política de Bismark. El punto principal, y se podría decir el único, es el siguiente: el señor Marx es un demócrata, un socialista autoritario y un republicano. Bismark es un aristócrata total, un *junker* monárquico. En consecuencia la diferencia es muy grande, muy seria, y ambas partes son sinceras en sus diferencias. Sobre este punto, no hay acuerdo o reconciliación posibles entre Bismark y el señor Marx. Incluso teniendo en cuenta la dedicación de Marx a lo largo de su vida a la causa de la democracia social, que ha demostrado en numerosas ocasiones, su misma posición y su ambición son una garantía positiva sobre este punto. En una monarquía, por más liberal que sea o incluso en una República conservadora como la de Thiers,¹³ no puede haber lugar para el señor Marx. Y mucho menos en el Imperio Germano-Prusiano fundado por Bismark, con un tirano militarista y bigotudo de emperador, y todos sus barones, burócratas y guardianes. Antes de poder llegar al poder, el señor Marx tendrá que arrasar con todo eso. Por tanto, se ve obligado a ser un revolucionario.

Los conceptos de la forma y de las condiciones del gobierno son las ideas que separan a Bismark del señor Marx. Uno es un monárquico acabado y el otro es un demócrata y un republicano de pura cepa y, además, un demócrata socialista y un socialista republicano.

Veamos ahora los puntos en común. *Es el culto total al Estado*. No tengo necesidad de probarlo en el caso de Bismark. Las pruebas están a la vista. Es absolutamente un hombre de Estado y únicamente un hombre de Estado. Pero tampoco resulta difícil probar que el señor Marx también es un hombre de Estado. Adora al gobierno hasta tal punto que, incluso quiso instituir uno en la Asociación Internacional de Trabajadores; y adora el poder hasta tal punto que quiso, y aún quiere hoy día, imponernos una dictadura. Su programa político socialista es una expresión muy fiel de su actitud personal. El objetivo supremo de todos sus objetivos, tal como proclaman los estatutos fundamentales de su partido en Alemania, es el establecimiento de un Gran Estado Popular (*Volkstaat*).

Pero quien dice Estado dice necesariamente un Estado particular y limitado, que sin duda comprende, si es muy grande, muchos pueblos y

¹³ Louis Adolphe Thiers (1797-1877) fue el presidente de la Tercera República (1871-1873) y responsable de la represión de la Comuna de París (1871). (Nota de S. Dolgoff)

países diferentes, pero excluye a otros. Porque, a menos de que esté soñando con un Estado universal, como hicieron Napoleón y Carlos V, como soñó el papado en la Iglesia Universal, el señor Marx tendrá que contentarse con gobernar un solo Estado. Y quien dice Estado siempre dice *un* Estado y quien dice *un* Estado lo afirma con la existencia de *otros* Estados; y quien dice *otros* Estados, declara inmediatamente: competición, celos, una guerra sin tregua e incesante. La lógica más simple y el testimonio de la historia demuestran esta verdad.

Cualquier Estado, bajo el peligro de perecer y verse devorado por los Estados vecinos, debe tender al poder más completo; y, ya poderoso, debe embarcarse en una carrera hacia la conquista de modo que no pueda ser conquistado, ya que dos Estados similares, pero en competición, no pueden coexistir sin tratar de destruirse mutuamente. Quien dice «conquista», bajo cualquier forma o nombre, dice pueblos conquistados, esclavizados y sometidos.

Está en la naturaleza del Estado el romper la solidaridad de la raza humana. El Estado no se puede preservar como entidad integrada con todo su poderío a menos de que se erija como el supremo objetivo y razón de ser de sus propios súbditos, aunque no lo sea para los súbditos de los demás Estados soberanos. Esto conduce inevitablemente a la supremacía de la moralidad estatal y de los intereses estatales sobre la razón y moralidad humanas y universales y, de ese modo, rompe la solidaridad universal de la humanidad. El principio de la moralidad política o estatal es muy simple. Al ser el Estado el supremo objetivo, todo lo que favorezca al crecimiento de su poder es bueno; todo lo contrario a ello, por más humano o ético que sea, es malo. A la moralidad se le llama patriotismo. La Internacional es la negación del patriotismo y, en consecuencia, la negación del Estado. Por tanto, si el señor Marx y sus amigos del partido social-demócrata alemán tuvieran éxito y lograran introducir el principio del Estado en nuestro programa, destruirían la Internacional.

El Estado, para su propia conservación, debe necesariamente ser poderoso en sus asuntos externos, pero, si lo es con respecto a esas relaciones exteriores, también lo será necesariamente con respecto a los asuntos internos. La moralidad de todo Estado debe conformarse a las condiciones y circunstancias peculiares de su existencia; es una moralidad que restringe y, por lo tanto, rechaza cualquier moralidad humana o universal. Debe ocuparse de que todos sus ciudadanos piensen y sobre todo actúen en total armonía con la moralidad patriótica del Estado; asimismo, que permanezcan inmunes a la influencia y las enseñanzas de la verdadera moralidad humanista. Esto hace absolutamente necesaria la censura estatal porque demasiada libertad de opinión y pensamiento es incompatible con la unanimidad de criterios que exige la seguridad del Estado. Y el señor Marx, en conformidad con este punto de vista eminentemente político,

considera que la censura es razonable. Que ésta sea en realidad la opinión del señor Marx queda suficientemente demostrado por sus intentos de introducir la censura en la Internacional, aun cuando disfrace estos esfuerzos con pretextos plausibles.

Pero, por más vigilante que sea la censura, aunque el Estado fuera a tener el monopolio exclusivo de la educación y la instrucción de todo el pueblo, tal como quería Mazzini y como hoy desea el señor Marx, el Estado jamás puede estar seguro de que pensamientos prohibidos y peligrosos no puedan de algún modo infiltrarse hasta la conciencia de sus súbditos. Los frutos prohibidos ejercen un gran atractivo en los hombres, y el dominio de la revuelta, ese enemigo eterno del Estado, se despierta con tal facilidad en los corazones de los que no están absolutamente atontados, que ni la educación ni la instrucción, ni siquiera la censura del Estado, pueden garantizar lo suficiente su seguridad. Debe contar además con una policía, agentes dedicados que vigilen y dirijan, secretamente y sin impedimentos, la corriente de las opiniones y las pasiones del pueblo. Hemos visto que el mismo Marx está tan convencido de esta necesidad que impuso sus agentes secretos en todas las regiones de la Internacional, sobre todo en Italia, Francia y España. Finalmente, por más perfecta que sea, desde el punto de vista de la preservación del Estado, la organización de la educación y del adoctrinamiento de sus ciudadanos, de la censura y de la policía, el Estado no puede asegurar su existencia mientras no tenga fuerzas armadas para defenderse de sus *enemigos interiores*.

El Estado es el gobierno de arriba abajo de un inmenso número de hombres, muy diferentes desde el punto de vista del nivel cultural, la naturaleza de sus países o de las localidades donde habitan, las ocupaciones que tienen, los intereses y las aspiraciones que los guían; el Estado es el gobierno de todos ellos por una u otra minoría. Esta minoría, aunque fuera elegida mil veces por el sufragio universal y fuera controlada en sus actos por instituciones populares, a menos de estar dotada de la omnisciencia y la omnipotencia que los teólogos atribuyen a Dios, no podría de ningún modo conocer y prever las necesidades de su pueblo, o satisfacer con una justicia cierta aquellos intereses que son los más legítimos y urgentes. Siempre habrá descontentos porque siempre habrá algunos que sean sacrificados.

Además, el Estado, al igual que la Iglesia, por su propia naturaleza es un gran devorador de seres vivos. Es un ser arbitrario en cuyo corazón todos los intereses positivos, vivientes, únicos y locales del pueblo se encuentran, chocan, se destruyen mutuamente y quedan absorbidos por esa abstracción denominada el *interés común*, o el *bien común*, o el *bienestar público*. Y allí es donde todas las voluntades verdaderas se cancelan en esa otra abstracción que lleva por nombre la *voluntad del pueblo*. De esto se desprende que la llamada voluntad del pueblo jamás es otra cosa que el sacrificio de sus intereses. Pero, a fin de que se imponga esta omnívora

abstracción sobre millones de hombres, debe estar representada y apoyada por algún ser real, alguna fuerza viviente. Así pues, esta fuerza siempre ha existido. En la Iglesia se la llama clero y en el Estado, la clase gobernante o del poder.

Y, de hecho, ¿qué encontramos a lo largo de la historia? El Estado siempre ha sido el patrimonio de alguna clase privilegiada: una clase clerical, una clase aristocrática, una clase burguesa. Y, por último, cuando todas las demás clases se han extenuado, el Estado se convierte entonces en el patrimonio de la clase burocrática y, en ese momento, cae -o si queréis, sube- al estado de máquina. Pero, en cualquier caso, para la salvación del Estado, es absolutamente necesario que exista alguna clase privilegiada dedicada a su conservación.

Pero, en el Estado Popular de Marx, se nos dice, que no habrá ninguna clase privilegiada. Todos serán iguales, no sólo desde el punto de vista jurídico y político, sino también desde el económico. Al menos esto es lo que promete, aunque yo dudo mucho de que esa promesa se pueda mantener. En consecuencia, no habrá ninguna clase privilegiada, pero habrá un gobierno, y anotad esto muy bien, será un gobierno extremadamente complejo. Este gobierno no se contentará con administrar y gobernar políticamente a las masas como hacen hoy todos los gobiernos actuales. Asimismo administrará económicamente a las masas, concentrando en manos del Estado la producción y la distribución de las riquezas, el cultivo de la tierra, la organización y dirección del comercio y, finalmente, la aplicación del capital a la producción por el único banquero: el Estado. Todo esto exigirá un conocimiento inmenso y muchas cabezas «saturadas de cerebro» en este gobierno. Será el reinado de la *inteligencia científica*, el más aristocrático, despótico, arrogante y elitista de los regímenes. Habrá una nueva clase, una nueva jerarquía de científicos y eruditos, reales y ficticios, y el mundo se dividirá en una minoría ilustrada que gobierna y una inmensa mayoría ignorante. Y entonces, ¡ay de la masa de ignorantes!

Semejante régimen no dejará de producir un considerable descontento en las masas del pueblo y, a fin de mantenerlas bajo control, el gobierno «ilustrado» y «liberador» del señor Marx tendrá necesidad de una no menos considerable fuerza armada. Porque, según dice Engels, el gobierno debe ser fuerte para poder mantener el orden entre los millones de analfabetos cuyo poderoso levantamiento podría ser capaz de destruir y derrocar todo, incluso un gobierno «saturado de cerebro».

Podéis ver bastante bien que, detrás de todas esas palabras democráticas y socialistas y de las promesas del programa de Marx para el Estado, está todo lo que constituye la verdadera naturaleza despótica y brutal de todos los Estados, sea cual sea su forma de gobierno. Además, en un análisis final, el Estado Popular de Marx y el Estado monárquico y aristocrático de

Bismark son completamente idénticos en cuanto a sus objetivos fundamentales internos y exteriores. En los asuntos externos, hay el mismo empleo de fuerzas militares, es decir, de conquista. Y en los asuntos internos, el mismo empleo de la fuerza, el último argumento de los líderes políticos amenazados por las masas que, hartas de creer, esperar, someterse y obedecer, siempre, se levantan en rebeldía.

Consideremos ahora la verdadera política nacional de Marx. Al igual que Bismark, él es un patriota alemán. Desea la grandeza y la gloria de Alemania como Estado. En ningún caso, nadie considerará un crimen que ame su país y su pueblo, ni que esté tan profundamente convencido de que el Estado es la condición sine qua non para la prosperidad de su país y la emancipación de su pueblo. Por ende, desea naturalmente ver una Alemania organizada en un poderoso Estado ya que los Estados débiles y pequeños siempre corren el riesgo de ser devorados por los otros. En consecuencia, Marx, como patriota ardiente y previsor, debe desear el poder y la expansión de Alemania como Estado.

Pero, por otro lado, Marx es un famoso socialista y, lo que es más, uno de los principales iniciadores de la Internacional. No se contenta con trabajar sólo por la emancipación del proletariado alemán. Se siente obligado en su honor a trabajar al mismo tiempo por la emancipación del proletariado de todos los países. Como patriota alemán, quiere el poder y la gloria, el dominio de Alemania, pero como socialista de la Internacional, debe desear la emancipación de todos los pueblos de la tierra. ¿Cómo se puede resolver esta contradicción?

Sólo existe un modo: proclamar que un poderoso y gran Estado alemán es condición indispensable para la emancipación de todo el mundo; que el triunfo nacional y político de Alemania es el triunfo de la humanidad. Esta convicción, una vez lograda, no sólo es posibilista, sino que, en nombre de la más sagrada de las causas, obligatoria, para que la Internacional y todas las federaciones de todos los países sirvan de poderoso medio, eficaz y, sobre todo, popular, para el establecimiento de ese gran Estado pan-germánico. Y eso es precisamente lo que intentó hacer Marx en la Conferencia de Londres de 1871 y en las resoluciones que pasaron sus amigos franceses y alemanes en el Congreso de La Haya [1872]. Si no obtuvo un éxito aún mayor, seguramente no fue por falta de celo o de gran habilidad de su parte, sino probablemente porque sus ideas fundamentales eran falsas y su realización, imposible.

CRÍTICA A LA TEORÍA MARXISTA DEL ESTADO¹⁴

Ningún camino conduce de la metafísica a las realidades de la vida. La teoría y los hechos están separados por un abismo insondable. Es imposible saltar este abismo entre la lógica y el mundo de la naturaleza y de la vida real. Con lo que Hegel llamaba «un salto cualitativo» del mundo.

El camino que lleva del hecho concreto a la teoría, y viceversa, es el método científico y ése es el camino verdadero. En el mundo práctico, es el movimiento de la sociedad hacia formas de organización que reflejarán lo más posible la vida misma en todos sus aspectos y complejidades.

Este es el camino del pueblo hacia su completa emancipación, un camino accesible a todos; el camino de la revolución anarquista que provendrá del mismo pueblo, una fuerza elemental que barrerá todos los obstáculos. Luego, desde las profundidades del alma popular, emergerán espontáneamente las nuevas formas creativas de la vida social.

El camino de los metafísicos es completamente distinto. Metafísico es el término que usamos para designar a los discípulos de Hegel y los positivistas, y, en general, a todos los adoradores de la ciencia como diosa, a todos esos modernos Procustes que de una manera u otra, han creado un ideal de organización social, un molde estrecho en el que meterían a las futuras generaciones, a todos aquellos que, en vez de ver en la ciencia únicamente una de las manifestaciones de la vida natural y social, insisten en que la totalidad de la vida queda comprendida en sus teorías científicas necesariamente experimentales. Los metafísicos y los positivistas, todos esos caballeros que consideran que es su misión prescribir las leyes de la vida en nombre de la ciencia, son, consciente o inconscientemente, reaccionarios.

Esto es muy fácil de demostrar.

La ciencia, en el verdadero sentido de esa palabra, la ciencia de verdad, está en este momento sólo al alcance de una minoría insignificante. Por ejemplo, entre nosotros en Rusia, ¿cuántos sabios auténticos hay en una población de ochenta millones? Probablemente unos mil están en contacto

¹⁴ Este texto es parte del primer capítulo del escrito *Estatismo y Anarquía* de 1873. (Nota del Grupo Editor Libertad)

con la ciencia, pero difícilmente más que unos pocos podrían considerarse de primera magnitud y científicos serios. Si la ciencia fuera a dictar las leyes, la mayoría abrumadora, muchos millones de hombres, sería gobernada por cien o doscientos expertos. En realidad, aún serían menos, porque no toda la ciencia está relacionada con la administración de una sociedad. Esta sería tarea de la sociología -la ciencia de las ciencias- que presupone, en el caso de un sociólogo bien entrenado, un conocimiento adecuado de todas las demás ciencias. ¿Cuánta gente así hay en Rusia? ¿O en Europa? Veinte o treinta. ¿Y estos veinte o treinta gobernarían el mundo? ¿Puede alguien imaginarse un despotismo más absurdo y más abyecto?

Es casi seguro de que estos veinte o treinta expertos se pelearán entre sí y, si se pusieran de acuerdo en políticas comunes, sería a expensas de la humanidad. El vicio principal del especialista medio es su inclinación a exagerar su propio conocimiento y despreciar el de los demás. Dadle el control y se convertirá en un tirano insufrible. Ser esclavos de pedantes... ¡qué destino para la humanidad! Dadles todo el poder, y empezarán a probar con los seres humanos los mismos experimentos que ahora los científicos realizan con perros y conejos.

Debemos respetar a los científicos por sus méritos y logros, pero, a fin de evitar que corrompan sus propias normas morales e intelectuales, no se les debe dar ningún privilegio especial y ningún otro derecho que los que ya tienen todos los demás, por ejemplo, la libertad de expresar sus convicciones, ideas y conocimiento. Ni ellos ni ningún otro grupo especial deben tener poder sobre los demás: quien recibe poder se convertirá inevitablemente en un opresor y explotador de la sociedad.

Pero se nos dice: «La ciencia no siempre será el patrimonio de unos pocos. Llegará un tiempo en que será accesible a todos». Tal tiempo está aún muy distante y habrá muchos levantamientos sociales antes de que ese sueño se convierta en realidad. Y aún entonces, ¿quién querrá poner su destino en manos de los sacerdotes de la ciencia?

A nosotros nos parece que cualquiera que considere que, después de una revolución social, todos recibirán la misma educación, está muy equivocado. La ciencia, entonces como ahora, seguirá siendo uno de los muchos campos de especialización, aunque deje de ser accesible sólo a unos pocos de una clase privilegiada. Con la eliminación de las distinciones de clase, la educación estará al alcance de todos aquellos que tengan la capacidad y el deseo de tenerla, pero en detrimento del trabajo manual, que será obligatorio para todos.

Habrà una educación científica general, accesible a todos, en especial el aprendizaje del método científico, el hábito del pensamiento correcto, la habilidad de generalizar a partir de los hechos y hacer deducciones más o

menos correctas. Pero cerebros enciclopédicos y sociólogos avanzados¹⁵, habrá muy pocos. Sería muy triste para la humanidad que en un momento dado la especulación teórica fuera la única fuente de luz para la sociedad, en caso de que, sólo la ciencia estuviera a cargo de la administración de la sociedad. La vida se debilitaría y la sociedad humana se transformaría en una horda servil y sin voz. El dominio de la vida por la ciencia no puede dar más resultados que la brutalización de la humanidad.

Nosotros, los anarquistas revolucionarios, somos partidarios de la educación para todo el pueblo, de la emancipación y de la expansión lo más amplia posible de la vida social. En consecuencia, somos los enemigos del Estado y de toda forma de principio estatal. En oposición a los metafísicos, los positivistas y todos los adoradores de la ciencia, declaramos que la vida social y natural siempre está antes que la teoría, que sólo es una de sus muchas manifestaciones, pero jamás su creadora. Del fondo de sus insondables profundidades, la sociedad se desarrolla por medio de una serie de acontecimientos, pero no sólo por el pensamiento. La teoría siempre es creada por la vida, pero jamás al revés; como hitos y señales en el camino, sólo indica la dirección y los diferentes estadios del desarrollo independiente y único de la vida.

De acuerdo con esta idea, no queremos ni deseamos imponer a nuestro pueblo, ni a ningún otro, cualquier esquema de organización social sacado de los libros o inventado por nosotros. Estamos convencidos de que las masas del pueblo llevan en sí mismas, en sus instintos (más o menos desarrollados por la historia), en sus necesidades cotidianas y en sus aspiraciones conscientes o inconscientes, todas las semillas de la futura organización social. Buscamos este ideal en el mismo pueblo. Cada poder estatal, cada gobierno, por su propia naturaleza, se coloca fuera y por encima del pueblo e inevitablemente le subordina a una organización y a objetivos que son ajenos y opuestos a las verdaderas necesidades y aspiraciones del pueblo. Nos declaramos los enemigos de todo gobierno, de todo poder estatal y de toda organización gubernamental en general. Pensamos que el pueblo puede ser libre y feliz únicamente cuando esté organizado de abajo arriba en asociaciones completamente independientes y libres, sin el paternalismo gubernamental, aunque sin carecer de las influencias de una variedad de grupos e individuos libres.

Tales son nuestras ideas como revolucionarios sociales y, en consecuencia, nos llaman anarquistas. No protestamos contra esta denominación, porque de hecho, somos enemigos de cualquier poder gubernamental ya que sabemos que semejante poder corrompe tanto a quienes se cobijan bajo su manto como a aquellos que se ven obligados a

¹⁵ Por sociólogos, Bakunin quería decir aquellos a quienes hoy día nosotros llamamos «generalistas», hombres que saben lo suficiente de todos los campos especializados para tratar de toda la gama de tareas intelectuales. (Nota de S. Dolgoff)

someterse a él. Bajo su influencia perniciosa, los primeros se vuelven ambiciosos y tiranos egoístas, explotadores de la sociedad en favor de sus intereses personales o de clase; los segundos se convierten en esclavos.

Los idealistas de todas clases -metafísicos, positivistas, aquellos que apoyan el gobierno de la ciencia sobre la vida, los revolucionarios doctrinarios-, todos defienden la idea del Estado y el poder estatal con la misma elocuencia, porque en ellos ven, como consecuencia de sus propios sistemas, la única salvación para la sociedad. De modo bastante lógico, ya que han aceptado las premisas básicas (que nosotros consideramos totalmente erróneas) de que el pensamiento precede la vida, que la teoría es anterior a la experiencia social y, por tanto, que la ciencia social tiene que ser el punto de partida de todos los levantamientos y reconstrucciones sociales. Inevitablemente luego llegan a la conclusión de que, debido a que el pensamiento, la teoría y la ciencia, al menos en nuestro tiempo, están en posesión de unos pocos, esos pocos deben ser los líderes de la vida social, no sólo sus iniciadores, sino también los líderes de todos los movimientos populares. Al día siguiente de la revolución, el nuevo orden social no debe ser organizado por la asociación libre de las organizaciones populares o sindicales, locales o regionales, desde abajo hacia arriba, según las exigencias y necesidades del pueblo, sino únicamente por el poder dictatorial de esa minoría culta que pretende expresar la voluntad del pueblo.

Esta ficción de gobierno pseudo representativo sirve para ocultar el dominio de las masas por un puñado de privilegios; una élite elegida por las hordas del pueblo que son arreadas y que no saben por quién o por qué votan. Sobre esta expresión artificial y abstracta de lo que falsamente se imaginan que es la voluntad popular y de la cual los seres vivientes no tienen la menor idea, ellos construyen la teoría del Estado como la teoría de la llamada dictadura revolucionaria.

Las diferencias entre la dictadura revolucionaria y el Estado son superficiales. Fundamentalmente, ambas representan el mismo principio de gobierno de una minoría sobre una mayoría en nombre de la supuesta «estupidez» de la última y de la supuesta «inteligencia» de la primera. En consecuencia, ambas son igualmente reaccionarias, ya que ambas directa e indirectamente deben conservar y perpetuar los privilegios económicos y políticos de la minoría gobernante y la sujeción política y económica de las masas populares.

Ahora queda claro por qué los revolucionarios dictatoriales, quienes pretenden derrocar los poderes existentes y las estructuras sociales a fin de erigir sobre sus ruinas su propia dictadura, nunca fueron ni jamás serán los enemigos del gobierno, sino, por el contrario, siempre serán los promotores más entusiastas de la idea del gobierno. Únicamente son enemigos de los actuales gobiernos porque desean reemplazarlos. Son los enemigos de las

estructuras gubernamentales actuales porque ésta excluye la posibilidad de su propia dictadura. Al mismo tiempo, son los amigos más devotos del poder gubernamental. Porque, si la Revolución realmente destruyera ese poder liberando a las masas, esta minoría pseudo revolucionaria quedaría imposibilitada de subyugar a las masas a fin de ser ella misma la beneficiaria de su propia política de gobierno.

Ya hemos expresado en distintas oportunidades nuestra profunda aversión a las teorías de Lassalle y Marx que recomiendan a los trabajadores, si no como idea definitiva, al menos como objetivo inmediato, la creación de un *Estado popular*, el cual, según su interpretación, no será otra cosa que «el proletariado elevado al status de clase gobernante».

Preguntemos, si el proletariado va a ser la clase gobernante, ¿a quiénes gobernará? En suma, habrá otro proletariado que será sometido al nuevo poder, al nuevo Estado. Por ejemplo, la «gleba» campesina, que, como se sabe, no cuenta con la simpatía de los marxistas quienes la consideran como representante de un nivel más bajo de cultura, probablemente será gobernada por el proletariado de las ciudades. O, si este problema recibe un enfoque nacionalista, los esclavos quedarán en la misma relación subordinada al victorioso proletariado alemán que éste ahora a la burguesía alemana.

Si hay un Estado, debe existir el dominio de una clase por otra y, en consecuencia, esclavitud; el Estado sin esclavitud es inimaginable. Y por esta razón, nosotros somos enemigos del Estado.

¿Qué significa que el proletariado sea elevado al status de clase dominante? ¿Es posible que todo el proletariado esté a la cabeza del gobierno? Hay casi cuarenta millones de alemanes. ¿Los cuarenta millones pueden ser miembros del gobierno? En tal caso, no habrá gobierno, no habrá Estado, pero, si va a haber un Estado, habrá quienes gobiernen y quienes sean esclavos.

La teoría marxista resuelve este dilema de forma harto simple. Por gobierno popular, ellos quieren decir el gobierno de una pequeña cantidad de representantes elegidos por el pueblo. El derecho general y de todo hombre a elegir los representantes del pueblo es la última palabra de los marxistas así como de los demócratas. Ésta es una mentira detrás de la cual se oculta el despotismo de una minoría dominante, una mentira mucho más peligrosa, ya que parece expresar la llamada voluntad popular.

Por último, desde cualquier punto de vista que miremos esta cuestión, siempre llegamos a la misma conclusión melancólica: el gobierno de las grandes masas del pueblo en manos de una minoría privilegiada. Los marxistas dicen que esta minoría estará compuesta de trabajadores. Sí, posiblemente de ex-trabajadores quienes, tan pronto como se conviertan en gobernantes y representantes del pueblo, dejarán de ser trabajadores y contemplarán a las simples masas trabajadoras desde las alturas palaciegas

del Estado; ya no representarán más al pueblo sino a sí mismos y a sus deseos de gobernar al pueblo. Quienes duden de esto, muy poco conocen la naturaleza humana.

Estos representantes elegidos, dicen los marxistas, serán socialistas dedicados y cultos. Las expresiones «socialista culto», «socialismo científicos», etcétera, que aparecen continuamente en los discursos y escritos de los partidarios de Lassalle y Marx, prueban que el pseudo-Estado Popular no será otra cosa que el control despótico del populacho por una nueva aristocracia nada numerosa de pseudocientíficos y verdaderos científicos. El pueblo «inculto» quedará totalmente aparte de los deberes de la administración y será tratado como un rebaño regimentado. ¡Una hermosa liberación, sin duda!

Los marxistas son conscientes de sus contradicciones y se dan cuenta de que un gobierno de científicos será una verdadera dictadura pese a su forma democrática. Se consuelan con la idea de que este gobierno será temporario. Dicen que la única labor y el único objetivo consistirá en educar y elevar al pueblo económica y políticamente hasta tal punto que pronto ese gobierno será innecesario; y el Estado, después de perder su carácter político y coercitivo, automáticamente se transformará en una organización completamente libre de intereses económicos y comunas.

Hay una contradicción flagrante en esta teoría. Si su Estado será realmente del pueblo, ¿por qué eliminarlo? Y si el Estado es necesario para emancipar a los trabajadores, entonces, los trabajadores aún no son libres, por tanto, ¿por qué llamarlo un Estado Popular? Durante nuestra polémica, nosotros les hemos hecho darse cuenta de que la libertad o la anarquía, que significan una libre organización de las masas trabajadoras desde abajo para arriba, es el objetivo final del desarrollo social, y que cualquier Estado, sin exceptuar el Estado Popular, es un yugo que, por un lado, da lugar al despotismo y, por otro, a la esclavitud. Dicen que semejante yugo dictatorial es un paso de transición hacia el logro de la completa libertad del pueblo: el anarquismo y la libertad son el objetivo, mientras que el Estado y la dictadura son los medios y, por tanto, a fin de liberar las masas populares, ¡primero deben ser esclavizadas!

Nuestra polémica se detiene al llegar a esta contradicción. Ellos insisten en que sólo la dictadura (por supuesto de ellos) puede crear la libertad del pueblo. Replicamos que toda dictadura no tiene otro objetivo que su propia perpetuación y que sólo esclavitud puede generar y fomentar en el pueblo que la sufre. La libertad únicamente puede ser creada por la libertad, por una rebelión total del pueblo y por la organización desde abajo y voluntaria del pueblo.

La teoría social de los socialistas antiestatales, o anarquistas, les lleva directa e inevitablemente hacia un rompimiento con todas las formas del Estado, con todas las variedades de la política burguesa y no les deja otra

posibilidad que la Revolución Social. La teoría opuesta, el comunismo estatal y la autoridad de los científicos, atrae y confunde a sus seguidores y con el pretexto de la táctica política, hace tratos continuos con los gobiernos y los distintos partidos políticos burgueses y conduce directamente a la reacción.

El punto crucial de este programa es que el Estado sólo va a liberar al (pseudo) proletariado. Con este propósito, el Estado debe acordar liberar al proletariado de la opresión del capitalismo burgués. ¿Cómo es posible imponer semejante voluntad al Estado? El proletariado debe tomar posesión del Estado por medio de una revolución, una tarea heroica. Pero, una vez que el proletariado se apodere el Estado, debe moverse de inmediato para abolir esta eterna prisión del pueblo. Pero, según el señor Marx, el pueblo no sólo no debe abolir el Estado, sino por el contrario, debe fortalecerlo, agrandarlo y entregarlo a la total disposición de sus benefactores, guardianes y maestros -los líderes del partido comunista, me refiero al señor Marx y a sus amigos-, quienes entonces liberarán al pueblo a su modo. Concentrarán todo el poder administrativo en sus propias manos porque el pueblo ignorante tiene necesidad de guardianes poderosos; y crearán un banco central, estatal, que también controlará todo el comercio, la industria, la agricultura y hasta la ciencia. La masa del pueblo estará dividida en dos ejércitos, el agrícola y el industrial, bajo las órdenes directas de los ingenieros estatales que constituirán la nueva clase político-científica privilegiada.

ANEXO

RESEÑA SOBRE LA RELACIÓN DE BAKUNIN CON MARX

Bakunin escribe lo siguiente en diciembre de 1871 sobre su relación con Marx. Los textos están extractados del libro Conversaciones con Bakunin, compilado por Arthur Lehning, Editorial Anagrama, Barcelona.

Marx y yo somos viejos conocidos. Le encontré por primera vez en París en 1844. Yo era ya un emigrado. Fuimos bastante amigos. El estaba entonces mucho más avanzado que yo, del mismo modo que hoy día es, si no más avanzado, sí mucho más sabio que yo. Yo no sabía entonces nada sobre economía política, no había logrado deshacerme todavía de las abstracciones metafísicas, y mi socialismo era simplemente instintivo. El, aunque más joven que yo, era ya un ateo, un materialista sabio y un socialista por reflexión. Fue precisamente en aquella época cuando elaboró los primeros fundamentos de su actual sistema. Nos vimos bastante a menudo, ya que yo le respetaba mucho por su ciencia y por la seriedad y pasión de su entrega, siempre mezclada de vanidad personal, a la causa del proletariado, y yo buscaba con avidez su conversación instructiva y espiritual cuando sus palabras no me inspiraban un odio mezquino, algo que, ¡ay!, ocurrió demasiado a menudo. Pero nunca hubo una franca intimidad entre nosotros dos. Nuestros temperamentos no concordaban. El me decía que yo era un idealista sentimental, y tenía razón; yo le llamaba perverso vanidoso e hipócrita, y también yo tenía razón.

En 1848 [en Bruselas], [Marx y yo] vimos que nuestras opiniones eran opuestas. Y debo decir que la razón estuvo mucho más de su lado que del mío. El acababa de fundar una sección de comunistas alemanes tanto en París como en Bruselas y, aliado con los comunistas franceses y algunos comunistas ingleses, había formado, con el apoyo de su amigo y compañero inseparable Engels, una primera asociación internacional de

comunistas de diferentes países en Londres. Allí, junto a Engels, redactó en nombre de esta asociación, un escrito excesivamente notable, conocido bajo el título de *Manifiesto de los comunistas*.

Yo estaba, arrastrado por el movimiento revolucionario de Europa, mucho más preocupado por el lado negativo que por el lado positivo de esta revolución, es decir que me afectó más la destrucción de lo existente que la edificación y organización de lo que debía llegar a existir.

Sin embargo, hubo un punto en el que fui yo y no él quien tuvo razón. Como esclavo, yo quería la emancipación de la raza eslava del yugo de los alemanes por medio de la revolución, es decir mediante la destrucción de los imperios rusos, austriacos, prusiano y turco, y con la reorganización de los pueblos, de abajo arriba, con su propia libertad, sobre la base de una completa igualdad económica y social, y no por medio de la fuerza de una autoridad, por revolucionaria que ella misma diga que es y por inteligente que en realidad sea.

Ya entonces la diferencia de los sistemas que actualmente nos separan, de una completamente reflexiva por mi parte ahora, se había esbozado. Mis ideas y mis aspiraciones no le gustaban nada a Marx en primer lugar porque no eran las suyas; también porque eran contrarias a sus convicciones de comunista autoritario; y en último lugar porque como patriota alemán no admitía entonces, como sigue sin admitir ahora, el derecho de los esclavos a emanciparse del yugo de los alemanes, ya que piensa, tanto hoy como entonces, que los alemanes están llamados a civilizarles, es decir germanizarlos con su consentimiento o por la fuerza.

El 6 de julio de 1848 aparece, en el diario que Marx dirigía, el *Neue Rheinische Zeitung*, la primera mención de una serie de calumnias dirigidas contra Bakunin:

Se siguen aquí con la mayor atención, a pesar de nuestras disensiones íntimas, las luchas de la raza eslava en Bohemia, Hungría y Polonia. En lo que respecta a la propaganda eslava, ayer nos aseguraron que George Sand se encuentra en posesión de papeles y documentos que comprometen gravemente al señor Bakunin, el ruso proscrito de Francia, y que demuestran que es un instrumento de Rusia o un agente que ha entrado de nuevo a su servicio, y a quien hay que hacer responsable de gran parte de la detención de varios desgraciados polacos efectuada últimamente. Nosotros no tenemos ninguna objeción contra el establecimiento de un imperio eslavo, pero traicionando a los patriotas esclavos no se conseguirá nunca este resultado.

Al respecto Bakunin escribe en 1871:

[julio/agosto de 1848] Para castigarme por mi audacia al tratar de conseguir la realización de una idea diferente e incluso opuesta a la suya, Marx se vengó a su manera. Era director de *la Neue Rheinische Zeitung* que aparecía en Colonia. En uno de sus números leí una crónica de París en la que se decía que la señora George Sand (con quien estaba yo relacionado por entonces) *se suponía* que había dicho a *alguien* que era necesario vigilar a Bakunin porque *pudiera ser* bien que «fuera *algo* parecido a un agente ruso».

Esta acusación, que cayó de repente sobre mí como un adoquín en la cabeza justo cuando estaba en plena organización revolucionaria, paralizó completamente mi acción durante algunas semanas. Todos mis amigos alemanes y eslavos se alejaron de mí. Yo era entonces el primer ruso que se había mezclado de manera activa a la revolución; y no hace falta que os explique cuáles son los sentimientos de desconfianza habituales y tradicionales que experimenta en el primer momento todo espíritu occidental cuando oye hablar de un ruso revolucionario. Así pues, escribí a la señora Sand. Ella se apresuró a contestarme incluyéndome la copia de una carta que había dirigido a la redacción de la *Neue Rheinische Zeitung*, ante la cual presentaba un mentís oficial y sincero. Yo me encontraba en Breslau y envié a un amigo polaco a Colonia para exigir una retractación solemne y completa. Marx se retractó, rechazó la culpa sobre el corresponsal de París, declaró que el periódico había publicado esa crónica durante su ausencia; que él me conocía demasiado para saber que yo nunca, etc., etc., añadiendo muchos saludos y asegurándome su amistad y aprecio. La cosa quedó ahí.

Al cabo de algunos meses le encontré en Berlín. Amigos comunes nos forzaron a darnos un abrazo. Y entonces, en medio de una conversación medio en broma, medio en serio, Marx me dijo: «Debes saber que me encuentro ahora a la cabeza de una sociedad comunista secreta tan bien disciplinada que si yo hubiera dicho a uno de sus miembros “Ve y mata a Bakunin”, te hubiera matado». Yo le contesté que si su sociedad secreta no tenía otra cosa que hacer que matar a las personas que no les gustaban, no podía ser otra cosa que una sociedad de criados o fanfarrones ridículos.

Después de esa conversación no volvimos a vernos hasta el año 1864.

En febrero de 1849 se desata la insurrección en Dresde, Alemania, con el levantamiento de los obreros provenientes de los barrios. Bakunin tuvo tan activa e importante participación en la lucha que hasta Marx y Engels tuvieron que reconocerlo. Derrotada la insurrección por las tropas prusianas Bakunin es detenido en Chemnitz la noche del 9 al 10 de mayo de 1849. Bakunin, que estaba condenado a muerte en Rusia, Prusia, Austria, Italia y Francia, es encarcelado en una fortaleza alemana y condenado a muerte en enero de 1850. Conmutada la pena por prisión

perpetua es entregado a Austria, primero encarcelado en Praga y luego en Olmütz y sentenciado a la horca en marzo de 1851. Conmutada nuevamente la pena por prisión perpetua es encadenado por largos meses a un muro. Luego es entregado al gobierno ruso y confinado a las mazmorras de la Fortaleza de Pedro y Pablo. En continuo aislamiento los paseos por el patio los realizaba engrillado de pies y manos y cuidadosamente vigilado. En 1854 es transferido a la prisión de Schlüsselberg hasta que en 1857 es condenado al exilio perpetuo en Siberia. A mediados de junio de 1861 se escapa a pie perseguido por centinelas y patrullas hasta lograr embarcarse hasta Japón y luego a San Francisco de California. Vía Panamá navega hasta Nueva York hasta que en diciembre del mismo año llega a Londres donde se reencuentra con sus antiguos compañeros. Debe señalarse que hasta ese momento los que habían logrado fugarse de la región siberiana se contaban con los dedos de una mano.

Durante sus años de cautiverio los rumores de que Bakunin era un agente del zar continuaron. En 1871 escribe:

En octubre [de 1864] volví a Londres. Fue entonces cuando recibí una nota de Marx que todavía conservo y en la que me preguntaba si estaba dispuesto a recibirle en mi casa a la mañana siguiente. Contesté afirmativamente, y él vino. Entonces me dio explicaciones. Me juró que nunca había dicho ni hecho nada contra mí, que, por el contrario, siempre había tenido por mí una sincera amistad y un gran aprecio. Yo sabía que lo que me decía no era cierto en absoluto, pero la verdad es que no le guardaba ningún rencor. Además, desde otro punto de vista me interesaba mucho reanudar nuestras relaciones. Yo sabía que él había colaborado con mucha fuerza en la fundación de la Internacional. Había leído el manifiesto escrito por él en nombre del Consejo general provisional, manifiesto notable, serio y profundo como todo lo que sale de su pluma, cuando no se dedica a la polémica personal. En fin, nos despedimos convertidos exteriormente en muy buenos amigos, pero yo no le devolví la visita.

Bakunin comienza a participar activamente en secciones latinas de la Internacional. A medida que pasaba el tiempo las posiciones marxistas y anarquistas en el seno de la Internacional estaban cada vez más enfrentadas. La serie de intrigas y calumnias por parte del ala marxista a fin de apoderarse completamente de la Asociación culminaron en la convocación, por parte del Consejo General controlado por Marx y Engels, de una conferencia secreta en Londres, en septiembre de 1871, a la que asistieron casi exclusivamente partidarios de Marx. La conferencia adoptó resoluciones que destruían la autonomía de las secciones y federaciones de la Internacional y daban al Consejo General poderes que violaban los

estatutos fundamentales de la Internacional. Al mismo tiempo, trataba de promover y organizar, bajo la dirección del Consejo General, lo que denominaba «la acción (parlamentaria) política de la clase obrera». La respuesta de rechazo por parte de las secciones contrarias a la participación política no se hizo esperar.

Visto la falta de apoyo de parte de la mayoría de las secciones integrantes de la Internacional a su programa e intenciones, Marx promueve, por medio del Consejo General, un Congreso general a realizarse en La Haya para septiembre de 1872. Fue armado de tal modo para que la mayoría de los asistentes fueran sus partidarios. En dicho Congreso un tribunal de cinco miembros, reunidos a puerta cerrada, decide la expulsión de Bakunin y otros compañeros.

La resolución del Congreso de La Haya sentencia:

La comisión encargada de la investigación sobre la Alianza (secreta) de la Democracia Socialista estaba integrada por los siguientes ciudadanos: Cuno (33 votos), Lucain (24), Splingard (31), Vichard (30), Walter (29).

En su informe al Congreso la mayoría de esta comisión declaraba que «la Alianza secreta fue fundada con estatutos completamente opuestos a los de la Internacional». Y proponía:

Excluir de la Internacional a Mijail Bakunin, como fundador de la Alianza y por un hecho personal;

Excluir a Guillaume y a Schwitzguebel como miembros de la Alianza;

Excluir a [...]

Queda por constatar que estas votaciones sobre la Alianza han sido tomadas después de la partida forzosa de gran número de delegados franceses y alemanes.

El día siguiente al Congreso de La Haya, de 5 de septiembre de 1872, se reunió otro Congreso de la Internacional con las delegaciones de las federaciones de Italia, España, Suiza-Jura, así como representantes de las secciones de Francia y Estados Unidos, en St. Imier, Suiza. El congreso declaró unánimemente:

Se rechazan de forma absoluta todas las resoluciones del Congreso de La Haya y no se reconocen de ninguna manera los poderes del Consejo General nombrado por el mismo.

El 5 de junio de 1873, el Consejo General, que había sido trasladado a Nueva York, ejerció los poderes otorgados por el Congreso de La Haya; suspendió a la Federación del Jura declarándola subversiva. Como resultado, la Federación holandesa, que había sido neutral, se unió a las siete federaciones de la Internacional, con la declaración del 14 de febrero

de 1873, según la cual se negaba a reconocer la «suspensión» de la Federación del Jura. Así las secciones antiautoritarias convocaron el sexto Congreso de la Internacional, en septiembre de 1873 en Ginebra, dándole carácter antipolítico a la Asociación y disolviendo el Consejo General.

Unos meses antes, Marx y el pequeño grupo que aún le era fiel, publican un panfleto en francés, lleno de mentiras, titulado La Alianza de la Social Democracia y la Internacional que no produjo más que un mayor rechazo a sus intentos. Las informaciones, adaptadas y deformadas de la realidad, que constituyeron la base de este folleto, le fueron remitidas a Marx por Nikolai Utin. Nicholas Utin (1845-1883) era hijo de un rico comerciante ruso de licores. Se fue de Rusia a Suiza. Más tarde, el zar le perdonó y le permitió regresar a Rusia donde hizo fortuna como especulador durante la guerra. Al mostrarse un decidido partidario de Marx, quien maniobró para su nombramiento en el Consejo General de la Internacional como Secretario Delegado de Rusia, los marxistas le confiaron la tarea de reunir (o fabricar) «información» contra Bakunin. Utin siempre se manifestó enemigo de Bakunin. La siguiente es parte de una carta que éste le envía a Marx, fechada el 1º de noviembre de 1872, con las informaciones para el folleto:

¡Querido maestro!

Le adjunto por fin las informaciones prometidas hace tanto tiempo; estas informaciones contienen:

1. La vida de Bakunin en Siberia y su fuga; 2. Su manifiesto paneslavista fechado en Londres, febrero de 1862; 3. Su apología del zar rural Alejandro II, algo muy interesante muy instructivo. He hecho extractos largos de estas dos publicaciones y he añadido varios comentarios; he creído que le conviene a usted tener muchos extractos, a fin de poder elegir aunque, lo confieso, me he visto forzado a elegir trozos largos debido a la dificultad de la selección, un fragmento valía tanto como otro, y además me he permitido pasar a recordar ciertos episodios, ciertos rasgos de la época de 1862 «*Quórum parse magna fui*» -el magna está de más-, ya que ante todo me resulta imposible hablar de esta época sin estremecerme al recordar tantas víctimas cuya memoria sigue siendo muy querida para mí, y en segundo lugar, sería difícil comprender toda la locura y la idiotez de Bakunin, si no se tuviera en cuenta la época en la que se divertía cantando himnos al zar; conociendo, como conozco, a Bakunin, puedo decir que si no hacía estas cosas por pura idiotez, las hacía con la esperanza de llamar la atención sobre él y de merecer la gracia del emperador. Creo que puede decirse de Bakunin que no se vendió porque no fue comprado; si es que no está comprado. [...]

5. Últimamente Nechaev ha sido *extradicionado* y entregado a la policía rusa, como no podía menos que ocurrir, pues no se podía considerar el

asesinato de Ivanov como asunto político; de lo contrario, le asesinarían a usted en pleno Congreso de La Haya y ¡dirían que era un asesinato *político*! Le envío también el folleto que Bakunin publicó en el momento del Congreso para que vea que en las citas que hace Bakunin del discurso del procurador hay algunas *falsedades*. [...]

En general sería un *grave error* querer representar a Nechaev como si se tratara de un héroe –era más bien un loco, y *todavía* está por ver si no es un agente ruso, pues la extradición no quiere decir nada- y *habría que matarlo por el ridículo*, pues de otro modo todavía podría tener una influencia muy funesta en esta pobre juventud rusa, inculta y bárbara; y todavía podrá usted ver cómo ese viejo estafador de Bakunin *especulará* sobre la *desgracia* de su joven *compañero* Nechaev y tratará de *exaltar* a la juventud contra nosotros. Podría decirse que no se ha querido dar a la *publicidad* el relato completo de este asunto mientras seguía pendiente la cuestión de la extradición, para no dar un falso *pretexto* a nuestros adversarios; y ahora hay que ridiculizar a los dos héroes insistiendo en que la figura triste, pobre de espíritu e imbécil de Nechaev no ha sido más que el *Strohman* de Bakunin: será la verdad. Hay que hacer que caiga sobre Bakunin todo lo *odioso*, hay que hacerle *culpable* de la pena que el imbécil de Nechaev va a soportar. [...]

Y ahora que he terminado con lo *oficial*, permítame usted, querido maestro, que le exprese todo mi caluroso agradecimiento por las simpáticas y amistosas palabras que sobre mí dice en su carta. [...] Perdone usted la abusiva longitud de esta carta y confía en la inalterable entrega de quien feliz de poder llamarse un día verdadero alumno de usted.

UNA POSICIÓN MARXISTA

Los siguientes son dos textos de Marx y Engels extraídos del libro compilatorio “Materiales para la historia de América Latina, Karl Marx-Friedrich Engels”, Ediciones Pasado y Presente, México, 1980.

Sobre la guerra contra México¹⁶

“La magnífica California”¹⁷

[...] Digamos sólo un par de palabras respecto a la “confraternización general entre los pueblos” y a la fijación de “fronteras, que la propia voluntad soberana de los pueblos traza, fundándose en sus características nacionales”. Los Estados Unidos y México son dos repúblicas; en ambas el pueblo es soberano.

¿Cómo ha ocurrido, entonces, que entre estas dos repúblicas, que según la teoría moral deberían estar “hermanadas” y “federadas”, haya estallado una guerra a cusa de Tejas; cómo la “voluntad soberana” del pueblo norteamericano, apoyada en la valentía de los voluntarios norteamericanos, ha desplazado, basándose en “necesidades estratégicas, comerciales y geográficas”, unos cuantos cientos de millas más al sur los límites trazados por la naturaleza? ¿Y les reprochará Bakunin a los norteamericanos el realizar un “guerra de conquista”, que por cierto propina un rudo golpe a su teoría basada en “la justicia y la humanidad”, pero que fue llevada a cabo única y exclusivamente en beneficio de la civilización? ¿O acaso es una

¹⁶ En 1836 Texas es colonizada por norteamericanos y la proclaman independiente de México. Tropas mexicanas recuperan el territorio al mando del presidente y general Antonio López Santana. En 1846 el territorio es nuevamente invadido por fuerzas norteamericanas y se inicia la guerra que durará dos años. Como resultado de la derrota mexicana EE.UU. se apropia y anexa los territorios de Texas, Nuevo México (que comprendía, además del territorio homónimo, partes de Colorado y Utah) y Alta California. (Nota del Grupo Editor Libertad)

¹⁷ Este texto forma parte de un editorial no firmado de la *Neue Rheinische Zeitung*, “El paneslavismo democrático”, replica al “Llamado a los eslavos” del revolucionario ruso Mijail Bakunin. Escrito por Engels, el artículo refleja asimismo el pensamiento de Marx. “La constitución que regía en la redacción [de *Neue Rheinische Zeitung*] se reduciría simplemente a la dictadura de Marx”, reconoce Engels en 1884. Y como le escribía Engels a Hermann Schlüter el 15 de mayo de 1885: “Igualmente [es mío] el artículo contra Bakunin y el paneslavismo. Los trabajos de Marx y los míos, de aquella época, a causa de la división planificada del trabajo son casi absolutamente inseparables”. (Nota de los editores del libro “*Materiales para la historia de América Latina*”)

desgracia que la magnífica California haya sido arrancada a los perezosos mexicanos, que no sabían que hacer con ella?; ¿lo es que los enérgicos yanquis, mediante la rápida explotación de las minas de oro que existen allí, aumenten los medios de circulación, concentren en la costa más apropiada de ese apacible océano, en pocos años, una densa población y un activo comercio, creen grandes ciudades, establezcan líneas de barcos de vapor, tiendan un ferrocarril desde Nueva York a San Francisco, abran en realidad por primera vez el Océano Pacífico a la civilización y, por tercera vez en la historia, impriman una nueva orientación al comercio mundial? La “independencia” de algunos españoles en California y Tejas sufrirá con ello, tal vez; la “justicia” y otros principios morales quizás sean vulnerados aquí y allá, ¿pero, qué importa esto frente a tales hechos histórico-universales? [...]

Escrito por Friedrich Engels, publicado el 15 de febrero de 1849 en la revista alemana *Neue Rheinische Zeitung*.

Sobre la superioridad alemana

[...] Así terminaron, por ahora y muy probablemente para siempre, las tentativas de los eslavos de Alemania para recobrar una existencia nacional independiente¹⁸. Restos dispersos de numerosas naciones cuya nacionalidad y vitalidad política estaban agotadas desde tiempo atrás y que, por ello, se habían visto obligadas, durante casi un milenio, a seguir las huellas de una nación más poderosa que los había conquistado –tal como los galeses en Inglaterra, los vascos en España, los bajo-bretones en Francia y en un periodo más reciente los criollos españoles y franceses en las partes de Norteamérica ocupadas por la raza angloamericana- esas nacionalidades agonizantes, los bohemos, carintios, dálmatas, etc., habían intentado aprovechar la confusión universal de 1848 para restablecer su status quo político del Anno Domini 800¹⁹. La historia de un milenio tendría que haberles mostrado que una regresión tal era imposible, que si bien todo el territorio al este del Elba y del Saale había estado otrora ocupado por eslavos vinculados entre sí, ello sólo demuestra la tendencia de la historia y

¹⁸ Engels y Marx utilizan el término Alemania en un sentido amplio -habitual en el siglo XIX-, comprendiendo también a Austria, país que era, por lo demás, la cabeza visible de la Confederación Germánica (1815-1866). Recuérdese que en poder de Austria se encontraban Bohemia, Moravia, Eslovaquia, Carintia, Dalmacia y otros territorios poblados fundamentalmente por eslavos. (Nota de los editores del libro “*Materiales para la historia de América Latina*”)

¹⁹ Año del Señor 800; alrededor de esta fecha comienza el avance de los pueblos germánicos sobre territorios de Europa centro-oriental en los que predominaban los eslavos. (Nota de los editores del libro “*Materiales para la historia de América Latina*”)

al mismo tiempo la capacidad física e intelectual de la nación alemana para someter, absorber y asimilar a sus viejos vecinos orientales; que esta tendencia de los alemanes a la absorción constituyó siempre, y constituía aún, uno de los más poderosos medios de propagar la civilización de Europa Occidental en el este del mismo continente; que esta tendencia sólo se detendría cuando el proceso de germanización hubiera alcanzado los confines de naciones grandes, compactas e incólumes, capaces de una vida nacional independiente, tal como los húngaros y, hasta cierto punto, los polacos; y que por lo tanto el destino natural e ineluctable de estas naciones moribundas era dejar que se consumara ese proceso de disolución y absorción por vecinos más poderosos que ellas.

Escrito por Marx y Engels. Artículo de la serie “*Revolución y contrarrevolución en Alemania*” publicado el 24 de abril de 1852 en *The New-York Daily Tribune*.

LOS MARXISTAS

Por Rodolfo González Pacheco (1882-1949)

El saber no obliga a nada ni a nadie, cuanto a moral o conducta. Es una aptitud, no más, que no implica, ni con mucho, una posición buena ni mala. Por eso la fe en la ciencia es tan salvaje o grotesca como la fe en la leyenda.

O, tal vez, un poco más, aunque parezca que exageramos. No hay ni centros ni derechas que den, como las izquierdas, en que actúan -o actuaban- los marxistas, tantos y tan pueriles fanáticos. Nunca nadie creyó más en sus dioses y profetas que esta gente en el Estado y sus jefes. Nunca tampoco hubo siervos autómatas y secuaces más científicos. No nos cuesta confesarlo: cual más, cual menos, todos tienen “su” talento.

¿Qué les falla, que no enriquecen la vida con acciones o emociones de libertad o belleza? La posición, sobre todo: el hombre, que no comprenden, ni se sienten, ni se aman. Parecería que se odiaran, a tal punto se someten a los más viles y negativos martirios. En la esperanza de un mundo, que está al otro lado de Éste, matan o mueren, se cierran o se entregan con una impudicia que espanta.

Pero, ¡atención! No queremos compararlos con los mártires cristianos. ¡Ah, no! Aquéllos no sabían nada; eran inefables brutos; chorreaban simpleza humana. Éstos saben: son rematados cultos; chorrean inteligente cinismo. Había una furia de negación en los otros, que no pretendía la ganancia ni el engaño; en éstos hay una furia de fullería y de enjuague que quiere afirmar su triunfo a costa de cualquier vileza o trampa. Y la diferencia, que es entre saber e ignorar, es también entre lo repugnante y lo admirable.

Los primeros en reconocerle a Marx su aporte al conocimiento de la economía y la historia, fueron los anarquistas. Carlos Caffiero, contemporáneo suyo, extractó y tradujo *El Capital*, antes que nadie. Y Bakunin, su contendedor más acérrimo, no pensó en negarle nunca la calidad de su ciencia. Que no era tanta, como los marxistas creen, ni de ninguna manera original tampoco. Pero sistematizaba muchos conceptos y datos en una teoría eficiente. Y se lo reconocieron.

¿De dónde les nació, entonces, el repudio insuperable, que aun hoy mismo nos separa? ¿De qué rincón de la conciencia o la sangre? Bakunin

se lo expresó, una de las tantas veces que Proudhon intentó reconciliarlos: – Tú sabes más que yo; pero yo soy más revolucionario.

Ahí es la cosa. Entre las aptitudes de ellos y las posiciones nuestras es el conflicto. Entre quienes creen que el hombre, que se forjó las cadenas, puede romperlas, contra quienes creen que el propio proceso histórico ha de hacer crisis en una liberación. Aquello obliga a la lucha por la dignidad humana, siempre más consciente y viva; esto obliga a un fetichismo hacia el progreso y sus técnicas, tan salvaje o tan grotesco como la fe en el Mesías.

No creemos, con Waldo Frank, que este mesianismo advenga de una secta o de una raza. Según él, porque Marx era judío, su tesis materialista no es más que un formal fraseo. Lo entrañable, que la nutre, es de vieja raíz profética. Después del industrialismo la libertad, no sería más, ni menos, que lo de Cristo, también hebreo y, como tal, mesiánico: Tras este valle de lágrimas, el paraíso...

No creemos. Es la doctrina. Es en ésta que va anejo el sometimiento tácito, sin esperanza, desesperante. Ella, la que fulmina y arrea a sus militantes, desde la altura en que, siempre, invariablemente, coloca a un jefe. Porque, donde hay dos marxistas, uno es quien manda. Ésa es la ley. Y, cuando son millones, ése es también el Estado. Los demás son materiales, de choque o base, que ése organiza o destruye, levanta o hunde. Haga lo que haga, ahí están ellos para justificarlo a ése.

¿Qué ocurre ahora? Lo de siempre del marxismo... No hace todavía un mes estaban, codo con codo, con los demócratas. A esta fecha, lo mismo, codo con codo, forman en la otra vereda. ¡Y tan tranquilos!

Al contrario de indignación o vergüenza, los topa usted y se los halla rezumando regocijantes albricias: -¿Se da cuenta, camarada? Con esta nueva política mandamos a los burgueses de Europa a exterminarse en la guerra. Después, sobre su exterminio, avanzaremos nosotros y... ¿Se da cuenta? ¡Ese Stalin!-

¡Cinismo idiota! Porque no son los burgueses los que van a aniquilarse, sino los pueblos, los pobres. Y porque, aunque fueran ellos, los ricos, el triunfo de los marxistas sería la aniquilación del Hombre; la feroz esclavitud que impera en Rusia. La dictadura.

Es la doctrina. Es el Estado, en que adoran, que les factura esta mística espantablemente abyecta. Contra aquél y ésta, nosotros. Igual que Bakunin contra Marx. Siempre. ¡Toda la vida!

DIALÉCTICA, MATERIALISMO Y CIENTIFICISMO

Por Patrick Rossineri

*Publicado en el periódico anarquista ¡LIBERTAD!
n° 35, marzo-abril 2006, Buenos Aires.*

Según se sostiene corrientemente, uno de los grandes logros de Marx y Engels ha sido la construcción de una teoría para conocer la naturaleza y la sociedad basada en la ciencia, mejor conocida como materialismo dialéctico, y su derivado aplicado a la historia de la evolución social humana, el materialismo histórico. Esta teoría científica a su vez posibilitó la creación de un socialismo científico, en contraposición al socialismo utópico, que no tendría una base científica, porque no estaría fundado sobre las leyes de la dialéctica. Esta visión del marxismo ha sido en las ciencias sociales de importancia capital para el desarrollo de estas ciencias, en especial a partir de mediados del siglo XX hasta hoy. Fue en los '60 y '70 cuando las escuelas marxistas lograron su apogeo en lo que se refiere a producción teórica y académica, surgiendo corrientes marxistas en antropología, sociología, historia, psicología, pedagogía, geografía y lingüística, entre otras disciplinas.

A pesar de los aportes de tantos científicos sociales, algunos de los cuales produjeron obras de considerable importancia, el materialismo dialéctico y su deudo, el materialismo histórico, demostraron no solo sus limitaciones, sino también su inconsistencia epistemológica, teórica y metodológica, y su discurso comenzó a percibirse no como científico sino como científicista. Los diversos intentos de apareamiento entre el marxismo y otras corrientes teóricas como el estructuralismo o el psicoanálisis terminaron en rotundos fracasos. Filósofos, sociólogos y antropólogos de moda al calor de las barricadas del 68, pasaron de best sellers internacionales a componentes privilegiados de las mesas de saldos en las librerías: Fromm, Althusser, Marcuse, Debray, así como otros tantos.

Esta pérdida de interés ha sido explicada desde muchos puntos de vista diferentes. Ya sea por obra del surgimiento del postmodernismo o debido a muerte por aplastamiento a causa de la caída del muro de Berlín, la crisis del marxismo se manifiesta principalmente en la plétora de revisionismos que intentan salvar algo del desastre: una categoría por aquí, un concepto por allá, los escritos del joven Marx e incluso algún coqueteo autocrítico

con el anarquismo. Lo que está indudablemente claro es que algo se hizo mal y mucho de lo que se creía sólido no era más que dogmatismo disfrazado de certeza científica incuestionable.

Lo triste del asunto es que millones de hombres y mujeres que sacrificaron sus vidas al socialismo científico, hipotecaron su futuro, sucumbieron frente a la mentira, no sin decepción, desencanto, torturas, muerte y exilios. Peor aún, los novicios falsos revolucionarios de nuestros días, traicionan a los antiguos próceres que solían endiosar (Lenin, Stalin o Mao) para adorar nuevos ídolos (el voto popular, el cargo político, la democracia, Fidel Castro, el nacionalista Chávez o cualquier dictador antiyanqui que se cruce por el camino). Y siempre suena de fondo la misma canción; socialismo científico, materialismo dialéctico; la revolución como un juego de ajedrez o, si se prefiere, de tablero con fichas y dados.

El error continúa como una incógnita sin despejar debido a que se encuentra en la base misma de la concepción materialista dialéctica, en la forma en que Marx y Engels pergeñaron una teoría científica que, más allá de su admirable esfuerzo teórico, no es ciencia en absoluto. Quizás para el momento histórico y social en que se ideó el socialismo marxista, las tendencias intelectuales de la época justificaban la intención de crear un socialismo científico. Algo parecido ocurrió con Kropotkin, que intentó esbozar un anarquismo basado en principios científicos mecanicistas y evolucionistas, oportunamente criticado por Malatesta, quien en cambio definía al anarquismo como una ideología basada en una ética, más allá de la ciencia. De todos modos, en aquellos años no faltaron críticos a la visión científicista de Marx, entre otros el propio Bakunin. Éste sostenía que la dialéctica hegeliana -de la que Bakunin fue adepto de joven- era pura metafísica, y por consiguiente también sus seguidores y derivados positivistas o socialistas: *“Metafísico es el término que usamos para designar a los discípulos de Hegel y los positivistas, y, en general, a todos los adoradores de la ciencia como diosa, a todos esos modernos Procustos que de una manera u otra, han creado un ideal de organización social, un molde estrecho en el que meterían a las futuras generaciones, a todos aquellos que, en vez de ver en la ciencia únicamente una de las manifestaciones de la vida natural y social, insisten en que la totalidad de la vida queda comprendida en sus teorías científicas necesariamente experimentales. Los metafísicos y los positivistas, todos esos caballeros que consideran que es su misión prescribir las leyes de la vida en nombre de la ciencia, son, consciente o inconscientemente, reaccionarios.”*

Esta metafísica a la que se refiere Bakunin fue recubierta de fraseología científicista y vendida como ciencia hasta el día de hoy. No es que los científicos serios crean en el materialismo dialéctico o que lo lleven a la práctica en sus investigaciones. La ciencia marcha por otros rumbos y los textos de cabecera de los científicos no son la *“Dialéctica de la*

Naturaleza” de Engels, sino los que escribieron Albert Einstein, N. Wiener o S. Hawkins. En contraste, los experimentos que llevaron adelante en la Unión Soviética el lingüista Nikolai Marr y el biólogo Trofin Dimitrevich Lyssenko, son un ejemplo extremo del descalabro a que se puede llegar aplicando a rajatabla las concepciones quiméricas de Marx y Engels.

Nikolai Marr elaboró una teoría que proponía aplicar las nociones marxistas de estructura y superestructura a la lingüística. Se convirtió en la teoría oficial de la Unión Soviética, mientras los grandes lingüistas rusos no marxistas como Roman Jakobson partían al exilio o al ostracismo, como ocurrió con Mijail Bajtin, el más grande folclorista (y también lingüista), redescubierto hace unas décadas. Los textos de Jakobson y Bajtin aún son lectura obligatoria en la enseñanza universitaria, mientras que los textos de Marr jamás volvieron a editarse. La lingüística de Nikolai Marr era tan descabellada que el propio Stalin en 1934 escribió un librito de lingüística para refutarlo.

El caso de Lyssenko fue algo más trágico. Debido a que los principios de la “genética burguesa” -es decir, la actualmente vigente genética mendeliana- desmentían las afirmaciones marxistas sobre la naturaleza, Lyssenko implantó una “genética revolucionaria” en que las diferencias entre los seres vivos no eran de origen genético sino que eran influencia del medio ambiente, basada en “hibridaciones”. Si bien era fácilmente refutable, la doctrina de los caracteres adquiridos fue la doctrina oficial soviética durante décadas, por el simple hecho de no contradecir al materialismo dialéctico. *“La herencia de los caracteres adquiridos no es una evidencia científica, sino una creencia supersticiosa. Se ha mostrado mucho más resistente a la experimentación que otras hipótesis biológicas. Ha contribuido específicamente a retrasar el análisis del mundo vivo en general y la reproducción en particular. Podemos cortar el rabo en el nacimiento a todos los ratones de una cierta línea; al cabo de veinte o treinta generaciones, tendremos miles de ratoncitos con un rabo perfectamente normal, con la misma longitud media y el mismo grosor que sus ancestros”* (F. Jacob. La lógica de lo viviente, 1970). Alain Benoist, autor de un artículo titulado “El escándalo Lyssenko”, refiere cómo se hacía ciencia en la Unión Soviética: *“Si la teoría marxista contradice las leyes de la vida (y viceversa), el error, por fuerza, ha de hallarse en las leyes de la vida, razonaba Lissenko. De otra forma, el gran sueño mesiánico de Marx, Engels y Lenin de cambiar radicalmente el mundo y la naturaleza del hombre actuando sobre las ‘superestructuras’ y sobre el medio, al término de una historia interpretada exclusivamente sobre parámetros socioeconómicos, podría demostrarse una entelequia irracional y una quimera insensata”*.

Los experimentos de Lyssenko llevaron al fracaso de la agricultura y a la hambruna general en 1963, y por fin, a su destitución del cargo que

ostentaba en el Instituto de Genética de Moscú al año siguiente. La pseudociencia materialista dialéctica suscitó la cárcel de los científicos opositores y el hambre del pueblo ruso, lo que hacía reflexionar al brillante genetista francés Jacques Monod: *“Que un charlatán autodidacta y fanático haya dispuesto en su país, a mediados del siglo XX, de todos los medios del poder para imponer en biología una teoría inepta y en agricultura unas prácticas ineficaces, cuando no catastróficas; que este iluminado llegara a lanzar una censura oficial sobre la enseñanza y la práctica de una de las disciplinas biológicas fundamentales, la genética, es algo que sobrepasa la imaginación”*.

Cómo puede ser entonces que todavía se siga planteando seriamente no sólo la delirante idea de un socialismo científico, sino que se continúe insistiendo en los méritos del materialismo dialéctico como una ciencia que estudia las leyes generales del cambio en la naturaleza. No planteamos que la dialéctica o las formas de razonar dialécticas sean falsas, incorrectas o que no hayan hecho ningún aporte a la humanidad. Lo que afirmamos es que el materialismo dialéctico es una metafísica, y por lo tanto no es ciencia. Para lo cual deberemos demostrar que no es una ciencia y entender la evolución del pensamiento dialéctico.

El método dialéctico de Hegel

Si bien los orígenes de la dialéctica se remontan a la antigua filosofía griega, siendo Heráclito uno de sus referentes principales, es en la obra hegeliana donde la dialéctica adquiere su sentido moderno. En un intento de superar la filosofía idealista de Kant, G. W. Hegel sostendrá una concepción dialéctica de la realidad, es decir, la realidad es dinámica, movimiento, transformación que surge a causa de las contradicciones internas. La realidad no es estática sino un proceso; existe un continuo fluir de contradicciones que se corresponden con los tres momentos que Fichte denominó tesis, antítesis y síntesis. En un primer momento existe la tesis, posición o afirmación, o la “realidad en sí”. La antítesis es la negación de la afirmación anterior, lo que está en sí se desgarrar, se enajena y se niega desarrollándose en un “otro”. La síntesis es la negación de la negación, la superación del conflicto de los dos estados anteriores y su reconciliación en un tercero, una superación, que de forma circular se convierte en otra nueva tesis, un nuevo primer momento o afirmación que deberá ser negado y resuelto en otra síntesis, siempre de orden superior. Según Hegel la realidad se desenvuelve en estas tríadas dialécticas. El gran aporte de Hegel es intentar ver la realidad no como algo estático si no dinámico (en desarrollo), incorporando la contradicción al sistema, sin ignorarla como algo anómalo. Debemos tener en cuenta que las concepciones mecanicistas y estáticas de la física clásica newtoniana eran las concepciones

dominantes, y en biología se estaba aún lejos de formularse la teoría de la evolución por selección natural de Darwin.

Para Hegel la historia humana es la revelación del Espíritu Absoluto, es decir, es teleológica, tiende a un fin. Los acontecimientos históricos son necesarios y racionales, y el Estado es la institución que asegura el cumplimiento de los fines últimos de la Historia. Si bien el pensamiento de Hegel dista mucho de estar explicado en estas líneas, lo que nos importa destacar aquí es que sobre esta concepción manifiestamente metafísica se construirán los cimientos del socialismo científico y el materialismo dialéctico. Las ideas de Hegel, Marx y Engels fueron criticadas fuertemente por Kart Popper y Jean Paul Sartre, y defendidas ardientemente por Marcuse. No nos interesa hilar tan fino. Creemos que el hecho de que el materialismo dialéctico sea una metafísica y no una ciencia, no convierte a muchos de los trabajos de Marx en una tontería, si no que es necesario ponerlos en su justa dimensión. Karl Marx era respetado por Bakunin como un analista social brillante de su época, pero nunca se dejó engañar ni por sus “descubrimientos”, ni mucho menos por su personalidad avasallante y narcisista: *“Ningún camino conduce de la metafísica a las realidades de la vida. La teoría y los hechos están separados por un abismo insondable. Es imposible saltar este abismo entre la lógica y el mundo de la naturaleza y de la vida real con lo que Hegel llamaba «un salto cualitativo» del mundo.”*

Los principios del materialismo dialéctico: Primera ley dialéctica

A diferencia de Hegel, Marx edificará una dialéctica no sobre la razón o la idea sino sobre la materia. De esta forma, Marx y Engels *“piensan que Hegel está en lo cierto al decir que el pensamiento y el universo se encuentran en perpetuo cambio, pero que se equivoca al afirmar que los cambios en las ideas son los que determinan los cambios en las cosas. Por el contrario, las cosas nos ofrecen las ideas, y estas se modifican porque las cosas se han modificado”* (Georges Politzer, *Principios Elementales y Fundamentales de Filosofía*, p. 102). El método dialéctico se fundamenta en tres leyes expuestas por Engels en su obra conocida como el Anti-Dühring. Las detallaremos a continuación debido a que en su fundamentación y ejemplificación se revela claramente su carácter frívolo y la retórica de aficionado con la que Engels pretendió convencer al mundo de que su materialismo dialéctico era tan científico como la Ley de Gravedad.

En primer lugar Engels sanciona una Ley de unidad y lucha de los contrarios que sostiene que todo en el universo está formado por parejas de opuestos en lucha continua, generadores de los cambios y movimientos en la naturaleza. En la naturaleza nada es estático sino que está todo en

movimiento. Lo que parece estático solo lo es en forma relativa porque tanto los planetas, las estrellas y las galaxias están en perenne movimiento. Una manzana -en sentido ontológico- no es sólo una manzana en un momento determinado sino que es su evolución, su historia; fue una flor, una manzana verde, luego maduró y finalmente se descompondrá, con el fin de generar una nueva planta. Este devenir presenta fases que se suceden necesaria y naturalmente por un proceso interno inherente a la manzana llamado autodinamismo, es decir, una fuerza procedente del propio ser que se manifiesta a través de las transformaciones de la materia. Este movimiento correspondería a una Ley universal según la cual las cosas se transforman en su contrario. Una cosa no es una cosa en sí sino que también contiene a su contrario, o sea, es ella misma y su contrario. En el interior de cada cosa existen dos fuerzas opuestas, antagónicas en lucha. La cosa cuando es transformada no es por causa de una de las dos fuerzas solamente sino por la lucha de dos fuerzas en sentidos opuestos: hay una afirmación y una negación dentro de cada cosa, de cada ser, una contradicción. Esta contradicción es la raíz del cambio. Es interna, intrínseca a todas las cosas.

“Si tomamos el ejemplo de un huevo que una gallina pone e incuba vemos que en el huevo se encuentra el germen que a cierta temperatura y en ciertas condiciones se desarrolla. Este germen, al desarrollarse, dará un pollito: así este germen ya es la negación del huevo. Vemos con claridad que en el huevo hay dos fuerzas: la que tiende a que continúe siendo huevo y la que tiende a que se transforme en pollito. El huevo está, pues, en desacuerdo consigo mismo y todas las cosas están en desacuerdo con ellas mismas.

Esto puede parecer difícil de comprender, porque estamos habituados al razonamiento metafísico, y por eso debemos hacer un esfuerzo para habituarnos de nuevo a ver las cosas en su realidad” (Politzer, op.cit., p. 119). Si las anteriores palabras de Georges Politzer -un reconocido filósofo del P.C. francés del período de entreguerras- fueran tan solo una metáfora para explicar el cambio social, la cosa terminaría allí. Pero lo que se sostiene desde el materialismo dialéctico es que todas las cosas materiales, los procesos de la naturaleza y la sociedad tienen su afirmación y su negación. La realidad es así, porque la naturaleza es así, dialéctica. Nos preguntamos cuál es la fuerza que tiende a que el huevo siga siendo huevo, si descartamos el hecho de que se nos ocurra ponerlo en una heladera para conservarlo. En dónde reside, en qué parte del huevo existe semejante tendencia, qué pone a un huevo en desacuerdo consigo mismo, y en qué nos basamos para sostener que un pollito es la negación del huevo. Un huevo y un pollo son verdaderamente diferentes, pero si observamos atentamente el proceso de desarrollo y su constitución genética, son lo mismo en diferentes etapas. El corte entre pollito y huevo es arbitrario, una

elucubración del observador. Un huevo un segundo antes de eclosionar el pollo, ¿es un huevo o un pollito encerrado? Al contrario de lo que sostiene Politzer, no es difícil de comprender la realidad natural a través del materialismo dialéctico, sino que es bastante simple. Lo único que olvidó decirnos es cómo se logra “ver con claridad” dos fuerzas que se oponen dentro de un huevo, y el pequeño detalle de demostrarlo. La realidad es un todo complejo, que los metafísicos dialécticos convierten en un todo complicado. Engels afirmaba también que lo que es causa puede ser, según las circunstancias, efecto y viceversa, que todo es renovación constante y *“que los dos polos de una antítesis, el positivo y el negativo, son tan inseparables como antitéticos el uno del otro y que, pese a todo su antagonismo, se penetran recíprocamente”* (Engels; *Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico*). Reconociendo que no siempre es fácil aplicar el principio de unidad de los contrarios en algunos casos de la realidad, lo importante -aconseja Politzer- es retener que “la dialéctica y sus leyes nos obligan a estudiar las cosas para descubrir en ellas la evolución, las fuerzas, los contrarios que determinan esta evolución” (op .cit., p. 125). La ciencia verdadera, en cambio, opera justamente al revés; primero se estudian los casos particulares y luego se deducen las generalidades.

La pseudociencia de Marx y Engels primero estableció unas leyes generales lo suficientemente sinuosas como para ser aplicadas a cualquier caso y luego, se dedicó a aplicarla a los casos concretos. No es muy diferente a la forma de argumentar que tienen muchas sectas religiosas o los creyentes en el origen extraterrestre de los seres humanos, tan difíciles de corroborar como de refutar. Esta licenciosa ejemplificación de la que Engels hace uso se manifiesta en su burda interpretación de la matemática, encontrando dialéctica donde sólo él la ve, y ningún matemático lo hizo jamás: *“también construye la contradicción de que líneas que se cortan ante nuestros ojos tienen que valer, cinco o seis centímetros más allá, como paralelas, esto es, como líneas que no pueden cortarse al prolongarlas en el infinito. Y sin embargo, con estas y otras contradicciones aún más violentas, la matemática superior produce resultados no sólo correctos, sino, además, inalcanzables por la matemática elemental”* (Engels; *Antidühring*, p.116). Otro fantástico ejemplo que nos regala la sapiencia dialéctica, en este caso de Politzer, es el siguiente: un fenómeno tan común como el herrumbre u óxido de hierro en un instrumento metálico es causado por la *“lucha entre el hierro y el oxígeno”* (Politzer, p.244). O su lírica descripción de la vida y la muerte como una lucha entre contrarios, es decir, que la vida se transforma en muerte porque tiene una contradicción interna, habiendo unidad en las fuerzas contrarias, así como la concepción de que la vida es una conquista sobre lo no-vivo. Esta noción de la vida y la muerte como dos fuerzas que

luchan entre sí, está profundamente vinculada al animismo metafísico y la creencia religiosa de que la muerte tiene existencia real, una entidad, en lugar de presentar a lo muerto como aquello ausente de vida.

Segunda Ley Dialéctica

La segunda ley dialéctica es la de conversión de la cantidad en cualidad y viceversa. Según se afirma, tanto el aumento como la disminución de la cantidad de materia transforman la cualidad de la misma, suponiendo un mejoramiento, un progreso de los seres. El ejemplo obvio y citado hasta el hartazgo lo constituye el cambio brusco que se produce en los cambios de estado del agua. Es bien sabido que en condiciones de presión normales el agua se mantiene en estado líquido entre los 1 y los 99 grados, y que por debajo de ese punto se solidifica en hielo y por encima hierve transformándose en estado gaseoso. La acumulación gradual de calor (cambio cuantitativo) no afecta el estado líquido del agua, pero al llegar a 100 grados se transforma súbitamente en vapor (salto cualitativo). *“El paso cualitativo a un nuevo estado sólo es posible mediante la victoria de una de las fuerzas contrarias sobre la otra”* (Politzer, p.233). Esta Ley general de la dialéctica de la naturaleza y de la sociedad reduce el papel de las ciencias a investigar cuales son los cambios de cantidad que se necesitan para alcanzar el salto cualitativo, algo que Engels aseguraba de antemano que ocurriría inevitablemente. Los cambios cuantitativos no son cambios manifiestos, son graduales, mientras que los cambios cualitativos ocurren súbita y repentinamente, siendo resultado de esa serie de cambios inadvertidos. Los ejemplos que acompañan tan trascendental Ley de la naturaleza y la sociedad descubierta por Engels son nuestros viejos conocidos protagonistas: el pollito con su huevo, la manzana y la flor. Pero -según cree Engels- se agregan importantes confirmaciones estudiando un poco de Historia. *“Para terminar, vamos a apelar a otro testimonio más de la mutación de cantidad en calidad, a saber, Napoleón. Este describe el combate de la caballería francesa, de jinetes malos, pero disciplinados, contra los mamelucos, indiscutiblemente la mejor caballería de la época en el combate individual, pero también indisciplinada: Dos mamelucos eran sin discusión superiores a tres franceses, 100 mamelucos equivalían a 100 franceses; 300 franceses eran en general superiores a 300 mamelucos, y 1.000 franceses aplastaban siempre a 1.500 mamelucos”* (Engels, *Antidühring*, p.119). ¿Se puede encontrar un ejemplo más burdo? Sí, si recurrimos a los ejemplos de Politzer en nuestro auxilio. Un candidato a un cargo político que necesita 60.233 para ser elegido, obtiene su salto cualitativo justamente con el voto 60.233. Mientras que los votos se iban sumando de a uno se producía una acumulación gradual de sufragios, cuantitativa, pero al alcanzar la cifra que le permitía acceder al cargo el

candidato se convierte en diputado o funcionario estatal, el salto cualitativo, repentino. De más está decir que la sociedad funciona de la misma manera, y que los cambios cuantitativos en el modo de producción capitalista nos llevarán a un salto cualitativo o revolución.

Los cambios cualitativos se producen necesariamente, luego de una acumulación cuantitativa. Si tomamos un jarro de agua y lo echamos al fuego al llegar a 100 grados hervirá y si lo dejamos allí el tiempo suficiente el contenido total del jarro se evaporará. Solo que si en vez de poner al fuego el mismo jarro con agua lo dejamos al sol en la ventana de nuestra casa, su contenido se evaporará de todos modos sin haber nunca llegado a hervir. Entonces no hay salto cualitativo por la acumulación cuantitativa y gradual. Si razonáramos como Engels haciendo generalizaciones a través de analogías, podríamos llegar a la penosa conclusión de que la revolución es imposible. Recordemos que el planteo de Engels es que esta es una ley natural, tan natural como las leyes de la física. Esta estupidez intelectual generaría risa sino fuera por las funestas consecuencias que generó. El sabelotodo y obsecuente stalinista que fue Politzer creía poder impugnar al genetista Weissman, rival de Lyssenko, acusando de metafísicos y mecanicistas a los científicos que sostenían que en los genes (el material hereditario) se encontraban las claves del desarrollo del ser vivo. Sostenía que si el medio ambiente no alteraba el material hereditario, no se podía comprender la aparición de las nuevas variedades, lo cual sólo era posible por la acumulación de cambios cuantitativos que se transformaban en cambios cualitativos, citando en su apoyo a la ya por ese entonces superada y anticuada *Dialéctica de la Naturaleza* de Engels. Demás está decir que era Weissman el que estaba en lo cierto.

Además los saltos cualitativos son con frecuencia un progreso, un paso de lo inferior a lo superior, es un movimiento ascendente y progresivo. Esto se manifiesta palmariamente en la evolución de las sociedades: la sociedad salvaje es inferior a la sociedad antigua, ésta es inferior a la sociedad feudal, y por fin, el capitalismo, superación de todas las anteriores formas sociales será superado por el socialismo. Si las teorías científicas se midieran por su capacidad de predicción, hace tiempo que ya nadie hablaría del socialismo como ciencia. Desde el punto de vista de la segunda ley de la dialéctica, “*desear la revolución sin crear las condiciones necesarias para ella es incuestionablemente hacerla imposible*” (Poltzer, p. 226). Es decir, el “*aventurerismo de izquierda*” -como denominaba Lenin al anarquismo- repudia la necesidad de preparar el cambio cualitativo mediante la evolución cuantitativa, para impedir la verdadera acción revolucionaria, por lo tanto es enemigo de la revolución. Ya conocemos las consecuencias de semejante forma de pensar: miles de muertos, desterrados, presos y torturados por la maquinaria del socialismo científico bolchevique.

Tercera Ley Dialéctica

La tercera ley de la dialéctica es la de negación de la negación. El cambio se produce en tríadas dialécticas: tesis, antítesis y síntesis. La síntesis es la negación de la antítesis, que a su vez era la negación de una afirmación (tesis). La síntesis reúne lo bueno de la antítesis y la tesis que estaban en contradicción. La síntesis es un progreso, una fase superior a las dos anteriores, y también es una afirmación (una nueva tesis) que será el germen de un nuevo proceso dialéctico superador. *“Pensemos en un grano de cebada. Billones de tales granos se muelen, se hierven y fermentan, y luego se consumen. Pero si un tal grano de cebada encuentra las condiciones que le son normales, si cae en un suelo favorable, se produce en él, bajo la influencia del calor y de la humedad, una transformación característica: germina; el grano perece como tal, es negado, y en su lugar aparece la planta nacida de él, la negación del grano. Pero ¿cuál es el curso normal de la vida de esa planta? La planta crece, florece, se fecunda y produce finalmente otros granos de cebada, y en cuanto que éstos han madurado muere el tallo, es negado a su vez. Como resultado de esta negación de la negación tenemos de nuevo el inicial grano de cebada, pero no simplemente reproducido, sino multiplicado por diez, veinte o treinta”* (Engels, *Antidühring*, p.120). Si el progreso como lo entiende Engels, si la negación de la negación es una etapa superior a las dos anteriores, lo cual se manifiesta en el grano de cebada multiplicado, esta superioridad es cuantitativa. Más adelante Engels afirma que los jardineros que cultivan flores ornamentales, tratando y seleccionando semillas producen flores más hermosas, cualitativamente mejoradas, gracias a la negación de la negación; en este caso la superación es cualitativa. Con estos criterios científicos tan laxos, un observador -en este caso el propio Engels- podrá encontrar siempre en cualquier género de vida animal o vegetal pruebas de mejoramiento, de progreso y evolución hacia una instancia o fase superior, porque donde no hay un aumento cuantitativo, lo habrá cualitativo, más aún si como Engels pensamos que una orquídea más hermosa es superior a una que seguramente no será de su gusto. Engels alude luego a las mariposas y su desarrollo, y nos explicita claramente su objetivo: “lo único que pretendemos aquí es mostrar que la negación de la negación tiene realmente lugar en los dos reinos del mundo vivo. Por otra parte, toda la geología es una serie de negaciones negadas, una serie de sucesivas destrucciones de viejas formaciones rocosas y depósito de otras nuevas” (idem, p.126). Así, de un plumazo, se pretende hacer creer al mundo que reposa sobre la contradicción dialéctica, y que encima éste es un razonamiento científico.

La cosa no queda ahí; para nuestro docto sabelotodo también en las matemáticas anida la negación de la negación. *“Tomemos una magnitud algebraica cualquiera, a . Negándola tenemos $-a$ (menos a). Negando esta negación, multiplicando $-a$ por $-a$, tenemos $+a^2$, es decir, la magnitud positiva inicial, pero a un nivel más alto, a saber, la segunda potencia.”*(idem, p.128). El genetista Jacques Monod, autor del celebrado libro *El azar y la necesidad* afirma que la forma en que Engels utiliza estos ejemplos *“ilustran sobre todo la amplitud del desastre epistemológico que resulta de la utilización ‘científica’ de las interpretaciones dialécticas. Los dialécticos materialistas modernos evitan en general caer en parecidas tonterías. Pero hacer de la contradicción dialéctica la ‘ley fundamental’ de todo movimiento, de toda evolución, no deja de ser un intento de sistematizar una interpretación subjetiva de la naturaleza que permite descubrir en ella un proyecto ascendente, constructivo, creador; volverla, en fin, descifrable, y moralmente significativa. Es la ‘proyección animista’, siempre reconocible, sean cuales sean los disfraces”* (p. 48). Demás está decir que el carácter animista del materialismo dialéctico no solo excluye el postulado de objetividad sino que es incompatible con la ciencia. Tan es así, que el mismo Engels rechazó el segundo principio de termodinámica y el aspecto selectivo de la evolución en la teoría de Darwin -dos descubrimientos que revolucionaron las ciencias en general- por no encajar en su teoría dialéctica. Con todo desparpajo, Engels nos ilustra sobre la magnitud de la tercera ley de la dialéctica: *“¿Qué es, pues, la negación de la negación? Es una ley muy general, y por ello mismo de efectos muy amplios e importante, del desarrollo de la naturaleza, la historia y el pensamiento; una ley que, como hemos visto, se manifiesta en el mundo animal y vegetal, en la geología, en la matemática, en la historia, en la filosofía...”* (Engels, idem, p.130).

El materialismo histórico de Marx hace hincapié fundamentalmente en esta ley dialéctica ya que cuando las fuerzas productivas entran en contradicción con las relaciones sociales de producción se inicia un período de lucha, transformación que conducirá a la liquidación del sistema o modo de producción, estableciéndose un nuevo período superior -una superación con respecto al modo de producción precedente- reiniciándose nuevamente el proceso. De esta forma es posible la evolución, el cambio y el progreso en la Historia, a través de la lucha de clases.

Conclusiones

Si bien los análisis de Marx -a diferencia de los de Engels- son mucho más ricos y complejos que la reseña anterior, no nos preguntamos cuánto de verdad hay en ellos si no por qué han sido sus estudios sobre el cambio social considerados como palabra sagrada en ciencias sociales por tanto

tiempo (por no mencionar a los partidos y a los gobiernos que les otorgan carácter de verdad única, oficial e indiscutible). La mayoría de los investigadores sociales que aplican las ideas de Marx a los estudios históricos, sociológicos o antropológicos ya no toma en serio las ridículas afirmaciones de Engels que se expresan en obras como *El Antidühring*, *La Dialéctica de la Naturaleza* o *Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico*. Pero no se puede simplemente mirar para otro lado y sostener que los trabajos de Marx son “algo diferente”, o que son “mucho más serios y científicos” que los de su amigo y socio, cuando ambos son totalmente responsables de la interpretación y reformulación de la filosofía de Hegel, y su aplicación al estudio de la Historia y al análisis de las sociedades. Marx era mucho más inteligente y brillante que Engels, eso es indudable. Pero pensar que Karl Marx hubiera censurado a Engels, en caso de haberse enterado de los disparates que son manifestados por su camarada acerca del mundo físico y natural en las tres obras anteriormente mencionadas, sería propio de ingenuos. Equivaldría a sostener que Lenin no era responsable de la represión a los revolucionarios de Kronstadt porque las acciones las dirigía Trotsky, su subordinado; o creer que no se puede acusar a Hitler de las barbaridades de Auschwitz, porque él no estaba al tanto de lo que allí ocurría. La obra de Marx es útil, su lectura provechosa y sus análisis fructíferos sólo si se toma parcialmente y olvidando su supuesto carácter científico. Un modo de producción, una clase social, la distinción entre superestructura/estructura²⁰ y decenas de conceptos -algunos verdaderamente originales- no tienen existencia real, no son entidades objetivas como suponían Marx y Engels sino construcciones del investigador, del observador. El sentido común indica que si la naturaleza no es dialéctica en el sentido que le otorgan Engels y Marx, tampoco es necesario que lo sea la totalidad de la Historia y la vida social.

²⁰ Las nociones de estructura económica (infraestructura) y la estructura social, política e ideológica (superestructura) son resumidas por Marx en el Prólogo de la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*: “en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella”. (*Obras Escogidas*, Tomo II, p. 518, Editorial Progreso).

Las analogías y extrapolaciones que se hicieron desde la evolución y la historia del mundo social hacia el universo material, natural y físico, le dan ese tinte determinista, fatalista, de certeza incommovible que presenta la pseudo ciencia del materialismo dialéctico y el materialismo histórico. Este dogma infalible se convierte en autoritarismo pseudo científico en la afirmación de Engels -consignada en el capítulo II de su libro *Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico*- de que sólo siguiendo el camino dialéctico “*llegamos a una concepción exacta del Universo, de su desarrollo y del desarrollo de la humanidad, así como de la imagen proyectada por ese desarrollo en las cabezas de los hombres*”. Es el fundamento de la teoría del Partido Único dueño de la verdad, encargado de guiar a la Revolución, condenando a cualquier expresión disidente a la persecución policial del Partido o del Estado.

LÍMITES Y ESPEJISMOS DEL MATERIALISMO HISTÓRICO

Por Patrick Rossineri

Publicado en el periódico anarquista ¡LIBERTAD!

Nº 37, julio-agosto 2006, Buenos Aires

La concepción de Karl Marx acerca de la historia ha sido según sus apologistas uno de los avances más importantes en los anales de las ciencias sociales. La novedosa incorporación de la dialéctica hegeliana al análisis de los procesos históricos produjo toda una escuela de pensamiento contrapuesta a las tendencias idealistas y liberales de su tiempo, perdurando hasta la actualidad la riqueza y complejidad conceptual de muchos de sus análisis. El materialismo dialéctico en el marco de la naturaleza y el materialismo histórico enfocado hacia la explicación de la historia humana son el resultado del esfuerzo de Marx y su compañero F. Engels para dotar al socialismo de un carácter científico, es decir, de promover al socialismo marxista al rango de una disciplina científica.

Semejante pretensión ha sido reafirmada por los discípulos socialistas que intentaron aplicar las categorías de análisis de Marx y de Engels (de este último en mucha menor medida) a estudios económicos, históricos, antropológicos, sociológicos, lingüísticos, geográficos y culturales. Toda la producción teórica de las ciencias sociales del siglo XX se vio influenciada por los trabajos de Marx, abrazando total o parcialmente sus conceptos, o ya fuere para refutarlos. El materialismo histórico tiene la virtud de presentar una explicación sólida de la historia sin inconsistencias ostensibles. ¿Es verdaderamente así? ¿Podemos sostener –como sugieren muchos “anarco-marxistas”– un enfoque materialista histórico, con la salvedad de eliminar los elementos autoritarios de la ideología marxista? No creemos que las únicas diferencias entre marxistas y anarquistas se resuman a lo que se deba hacer con el Estado después de advenida la revolución social, sino que son mucho más profundas: La cuestión de aceptar o rechazar la dictadura del proletariado son el corolario de intensas diferencias entre ambos proyectos revolucionarios, diferencias que los tornan prácticamente incompatibles.

Si bien muchos anarquistas abrazaron una concepción dialéctica de la historia y aplaudieron muchos de los análisis económicos de Marx, estos

reconocimientos fueron solamente parciales y coyunturales. Bakunin admiraba la inteligencia de Marx y tradujo muchos de sus escritos al ruso, pero nunca lo consideró un revolucionario sincero sino un timorato intelectual afecto a la intriga y a la prepotencia. Malatesta ponderó sus análisis sobre cuestiones económicas, sociales y laborales pero sentía repugnancia hacia su talante cientificista y su determinismo económico. Proudhon rechazó su dialéctica por autoritaria y Kropotkin consideraba al materialismo dialéctico como una farsa anticientífica.

Más allá de los aspectos positivos que pueda ofrecer la obra de Marx a los científicos, preferimos analizar en este momento algunos de sus presupuestos generales que se contradicen explícitamente con las ideas anarquistas. También rechazamos el supuesto rigor científico del materialismo histórico, como su carácter puramente metafísico y conjetural.

Los presupuestos del materialismo histórico

Es bien sabido que el fundamento del materialismo dialéctico ha sido tomado de Hegel y reformulado por Marx. Primordialmente consiste en que cada manifestación del Espíritu (tesis) engendra su propia contradicción, que entraña una negación de lo afirmado (antítesis). Ambas se resuelven en un tercer momento que supera a lo afirmado y lo negado (síntesis) tornándose en una nueva afirmación o tesis. Esta concepción idealista es aplicada por Marx a la filosofía materialista, siendo las relaciones de producción (económicas) las que determinan la evolución histórica. La historia se desenvuelve dialécticamente debido a sus afirmaciones y contradicciones, que se resuelven en nuevos momentos o síntesis superadoras, desde donde recomienza un proceso nuevo (pero en continuidad con el anterior).

El desarrollo dialéctico de la infraestructura socio económica es el motor de la historia humana. Esta estructura económica determina a una superestructura que comprende las manifestaciones ideológica, religiosa, cultural y jurídica de una sociedad. Marx sostiene que la clase dominante es aquella que se apropia de los medios de producción imponiendo su ideología al cuerpo social. La estructura económica y la superestructura ideológica se enmarcan dentro de lo que se denomina “modo de producción”. Los modos de producción son formaciones económico-sociales de carácter histórico que comprenden determinado tipo de relaciones sociales de producción. Estos modos de producción se suceden a lo largo de la historia y se han sucedido dialécticamente, en una escala ascendente y superadora. Todo comienza con el comunismo primitivo (sociedad sin Estado), al que sucederán el esclavismo, la sociedad feudal, el capitalismo y finalmente el comunismo (donde se resuelven todas las

contradicciones). Dentro de un modo de producción las fuerzas productivas de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción (explotación salarial, servidumbre); el desarrollo de este conflicto –que en la sociedad feudal se da entre la nobleza rural y la burguesía naciente o en el capitalismo entre burgueses industriales y proletarios– inicia una época de revolución social que resquebraja la superestructura ideológica y hace que los sujetos revolucionarios “adquieran conciencia” del antagonismo. El triunfo de los revolucionarios generará una superación de las relaciones sociales de producción anteriores, inaugurando una nueva etapa de características propias (que generará con el tiempo su propia contradicción, reproduciendo el proceso). El comunismo al acabar con las contradicciones de clase con relaciones de producción basadas en la propiedad colectiva se constituiría en la síntesis de la totalidad del proceso histórico.

Es claro que en esta interpretación de la historia los factores económicos (las técnicas de producción y las relaciones de producción) tienen un peso preponderante en la determinación de los sucesos históricos. El propio Marx lo expresa en su *Contribución a la crítica de la economía política*: *“En la producción social de su vida, los hombres entran en determinadas relaciones necesarias e independientes de sus voluntades, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, que tiene una base real sobre la cual se edifica una superestructura jurídica y política y a la cual corresponden determinadas formas sociales de conciencia... El modo de producción de la vida material determina, por lo tanto, en general, el proceso de la vida social, política y espiritual”*. Conclusión: la existencia social determina la conciencia de los hombres.

Muchos estudiosos que utilizan los preceptos del marxismo para sus análisis históricos no aplican dogmáticamente la determinación económica que Marx sugirió y que Engels se encargó de divinizar. Incluso se podría afirmar que los estudios de Marx sobre el pasaje del feudalismo al capitalismo son verdaderamente fecundos. Pero por más que se quiera encontrar atenuantes, todo el análisis se basa en fortísimas determinaciones económicas y fracasa a la hora de interpretar la totalidad de la historia humana desde un punto de vista dialéctico. Más aún, sostenemos que ni la dialéctica ni la economía conforman un “motor de la Historia”, si es que existe alguno, mecanismo bastante dudoso y harto difícil de probar.

El determinismo económico según Rocker

En *Nacionalismo y Cultura*, su obra más celebrada, el anarquista Rudolf Rocker sostiene que el materialismo económico es insuficiente para explicar los procesos históricos. *“El error fundamental de esa teoría*

consiste en que equipara las causas de los acontecimientos sociales a las causas de los fenómenos físicos”, es decir, se “*confundieron las necesidades mecánicas del desarrollo natural con las intenciones y los propósitos de los hombres, que han de valorarse simplemente como resultados de sus pensamientos y voluntad*” (Pág. 21 y 22). Considera Rocker que considerar los hechos sociales como manifestaciones de una evolución naturalmente necesaria conduce a empeorar nuestra comprensión de esos hechos. Las pretendidas leyes de la dialéctica y la física social de que hacen gala los materialistas históricos no son más que astrología política y social. Las únicas leyes a las que está sometido el ser humano son las de su existencia física. Como mucho se puede aspirar a presentar la historia como un esquema; de todos modos el resultado será poca cosa.

Rocker no desprecia las causas económicas sino que las equipara a las políticas, religiosas o sociales: “*las fuerzas económicas no son nunca los únicos resortes que ponen en movimiento todas las demás. Los fenómenos sociales se producen por una serie de motivos diversos que, en la mayoría de los casos, están entrelazados de tal modo que no es posible delimitarlos concretamente. Se trata de efectos de causas múltiples, que casi siempre se reconocen claramente, pero que no se pueden calcular con métodos científicos.*” Rocker supone que la “voluntad de poder” de individuos o pequeños grupos sociales puede ser una fuerza tanto o más importante en la formación de la vida económica y social que las causas económicas. También sostiene que muchos acontecimientos no son explicables desde una perspectiva enteramente económica: las conquistas de Alejandro, la locura de las Cruzadas o la conquista del Imperio azteca no han sido motivadas por las condiciones de producción de su tiempo. Todas las guerras tienen una motivación económica indudable, tanto de parte de los imperialistas como de las burguesías, concede Rocker. Pero si no se apelara a los sentimientos nacionalistas, éticos o religiosos los gobernantes no conseguirían quien pelease por sus intereses. Podemos analizar los intereses económicos que propiciaron la Primera Guerra Mundial y darles la importancia que se merecen, pero relegar los motivos que movieron a millones a dar su vida en una guerra horrorosa a una superestructura ideológica subordinada a las relaciones sociales de producción, suena bastante insensato desde el punto de vista de un socialista que se precie. Peor aún cuando los propios socialistas (y algunos anarquistas) se plegaron a las causas nacionales de sus respectivos Estados y apoyaron la masacre, olvidando el precepto marxista del *Manifiesto Comunista* de que “*la historia de toda sociedad es la historia de la lucha de clases*”.

Para Rocker no existe un “motor de la historia”. Tampoco existen determinaciones naturales desde la economía. Tan sólo los limitantes de las leyes y fenómenos físicos. Igualmente sostiene que no se puede elaborar una jerarquía de causas que determinen unas a otras sino que estas se

entrecruzan e influncian mutuamente. Desde este punto de vista se puede afirmar que la evolución social humana no tiene una dirección necesaria y definida que culminará en el socialismo indefectiblemente. La voluntad individual o la acción de minorías –tanto desde el Poder como desde el campo revolucionario– pueden influir gravemente en los acontecimientos sociales. Pero no se apoya en un voluntarismo que lleva a una visión atomizada del proceso social. Toma los procesos sociales como un todo de múltiples causas y múltiples efectos, interrelacionado y no unidireccional, impredecible hacia el futuro pero analizable hacia el pasado; el pasado no se convierte en el tirano del presente, ni el futuro en su corolario o, para expresarlo en términos dialécticos, en su síntesis.

Algunos espejismos

También podríamos considerar preguntarnos si verdaderamente la naturaleza es dialéctica. Si se diera el caso de que la naturaleza respondiera a las leyes de la dialéctica, sería legítimo pensar que la Historia y las acciones humanas se hallarían bajo el efecto de esas mismas leyes, aunque no necesariamente. Pero si el universo de los fenómenos físicos y naturales no respondiera a esas supuestas leyes, si las proposiciones de Engels en el *Antiduhring* o en la *Dialéctica de la Naturaleza* no tuvieran ningún asidero a la realidad y fueran sólo refinada metafísica, con toda justicia podríamos creer que la historia humana o que la evolución social tampoco están sometidas a movimientos dialécticos. Por supuesto que la naturaleza no es dialéctica, que las proposiciones positivistas de Engels acerca de la naturaleza no son tomadas seriamente más que por los dogmáticos obtusos, que ningún científico se acercó siquiera a lograr algún descubrimiento aplicando ese método, que los científicos que estudian la naturaleza e ideológicamente reivindican el marxismo jamás tomaron con seriedad estos conceptos y que tampoco existen posibilidades de reconsiderar esta situación en el futuro, al menos hasta que se haga algún intento sensato por demostrar la verdad de estas leyes que hasta el momento son pura especulación.

Pero concedamos que sin ser el Universo dialéctico, por un extraño y sorprendente milagro, la historia humana y la evolución social sí estuvieran sometidas a estas inaprensibles leyes. Admitamos la perspectiva de una evolución dialéctica de la sociedad humana, sólo aplicable –vaya a saberse por qué capricho– a los humanos únicamente y no aplicable a ninguna otra especie viviente, al menos hasta que algún investigador descubra que la existencia de los pingüinos, los alces, las hormigas, los hongos o los sauces también responden a estas mismas leyes. En ese caso, ¿por qué considerar a la economía determinante sobre otros aspectos de la evolución social humana, al punto de afirmar que las relaciones de producción (estructura)

determinan las producciones culturales, simbólicas, morales o ideológicas (superestructura), y no a la inversa? ¿Es la economía una materia o una disciplina aislable de otros aspectos sociales y culturales, es decir, existen aspectos de la historia humana en los cuales la economía opere como una variable pura e incontaminada? ¿Existe “lo económico” en la realidad o es una forma que hemos ideado para entender mejor ciertos aspectos del comportamiento humano y de la producción y reproducción cultural?

Dentro de un enfoque substantivista o empirista, sostiene Karl Polanyi que la economía humana “*está incrustada y enredada en instituciones económicas y no económicas. La inclusión de lo no económico es vital. Pues la religión o el gobierno pueden ser tan importantes para la estructura y el funcionamiento de la economía como las instituciones monetarias o la disponibilidad de herramientas y máquinas que aligeren el trabajo de la mano de obra*” (Pág. 161); una postura parecida a la esgrimida por Rocker. La economía lejos de ser algo apreciable en estado puro en las actividades humanas se encuentra entremezclada en otras instituciones claramente no económicas. También las instituciones pertenecientes a la esfera económica incluyen aspectos religiosos, morales, jurídicos, ideológicos, simbólicos, estéticos y sentimentales en diverso grado y forma. Esta situación prácticamente hace imposible separar lo estrictamente económico de aquello que no lo es, entendiendo por económico todo lo relativo a la producción de los medios materiales de subsistencia en el ámbito de una sociedad. Si relaciones sociales estrictamente económicas como lo son las relaciones de producción presentan aspectos *no económicos* (ideológicos y simbólicos) propios de la superestructura, no podemos sostener que esas relaciones sociales de producción determinan a la superestructura, puesto que incluyan previamente algunos de estos aspectos superestructurales. No decimos que la producción de medios de subsistencia no tiene ninguna influencia sobre otros aspectos de la cultura; lo que sostenemos es que esa influencia no es determinante ni unidireccional. Más bien nos inclinamos a ver todos los aspectos de la cultura como sistemáticamente relacionados, con influencias recíprocas entre sus componentes. La estructura económica que Marx imaginó es una construcción teórica, no una realidad empírica; es una abstracción que puede resultarnos útil para comprender la realidad o puede parecernos completamente inútil, según el caso, pero no es *la realidad*: está por fuera de ella.

A esta visión el antropólogo marxista Maurice Godelier –cuyo saber es bastante más refinado que el de su estrecho colega y camarada Terray– contesta que “*el análisis de un sistema económico no debe confundirse con la observación de sus aspectos visibles ni con la interpretación de las representaciones espontáneas que se hacen los agentes económicos propios de ese sistema que, mediante su actividad, lo reproducen. Es un*

hecho todos los días constatado que los capitalistas se apoderan del uso de la fuerza de trabajo de los obreros a cambio del pago de salarios y que, por otra parte, gastan el dinero en apoderarse de otros medios de producción, como máquinas, materias primas, etc. Todo ocurre, pues, como si el salario pagara el trabajo y como si, en el valor de las mercancías producidas al acabar el proceso de producción, entraran muchos otros elementos además del trabajo humano. En apariencia, pues, el beneficio capitalista no tiene nada que ver con un mecanismo de explotación de la fuerza de trabajo de los productores, ya que los productores cobran un salario que parece el equivalente de la parte de valor que representa el trabajo.” (Pág. 287).

Siempre para comprender la lógica interna de un proceso debemos hacerlo en base a abstracciones, eso está claro, pero no deja esto de ser una interpretación subjetiva. La pregunta que cabe hacerse es por qué creer que el salario paga sólo una parte del trabajo de un obrero y no la totalidad. ¿Acaso eso lo convierte en justo o deseable? El salario podrá pagar o no la totalidad de lo producido; creer que esto nos inhabilita para expropiar a la burguesía es tan infantil como cientificista. La comprensión del proceso “verdadero” o de la “lógica subyacente” en los mecanismos de explotación o en las relaciones de producción son decididamente insuficientes para generar siquiera un movimiento revolucionario. Los aspectos éticos, ideológicos y culturales tienen tanta o más fuerza que los económicos a la hora de impulsar una revolución: ni en la revolución Rusa, ni en la España de 1936 quienes colectivizaban campos y talleres se habían percatado de estos refinamientos teóricos, a diferencia de aquellos esclarecidos devotos del socialismo científico que se apropiaron del Estado y aniquilaron a los revolucionarios, *como si* fueran contrarrevolucionarios y *como si* la dictadura del proletariado hubiera inaugurado una etapa de libertad e igualdad camino al comunismo.

Otra ilusión de Marx era creer que los procesos materiales se basan en hechos independientes de la voluntad humana: desde sus postulados éstos adquieren vida en una especie de animismo económico autodirigido. La realidad es al revés, los procesos materiales se encuentran ordenados por la cultura simbólicamente. Marshall Sahlins lo ejemplifica de esta forma: *“Las fuerzas materiales tomadas en sí mismas carecen de vida... Descompónganse las fuerzas productivas solo en sus especificaciones materiales, supóngase una tecnología industrial, una población humana y un ambiente. Con todo esto no se dice nada acerca de las propiedades específicas de los bienes que se producirán, o acerca de la tasa de producción, o de las relaciones con arreglo a las cuales avanzará el proceso. Por sí misma una tecnología industrial no dictamina si será manejada por hombres o por mujeres, de día o de noche, mediante salarios o por la distribución de las ganancias, en días jueves o domingos, para*

enriquecerse o ganarse la vida, o si estará al servicio de la seguridad nacional o la glotonería privada...” (Sahlins, 205). Podemos decir entonces que el modo de producción de la vida material **no determina** el proceso de la vida social, política y espiritual, a diferencia de lo que Marx suponía.

Algunos límites

Entonces, los modos de producción ¿son reales o son otra abstracción? Suponiendo que –abstractos o concretos– los aceptemos por su utilidad explicativa o por su valor didáctico, debemos constatar si responden a las leyes de la dialéctica tal cual postulaba Marx. Polanyi sostiene que esta teoría de etapas (comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo y capitalismo) es históricamente insostenible y “se origina de la convicción de que el carácter de la economía está determinado por la situación del trabajo” (Pág. 166). Coincidiendo con este autor creemos que analizar la evolución de la historia humana en etapas basándose únicamente en las relaciones de producción es un análisis limitado y que deja por fuera a la mayoría de los otros aspectos. Las etapas que Marx delimitó son coincidentes con aquellos historiadores clásicos que hablaban de salvajismo, edad antigua, edad medieval y edad moderna. Lo novedoso en Marx es la lógica interna que asigna a esas etapas o modos de producción, a sus procesos internos y a su sentido progresivo hacia una sociedad comunista. El problema se encuentra al inicio de la cadena: si los modos de producción generan su propia contradicción, ¿cuáles son las que se encontraban en el comunismo primitivo?.

Los estudios de Marx y Engels sobre las sociedades sin Estado se basaban en una antropología conjetural de tipo evolucionista, en la actualidad completamente refutada e impugnada. Engels –en su libro *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*– suponía que en una sociedad sin clases: “A consecuencia del desarrollo de todos los ramos de la producción –ganadería, agricultura, oficios manuales domésticos–, la fuerza de trabajo del hombre iba haciéndose capaz de crear más productos que los necesarios para sus sostenimiento... **Era ya conveniente** conseguir más fuerza de trabajo, y la guerra la suministró: los prisioneros fueron transformados en esclavos. Dadas todas las condiciones históricas de aquel entonces, la primera gran división social del trabajo, al aumentar la productividad del trabajo, y por consiguiente la riqueza, y al extender el campo de la actividad productora, **tenía que traer consigo necesariamente la esclavitud**. De la primera gran división social del trabajo nació la primera gran escisión de la sociedad en dos clases: señores y esclavos, explotadores y explotados” (el subrayado es mío).

Por supuesto que todas estas afirmaciones ningún antropólogo, ya sea marxista o no, las toma en serio hoy en día; el concepto de comunismo

primitivo ha sido desechado. Se derivan de una interpretación basada en las conjeturas de Morgan, absolutamente falsas, pero a tono con el conocimiento de la época. El problema que se plantea a los marxistas de hoy es cómo encontrar una contradicción que permita pasar de una sociedad sin clases ni Estado a una sociedad de clases: encontrar la causalidad estructural y sus efectos sobre la sociedad de cazadores-recolectores. En las sociedades primitivas el sistema de parentesco incluye y ordena las relaciones de producción y las relaciones jurídicas, religiosas y políticas: la sociedad primitiva se organiza sobre el parentesco como una institución que abarca las relaciones económicas, políticas jurídicas, y religiosas, así como los procesos de producción material, simbólica y ritual. Si existen sociedades sin una división entre estructura y superestructura, si no hay contradicción entre medios de producción y fuerzas productivas, no hay explicación dialéctica y arde todo el edificio teórico marxista. Godelier, Worsley, Terray y otros antropólogos marxistas tuvieron que enfrentarse con el problema de explicar sociedades en las cuales *“se desconoce una distinción organizativa entre base y superestructura; es decir, donde ambas constituyen formalmente la misma estructura”* (Sahlins, 14). Y, si las relaciones de parentesco en ese tipo de sociedad incluyen y engloban a casi la totalidad de las relaciones sociales, ¿dónde debemos ubicarlas, en la estructura, la superestructura o en ambas a la vez?

Godelier nos da la respuesta: las relaciones de producción no sólo pueden existir bajo una forma que las distinga y las separe de las otras relaciones sociales. El parentesco se ubica en la estructura y la superestructura. A su vez, Worsley, analizando la sociedad tallensi, fragmenta el sistema de parentesco en *sistemas componentes* y “descubre” la estructura y la superestructura de esta sociedad. Para Godelier el hecho de que la dominación de parentesco o de tipo religioso o político se imponga, no alcanza para contradecir las hipótesis de Marx: *“la objeción pierde sentido cuando se constata que no basta con que una instancia social asuma varias y no importa cuáles funciones para ser dominante, sino que es necesario que asuma la función de las relaciones de producción, es decir, no necesariamente el rol organizador de tal o cual esquema organizativo de tal o cual proceso concreto de trabajo, pero sí el control del acceso a los medios de producción y a los productos de este trabajo, y ese control significa igualmente autoridad y sanciones sociales, por tanto, relaciones políticas. Las relaciones sociales son las determinantes del dominio de tal o cual instancia. Tienen, pues, una eficacia determinante general sobre la organización de la sociedad, porque determinan este dominio y, a través de este dominio, la organización general de la sociedad”* (303).

Sin darse cuenta, utiliza una argumentación que sirve para refutar la posibilidad de que una *dictadura del proletariado* nos conduzca al

comunismo. El control del acceso a los medios de producción y a los productos significa autoridad y dominio. Seríamos unos estúpidos si creyéramos que el socialismo estatista no se ajustaría a estos parámetros, tan solo por la buena voluntad de los comisarios del partido en el Poder. Cuando Godelier cree arreglar los problemas al inicio de la Historia, los desarregla al final. Parece que la hipótesis marxista es como una frazada demasiado corta que cuando cubre los pies no cubre la cabeza, y viceversa.

Pero tampoco la solución es satisfactoria para las sociedades primitivas, sino más bien que parece un intento de ajustar los nuevos datos a un paradigma resquebrajado. Todos los intentos de acomodar las sociedades primitivas a los parámetros marxistas han caído en el fracaso, inmersos en un mar de dudas y bombardeados por la crítica. La realidad es que cuando no se intenta salvar lo insalvable, se miente descaradamente o se hace un uso adulterado de las investigaciones de otros autores para apoyar hipótesis de nula veracidad. Las excepciones no confirman la regla, la invalidan. Las tesis de Godelier no son aplicables a las sociedades de cazadores/recolectores como la de los bosquimanos del Kalahari estudiadas por Richard Lee, quien *“observó a grupos de hombres y mujeres regresar a casa todas las tardes con los animales y las frutas y plantas silvestres que habían cazado y recolectado. Lo compartían todo por igual, incluso con los compañeros que se habían quedado en el campamento o habían pasado el día durmiendo o reparando sus armas y herramientas... Si en las simples sociedades del nivel de las bandas y las aldeas existe algún tipo de liderazgo político, éste es ejercido por individuos llamados cabecillas que carecen de poder para obligar a otros a obedecer sus órdenes”* (Harris). Lejos de ser sociedades anarco comunistas, la única estructura visible son las relaciones de parentesco, sobre las que se organiza la vida social, la producción y la reproducción del grupo. No existe una estructura económica que determine una superestructura política.

Conclusiones

El materialismo histórico es una esquemática explicación de la historia humana de algún valor didáctico, según los gustos, mientras no nos creamos la fábula de las leyes de la dialéctica, aún por comprobarse científicamente. Los productivos análisis de Marx sobre el origen y desarrollo del capitalismo son de suma utilidad para comprender algunos de los procesos de explotación del capital sobre el trabajo. Lo que es inaceptable es extrapolar a toda la Historia y al Universo físico mecanismos que nos han servido para explicar solo una parte del problema. Marx comprendió la lógica del capitalismo y creyó que su método lo llevaría a explicar la totalidad de la evolución social humana: explicando una de las partes, explicó el todo. El cientificismo económico marxista subsume todos

los aspectos humanos simbólicos, culturales, ideológicos, éticos o ecológicos a su causalidad inexorable. El resultado de aplicar semejantes métodos de análisis no puede ser menos que limitado. Se confunde la consistencia epistemológica con esquematismo teórico.

La supuesta robustez teórica del marxismo –que se fundamenta en una metafísica que nada tiene de científica– apela a la autoridad de la ciencia para imponerse como verdadera y única, cuando verdaderamente es una explicación unilineal, fatalista, reaccionaria y autoritaria. La gran debilidad del materialismo histórico y del materialismo dialéctico radica en aquello que para sus creyentes consiste en su fortaleza: como toda interpretación universalista pretende explicar la Historia humana y el universo físico mediante un método válido para toda época y lugar. Cada caso particular que no se ajuste, destruye inevitablemente a toda la teoría. Quizás algún día la ciencia logre sintetizar una teoría unificada del universo físico y, con mucha suerte, de la Historia humana. Difícilmente ese camino transite por los territorios de la dialéctica.

El método dialéctico de Marx y Engels supone un progreso, un avance, un devenir de lo inferior a lo superior, una superación de la sociedad cuyo resultado sería el comunismo. ¿Se puede hablar de progreso o superación en el pasaje de una sociedad primitiva, sin divisiones de clase a una sociedad con clases sociales, con opresores y oprimidos? ¿Cuál es la ética que subyace a un pensamiento cuya única medida de progreso se basa en factores económicos y tecnológicos? ¿En qué valor moral se fundamenta una ideología que considera un progreso la dominación imperialista y la expansión del capitalismo, como lo hizo Marx al aplaudir la colonización británica en la India? Si tenemos en cuenta que los análisis marxistas se cimientan en la historia del occidente europeo y desde ese punto explican la evolución de toda la humanidad, se hace comprensible porqué el materialismo dialéctico fracasó a la hora de explicar las culturas no occidentales. El marxismo no deja de ser una variante del evolucionismo social que, al igual que éste, considera los parámetros eurocéntricos y occidentales modernos superiores a los no occidentales. No se trata de reivindicar lo “no occidental” sino de desechar una escala de valores engendrada por la burguesía para legitimar su dominio.

El comunismo resolverá todas las contradicciones en una síntesis total – el fin de la Historia– fundando la felicidad social plena. No nos imaginamos por qué tanto la naturaleza y la historia humana hayan respondido alguna vez a las leyes de la dialéctica; mucho más difícil nos resulta creernos por qué milagro deberían dejar de hacerlo bajo el comunismo que fantasearon Marx y Engels. Las leyes inmutables y eternas de repente se resuelven en una síntesis que no da paso a un nuevo momento dialéctico. Un nuevo modo de producción eterno, incapaz de superarse a sí mismo, donde las relaciones sociales de producción progresarán sin

contradicción. Algo tan milagroso como el pasaje de la *dictadura del proletariado* al ambicionado comunismo sin Estado. Los padres del socialismo científico, al fin y al cabo, también tenían sus aristas utópicas.

Bibliografía:

Godelier, Maurice. *Antropología y Economía ¿es posible una antropología económica?*, Anagrama, 1976.

Harris, Marvin. *Nuestra especie*. Alianza Editorial.

Polanyi, Kart. *El sistema económico como proceso institucionalizado*. (En *Antropología y Economía*, Godelier comp.) .

Sahlins, Marshall. *Cultura y razón práctica*. Gedisa, 1988.

NORTEAMÉRICA, RUSIA, CUBA

Estados... estados

Por Amanecer Fiorito

*Artículo extraído del periódico anarquista La Protesta
Nº 8181, diciembre-enero 1991-1992, Buenos Aires*

El derecho Alfonsín declaró que la única que sabe lo que hace es la derecha. Esto no quiere decir que la derecha no tenga diferencias, o que sea uniforme, ni que le impida a él pelearse con Menem, o que radicales y peronistas se disputen el poder. Pero tiene razón, la derecha, el capital, sabe lo que hace y si lo necesita, hasta habla por izquierda.

El problema es universal. Miremos a Rusia, setenta y pico de años oxigenando por izquierda al capitalismo con su “Estado Proletario”, su dictadura del “proletariado”, con Lenin, Trotsky, Stalin, Cruchev, Bresnev, Gorbachov, con treinta millones de seres humanos asesinados bajo tortura, ejecuciones, deportaciones, trabajos forzados, con el terror como sistema. Comenzó con la toma del poder por los bolcheviques y con la traición a la revolución, con la eliminación de los verdaderos revolucionarios y las violentas represiones como respuesta a la resistencia de obreros y del pueblo en general. Y no a partir de Trotsky y Stalin, sino también de Lenin, el máximo jefe.

Uno de los hechos más conocidos desde el principio, fue la masacre de los marineros de Kronstadt (la vanguardia de evolución, según Trotsky) llevada a cabo por el mismo Trotsky al frente del Ejército rojo, y con la aprobación de Lenin.

Los anarquistas por razones obvias fueron especialmente perseguidos. Uno de los hechos más notorios de su lucha, fue el ejército guerrillero Machnovista (que debía su nombre a Néstor Machno, revolucionario liberado en 1917 tras nueve años cárcel) de tendencia anarquista, que había combatido y expulsado al zarismo de toda Ucrania, luchando en ocasiones junto al Ejército Rojo, pero con total autonomía. Cuando el zarismo ya estaba prácticamente derrotado, Trotsky llamó a la plana mayor del ejército guerrillero y, cuando llegaron a Moscú, los hizo arrestar y fusilar, con el consentimiento de Lenin, por supuesto.

El Estado es la represión, es el crimen. Lenin, Stalin, Trotsky... criminales sistemáticos, científicos, para los cuales la razón, fue la razón de Estado.

No hace falta detallar las consecuencias; la situación actual de Rusia. En los años setenta, le contestábamos a los marxistas disidentes, pero esperanzados en las consecuencias finales del “socialismo de Estado”, que cuando la situación en la cual vivían se rebasara, el pueblo querría capitalismo, zarismo o cualquier cosa. Los resultados están a la vista. Y ahora Cuba, con su Estado y su proceso similar al ruso. La traición a la revolución a partir del poder total de Castro y su camarilla, con la eliminación sistemática de todo aquel que quiso oponerse al desvío reaccionario, (el conocido caso de Camilo Cienfuegos, uno de los hombres más claros y queridos de la revolución) y con miles de disidentes pudriéndose en las cárceles.

Cuando se destape la olla, ¿con qué mentira, con que fetiche nuevo nos vamos a dejar empaquetar? ¿o vamos a prolongar al Che Guevara? “el disidente”, “el crítico”, que mientras los auténticos revolucionarios eran eliminados, hacía economía... economía de cementerios. Los que lo quieren dejar al margen de responsabilidad dicen que Castro lo eliminó mandándolo a Bolivia... y sus últimas palabras fueron “Fidel”... ciertamente lamentable

El Estado es la reacción y todo “revolucionario”, en el poder, es un reaccionario.

Nada más “científico”, si la ciencia es la investigación de los hechos y afirmaciones sobre los hechos comprobados.... para un revolucionario, por supuesto. Claro que para verlo hay que sacarse a Dios y al policía de adentro y echarle una ojeada a las “nada científicas”, para el socialismo y la revolución, razones de Estado. Somos antiautoritarios, mejor dicho, antipolicías

No hay Estado de derecha y de izquierda, lo que hay son Estados con distintos matices. Cuando se sienten amenazados por el pueblo, terminan aliándose, entendiéndose, para así resguardar los intereses que les son comunes, los del privilegio, a costas del sometimiento y la explotación de las masas.

El Estado Yankee y su historia criminal, no son una abstracción, pero tampoco lo son el Estado Ruso, el Estado cubano, y el resto de los Estados con sus crímenes. Muy acertadamente, “muy científicamente” decían Marx y Engels que en el poder de todo Estado hay una clase privilegiada y represora. Pero también hablaban de su extinción... nada más absurdo, nada más “anticientífico”. Su excusa a diferencia de los demás es que no protagonizaron el proceso de esa “extinción”.

A nosotros se nos van acabando los espacios para las excusas Y la tarea es mostrar la verdadera cara de la revolución, del socialismo, del

comunismo. Sino... seguiremos colaborando con los yankees y compañía, con este mundo criminal

Sobre medios y fines, esa distinción “tan inocente” que hacemos los anarquistas, decía Enrique Malatesta a principios de siglo... *“si para vivir se debiera renunciar a la razón y a los fines de la vida, si para defender la revolución, se debiera renunciar a las conquistas que constituyen el fin primordial de la revolución misma, sería preferible entonces ser vencidos honorablemente y salvar las razones del porvenir, que vencer traicionado la propia causa.”*.

En una reunión, opinaba un compañero anarquista, que había que ser implacable con la burguesía y con todo tipo de clase en el Estado... con los Estados. Este compañero fue detenido y fue torturado, (alguien le preguntó sobre esto), terminó la explicación diciendo que no tuvieron la suerte de quebrarlo. Entonces se le preguntó si porque no había hablado, y el compañero respondió: No, no es eso, sino que nunca pensé en hacerles lo que hicieron conmigo.

Echando una ojeada “patriótica”, mirando la “izquierda” en la Argentina, al P.C. y su integración con el proceso militar, su historia; al M.A.S. entre muchas cosas, condenando ese maravilloso gesto del grupo que ocupó la Tablada y buscando el salvoconducto, enviando sus condolencias a los represores; da ganas de hacerle “justicia” a Alfonsín y mirarlo como zurdo.

Sigamos, continuemos el camino de los auténticos de la historia. Como expresión más cercana tenemos a los desaparecidos, la mayoría peronistas y marxistas, que fueron mucho más que sus ideologías, con sus ídolos de barro. La forma de reconocerlos verdaderamente, es intentar “ser más” que ellos.

A los crédulos, a los imbéciles o a los hijos de puta que nos van a “refutar” con su voluminosa alienación, con sus voluminosos libros, con sus voluminosos intereses, les contestamos por anticipado lo que Bakunin a Marx: *“Vos sabes más que yo, pero yo soy más revolucionario”*. Adecuándolo más a la época, decimos que nosotros somos revolucionarios. Y “agrediendo” la sutileza de Bakunin, decimos, que sabemos de la vida.

